

se

TRUDI BIRGER

**EN COLABORACIÓN CON
JEFFREY M. GREEN**

**ANTE
EL FUEGO**

UNA MEMORIA DEL HOLOCAUSTO

Lectulandia

El estremecedor y, al mismo tiempo, apasionante relato de la vida de Trudi Birger nos convierte en testigos directos de las atrocidades cometidas por los nazis contra la población judía: masacres, hornos crematorios, crueldades sistemáticas e inconcebibles.

Sus memorias tienen el innegable valor del testimonio de una superviviente del Holocausto, pero además resultan sorprendentes por la naturalidad e incluso, a veces, ingenuidad con la que Trudi Birger, entonces una niña, decidió enfrentar su dramático destino, y por su valentía al contárnoslo ahora. Guiada por una gran voluntad de sobrevivir y de no separarse nunca de su madre, logró salvarla y, al hacerlo, salvó también su propia vida.

«La historia de mi vida es una cadena de milagros», asegura Trudi Birger. Así es, y en varias ocasiones son verdaderos milagros los que la salvan. Pero su increíble inteligencia e imaginación para librar a su madre de ser seleccionada para la muerte fueron tan determinantes como las casuales decisiones y circunstancias que permitieron que ambas escaparan al martirio de los millones de seres humanos pericidados en los campos de exterminio nazis.

Lectulandia

Trudi Birger & Jeffrey M. Green

Ante el fuego

Una memoria del holocausto

ePub r1.0

Titivillus 20.02.2017

Título original: *Im Angesicht des Feuers*
Trudi Birger & Jeffrey M. Green, 1990
Traducción: Tamar Martín
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Este libro está dedicado a mi querido marido, Zeev, que desde hace tiempo es mi fiel compañero en cualquier situación; a mi hijo mayor, Doron, que a menudo me ha preguntado por mi horroroso pasado en los campos de trabajo y de concentración, y a su mujer, Aja; a mi segundo hijo, Oded, que siempre me ha transmitido solidaridad cuando he sufrido, y a su mujer, Nurit; y a mi hijo pequeño, Gili, que ha escuchado mi historia con un interés y una capacidad de comprensión especiales, y para su mujer, Diti.

Mis hijos no han conocido a su abuelo materno, que fue asesinado en el gueto de Kowno cuando intentaba esconder a un grupo de niños en el edificio del Comité Judío; tampoco han conocido ni a los padres de Zeev ni a su hermano, asesinados por los nazis. Este libro lo he escrito para honrar su memoria.

Finalmente, también dedico este libro a mis maravillosos nietos Adi, Eran, Ori, Tal y Liron. Estoy muy agradecida por poder vivir la experiencia de que mi historia personal sea transmitida a las generaciones futuras.

Mis queridos nietos, me gustaría que cuando seáis mayores podáis leer y comprender este libro, y que consiga mantener en vosotros vivo el recuerdo de vuestros abuelos y de millones de otros judíos que sufrieron el Holocausto, la mayoría de los cuales no tuvieron la suerte de sobrevivir.

Estoy muy agradecida también al coautor de esta obra, Jeffrey Green, por su sensibilidad y por la comprensión que ha demostrado con mi exposición del Holocausto. En los últimos cuarenta años no me he encontrado a ninguna víctima del Holocausto con quien pudiera hablar con tanta libertad como con él. Jeffrey me ha escuchado durante horas y horas y ha comprendido todo lo que le he explicado. Hubo momentos conmovedores para él, en los que se le llenaron los ojos de lágrimas y en los que el dolor acudió a su pálido rostro. Entonces teníamos que interrumpir nuestra conversación y, a menudo, nos resultaba difícil retomarla. Jeffrey intentaba a veces no molestarme con preguntas que me hacían daño. Pero entonces era yo la que le pedía que no me tratara con tanto cuidado, ya que no había otra posibilidad para poder escribir este libro. Los largos meses en los que lo escribimos juntos los guardo como una de las experiencias más interesantes de mi vida. Espero que tanto niños como adultos lean este libro para que nadie en todo el mundo pueda olvidar el atroz destino de seis millones de judíos inocentes que no lograron sobrevivir al Holocausto. Una y otra vez me pregunto: ¿qué pasó con la justicia?

T. B.

Abandonada a mí misma

*M*i madre y yo avanzamos lentamente, paso a paso, en la larga e irregular fila de mujeres silenciosas. Esa mañana éramos dos criaturas solitarias entre cientos, quizá miles, de mujeres —¿cuántas otras habían exterminado ya hasta ese momento?—, en un campo raso y hostil, vestidas con ropa hecha jirones, ásperos chanclos de madera en los pies y con los rostros sin expresión debido al miedo. No se veía sonreír a nadie; ningún signo de reconocimiento, ningún gesto que nos diera ánimos, nada, excepto un miedo profundo y paralizador.

La mayoría de las mujeres miraban hacia la tierra batida bajo sus pies, pisada por masas anónimas de personas llevadas a aquel lugar antes que nosotras, seres humanos reducidos a objetos diminutos de miedo y resignación. Cada una de nosotras permanecía en esa fila, sin esperanza de ayuda, para conocer su destino, una sentencia que se haría efectiva inmediatamente —vida o muerte—. La guerra se prolongaba ya desde hacía mucho y sabíamos lo que nos esperaba de los nazis.

No todas las mujeres que habían venido con nosotras en el tren desde el gueto de Kowno nos resultaban extrañas, aunque estábamos junto a mujeres provenientes de toda Europa, separadas unas de otras por barreras lingüísticas —tampoco intentábamos en ningún momento hablar entre nosotras— y aisladas por el miedo.

No teníamos ni amigos ni parientes que pudieran ayudarnos. Sólo nosotras dos, mi madre y yo, estábamos todavía allí, agarradas la una a la otra. Mi padre y mi tío habían sido asesinados. Los padres de mi madre y su hermano superviviente decidieron esconderse en un búnker cuando los alemanes desalojaron el gueto de Kowno, con la esperanza de que llegaran los rusos antes de que los nazis descubrieran su refugio y los mataran. No sabíamos si seguían todavía vivos y, sólo años después, conoceríamos la terrible verdad. Nadie había realizado ningún esfuerzo por ayudarnos a comprender la situación, por explicarnos las reglas del juego. ¿Cómo podíamos saber cuál era la decisión correcta?

Estábamos obligadas a tomar decisiones, desde la más profunda ignorancia, que podían significar la vida o la muerte. Incluso yo, todavía una niña, ya había tenido que tomar ese tipo de decisiones incontable número de veces.

Tres días antes, en la estación de Kowno, habían reinado el pánico y la confusión

más brutales. Una gran cantidad de soldados se habían encargado de que todo transcurriera muy rápido. No nos dieron tiempo para comprender nuestra situación o para despedirnos de nuestros seres queridos. Nos empujaron y nos separaron a la fuerza a unos de otros. Desde su punto de vista, podría decirse que todo estaba bien organizado. Sin ninguna advertencia previa, separaron a los hombres de las mujeres y nos obligaron a miles de nosotras a entrar en los trenes en un par de horas. Fue en ese momento cuando mamá y yo perdimos el contacto con mi hermano mayor, Manfred, poco antes de que abarrotaran los trenes con todas nosotras.

Los nazis nos habían obligado a abandonar el gueto de Kowno sin más pertenencia que la ropa que llevábamos puesta. Cuando llegamos al campo de concentración nos hicieron entrar en un hangar enorme, donde tuvimos que desnudarnos. Se llevaron nuestros vestidos y zapatos. Aunque estaban hechos jirones y mugrientos después de los tres años en el gueto, y su estado había empeorado durante el viaje en los vagones de ganado repletos de mujeres, por lo menos nos pertenecían. De aquello que en algún momento fue nuestro ya no nos quedaba nada, ni siquiera una sola de las escasas pertenencias que habíamos podido conservar durante el periodo en el que vivimos en el gueto, ni siquiera una horquilla para el pelo. Ahora llevábamos ásperos chanclos de madera y los vestidos de segunda, tercera o cuarta mano que nos habían dado los vigilantes, ropa civil con una estrella amarilla cosida por detrás; no eran uniformes a rayas como los que llevaban los presos polacos que no eran judíos, a los que podíamos ver al otro lado de la valla de alambre de espino, o como los de los criminales, que daban un miedo terrible y que ayudaban a los alemanes en el campo de concentración.

Era una mañana soleada y calurosa de julio de 1944. Habíamos pasado tres días prácticamente sin comer, encerradas en vagones de ganado herméticamente cerrados y repletos de mujeres. Pero, a pesar del hambre, del agotamiento físico y del miedo, a pesar de la humillación de estar desnudas y de recibir órdenes de *kapos* en uniforme con látigos amenazadores sobre nuestros costados, a pesar de todo esto, el sol y el aire fresco me transmitían un poco de energía. Yo era todavía una adolescente, delgada y sin desarrollar y, a pesar de todos los años de privaciones, no era tan fácil quitarme mi vitalidad juvenil.

En aquella fila densa de mujeres extrañas, en la que ninguna quería avanzar por miedo, nos dirigíamos despacio hacia un lugar en el que nos arrojarían de una incertidumbre a la siguiente. Las mujeres que estaban detrás de nosotras, empujadas desde atrás por los *kapos* con sus látigos y por los vigilantes situados con sus perros a lo largo de la valla de alambre de espino, nos hacían avanzar. En los límites del campo de concentración se elevaban de forma amenazadora hacia el sol altas torres de vigilancia, en las que hacían guardia soldados de las SS con ametralladoras.

Oía las voces de los vigilantes y los gruñidos de sus perros. Las mujeres se movían hacia adelante casi sin ruido; sólo se escuchaban gemidos, suspiros llenos de miedo, llantos, súplicas susurradas. El sol veraniego del norte relucía en los botones

de los uniformes de los soldados y en sus armas, en las cañas brillantes de sus botas y en los broches de latón; se reflejaba en sus ojos, fijos en nosotras. Perros enormes tiraban violentamente de sus correas, echando espuma por la boca y arrufando la cara. ¿Podían olfatear nuestro miedo como lo olía yo, el amargo olor del sudor seco que se pegaba a nuestros cuerpos después de días sin poder lavarnos, el hedor a orina y excrementos que no podíamos limpiarnos, el aliento que olía a enfermedad, hambre, caries y miedo? Mi madre y yo nos agarramos mutuamente. Las mujeres, que no se conocían entre ellas, se apretaban las unas contra las otras para encontrar una protección ilusoria.

No quedaban muchas mujeres delante de nosotras para llegar hasta el médico encargado de la selección. Toda mi atención se centraba en él. En los próximos minutos decidiría mi destino. Era un hombre grande, guapo y rubio con uniforme de las SS. Estaba de pie, con orgullo, al final de la fila, y representaba el centro de aquel fragmento del universo. Observaba de forma crítica e impersonal a cada mujer que llegaba ante él y buscaba en ella deficiencias que la convirtieran en no apta para trabajar. Con escasos y fríos movimientos de manos, y casi sin hablar, enviaba a unas mujeres a la izquierda y a otras a la derecha. Entre nosotras no había ninguna que no supiera lo que esto significaba.

Estaba fascinada por aquel médico guapo y bien alimentado, por aquel hombre grande, bien cuidado y elegante. Su rostro era inteligente y reservado, no parecía malo. Quizá, pensaba yo, haga lo que espero si le sonrío amablemente. Mi madre y yo nos acercábamos cada vez más a él. En lo que a mí me afectaba, no estaba preocupada por su decisión. Había aprendido a poner una cara alegre y a permanecer así, como sólo yo podía hacer, para mostrar que estaba llena de energía y de buena voluntad. Pero respecto a mi madre no estaba tan segura. Todavía no había cumplido los cuarenta años, pero nunca había sido una mujer especialmente vigorosa. De pequeña había tenido problemas de corazón, y mi padre siempre la había malacostumbrado. Hasta que nos hicieron abandonar nuestra casa y nos obligaron a vivir en el gueto, mi padre la había protegido de las duras realidades del mundo. Incluso en el gueto, mi padre siempre fue para mi madre un protector. Pero los nazis le habían asesinado, y mi madre había envejecido muchísimo desde aquella trágica pérdida, tan sólo un par de meses atrás. Por su apariencia, estaba más cerca de los sesenta que de los cuarenta. Tenía muchas arrugas y sus ojos no poseían ningún brillo. Además, el vestido que le habían dado en el almacén, un harapo negro y sin forma, no le daba un aspecto más joven. Ésa era mi madre, la que cuando yo era una niña se ponía sólo los vestidos más bonitos y cosidos a mano. Ahora parecía una pordiosera más.

Poco antes de que nos metieran en el tren en Kowno, nos habíamos hecho ilusiones. Los alemanes habían comenzado a evacuar el gueto. ¿Había todavía alguna oportunidad de que mejoraran las cosas? Los rusos no se encontraban muy lejos. Los alemanes estaban a punto de perder la guerra, aunque todo iba demasiado despacio.

¿Tenían quizá alguna razón para dejarnos con vida hasta el final de la guerra? Nadie nos había dicho qué iban a hacer con nosotros o qué podíamos esperar.

En pocos minutos habíamos perdido de nuevo todas las esperanzas. Nos metieron en vagones de ganado y los precintaron. En el interior reinaba una estrechez inhumana. Hacía demasiado calor y el aire estaba muy cargado. Las mujeres chillaban, respiraban con dificultad, se desmayaban. No nos dieron nada de comer, aunque había siempre agua, que bebíamos de unos depósitos oxidados. El viaje duró tres días, que se nos hicieron como tres años. Era un extraño viaje hacia la nada, a veces muy rápido, otras despacio, y de vez en cuando el tren se paraba. Parecía que los alemanes no sabían muy bien qué debían hacer con nosotras. Todo esto nos provocaba miedo, pero yo protegía a mi madre simulando optimismo.

Algunas veces abrían las puertas y los vigilantes se situaban a lo largo de todos los vagones. Por altavoz, nos avisaban repetidamente: “Se disparará a la que intente saltar del tren”. Oíamos disparos, pero no podíamos saber si realmente alguien había intentado huir del tren o si los vigilantes pretendían simplemente atemorizarnos. Nos insultaban una y otra vez y nos llamaban “cerdas asquerosas”.

Mientras continuaba el viaje, me iba acercando todo lo que podía hacia las puertas abiertas. A veces, cuando pasábamos por algún bosque, el tren iba más despacio. Los árboles estaban muy cerca de las vías del tren. Con audacia, se podía saltar del tren y desaparecer entre los árboles antes de que los vigilantes pudieran disparar. A través de las ramas veía casas. Quizá alguien que viviera en alguna de ellas se compadecería de nosotras. Los rusos estaban cada vez más cerca.

Me hallaba con mi madre junto a la puerta abierta.

—Saltemos —le susurré.

—No puedo —me dijo al oído—. Salta tú.

Tenía razón. Estaba demasiado débil para saltar. No tenía valor para huir hacia el bosque. No la podía abandonar y tampoco podía sacarla conmigo del tren. Entonces me juré que o seguiríamos con vida las dos o moriríamos juntas.

Me instó a saltar. Intentó incluso empujarme, pero no tenía suficientes fuerzas.

Cuando se paró el tren todavía no sabíamos dónde estábamos. Era Stutthof, en la costa del mar Báltico, no muy lejos de Gdansk. Los nazis ocultaban al mundo exterior que se trataba de un campo de concentración. Cuando llegamos, una pequeña orquesta de músicos no judíos con uniforme nos saludó en la explanada entre el muro gris de cemento del campo de concentración y la vía del tren. En un primer momento, sentí esperanza de nuevo de forma instintiva. Quizá se trataba de algún tipo de campo de tránsito, en el que podíamos esperar el final de la guerra y la liberación por parte de los rusos.

El campo estaba aislado. Lo bordeaba un muro de piedra alto, que disimulaba su auténtica finalidad. El paisaje alrededor era llano y arbolado. Los vigilantes nos empujaron a través de un pórtico gigantesco y comprendimos de inmediato dónde estábamos. Vimos la valla de alambre de espino electrificada y, al otro lado, a los

criminales y a los presos políticos vestidos con uniformes a rayas. El campo de concentración tenía unas dimensiones tan grandes que no se podía abarcar con la mirada. Parecía extenderse hacia el infinito. Todas nuestras ilusiones se desvanecieron. De una chimenea alta salía humo. Imaginé que era una panadería o una fábrica. Todavía no había oído hablar de los hornos crematorios.

Masas de mujeres judías se amontonaban en la entrada y eran empujadas hacia un hangar inmenso en el que los *kapos* nos tatuaban números en el brazo. Las mujeres que nos vigilaban disfrutaban haciéndonos sufrir. Nos daban latigazos y nos pegaban de forma arbitraria, simplemente porque les divertía. Tuvimos que desnudarnos y ponernos la ropa que nos dieron. A mi madre le tocó un vestido negro sin forma y a mí una falda azul y una blusa roja.

Ahora estábamos las dos frente al médico. Su mirada atravesaba nuestros vestidos y buscaba nuestros puntos débiles. “La mujer mayor, hacia la izquierda. La joven, hacia la derecha”. Yo no me moví del sitio. Permanecí allí y observé exactamente hacia dónde llevaban a mi madre; a través de una puerta, hacia la otra parte de la valla, a unos barracones largos de madera no muy alejados. No me moví de donde estaba, pero los *kapos* me hicieron avanzar hacia un grupo de mujeres que estaban colocadas en filas de seis. Ésa era la formación para trabajar. De un momento a otro nos llevarían a realizar trabajos forzados. Yo no había estado totalmente sola nunca en toda mi vida. Las otras mujeres permanecían allí pasivas y esperaban resignadas lo que viniera. Pero yo no me podía conformar con lo que me estaba pasando.

Durante tres años, desde el verano de 1941 hasta el de 1944, había realizado trabajos forzados para los nazis, pero siempre tuve a mi madre a mi lado. Nos habíamos cuidado mutuamente, nos habíamos sacrificado la una por la otra, en el sentido literal de la palabra. Cada mañana a las siete nos colocábamos en una fila a la entrada del gueto y nos conducían desde allí a nuestro lugar de trabajo. Mi madre y yo habíamos trabajado casi todo el tiempo en el *Kriegslazarett*, un hospital militar en el que se cuidaba a los soldados alemanes heridos. Nuestro trabajo consistía en limpiar los cuartos de baño y todo lo más repugnante que podían encontrar para nosotras. Pero, por lo menos, habíamos estado la una junto a la otra. Mi madre había cuidado de mí.

Pero ahora no la necesitaba para que me cuidara. Sabía que eso tenía que hacerlo yo misma. Mi padre fue asesinado en una *Aktion* el 28 de marzo de 1944, el día de su cuarenta y siete cumpleaños, cuando los alemanes juntaron a todos los niños que todavía quedaban en el gueto y los mataron. Mi padre había intentado salvar a un grupo grande de niños escondiéndolos debajo del tejado de la casa del Comité Judío en el que trabajaba, pero los alemanes los descubrieron, los transportaron al fuerte número nueve, en una colina de la ciudad, y los mataron a todos, incluido mi padre, con ametralladoras. Lo que ocurrió lo supimos por varios testigos. Mi padre no tendría que haber muerto entonces. No tendría que haber emprendido el intento inútil de salvar a aquellos niños que ya estaban condenados a la muerte. Pero aquella forma

de actuar era característica suya, siempre pensando, en primer lugar, en los demás.

Su muerte fue un golpe del que mi madre nunca más se recuperaría, pero yo me obligué, de alguna manera, a mantener la esperanza, aunque no hubiera ninguna esperanza. Hasta la muerte de mi padre, los dos se habían animado mutuamente y me habían ocultado sus miedos, me habían protegido de las escenas de horror en el gueto, en la medida en que les era posible. Hacíamos todo lo que podíamos para permanecer juntos y para mantener la esperanza de continuar con vida, todo ello en una situación en la que no había ninguna razón para creer que conseguiríamos sobrevivir. Después de la desaparición de mi padre, mi madre ya no pudo ocultar más su desesperación. Ahora tenía que ser yo la fuerte, era yo quien tenía que preocuparse de que mi madre comiera lo poco que había para comer, quien tenía que lograr que ella no se diera por vencida. Y tenía que hacer como si esperara un milagro: los rusos iban a llegar pronto y entonces los nazis huirían.

Desde mi puesto en la columna de mujeres destinadas a trabajos forzados, valoré con rapidez la situación. Detrás de mí llegaban más mujeres, relativamente jóvenes y fuertes. Delante de nosotras vi el pórtico principal del campo de concentración y un tren que estaba esperando para transportarnos. De un momento a otro nos harían franquear la puerta, subir al tren, y no volvería a ver a mi madre. Miraba permanentemente a través de la valla de alambre para ver hacia dónde se la habían llevado. Al otro lado de la valla, las mujeres no tenían que formar filas. Andaban errantes alrededor de los barracones, sin ser vigiladas por los *kapos*. La atención de éstos se centraba en el lugar donde el doctor guapo y rubio estaba seleccionando a las mujeres. Creí haber descubierto a mi madre con su vestido negro, haberla visto desaparecer tambaleándose en la esquina de un barracón. Era imposible, pero tenía que llegar hasta ella.

En el gueto siempre había sido una chica llena de recursos, y todavía me pregunto hoy día de dónde sacaba tanta imaginación. No era ninguna niña de la calle, acostumbrada a sobrevivir en un mundo hostil, obligada a defenderse permanentemente a sí misma porque estaba desatendida. Al contrario, había sido una niña malcriada. En Francfort, donde nací, tenía una niñera, una enfermera con su diploma que llevaba una cofia con una estrella de David roja en la parte delantera. ¡Qué ironía, cuando pienso en ello ahora! Nuestra niñera no judía había llevado con orgullo lo que se convirtió después en el símbolo de nuestra persecución. Atendía nuestras necesidades más pequeñas. Mi hermano y yo éramos de los niños mejor vestidos de la ciudad. Incluso después de que huyéramos de Francfort, pues mi padre ya no era tan rico como antes —aunque todavía disponía de unos ingresos adecuados—, crecí con todo el confort que podía permitirse.

Antes de la guerra, cuando vivíamos en el puerto de Memel, una ciudad en el mar Báltico al norte de Stutthof, llevaba a menudo vestidos de organdí y zapatos de charol cuando mi tía Tita me acompañaba a reuniones de té con baile. Me pedía un chocolate caliente y yo bailaba valsos y tangos con los muchachos de doce años de

edad. Conservo el recuerdo del chocolate caliente como un tesoro y soñaba noche tras noche con él. Me juré que lo primero que haría cuando terminara la guerra sería tomarme una taza de aquel delicioso chocolate caliente y cremoso.

Cuando pienso en todo esto quizá la metamorfosis que experimenté no fue tan sorprendente. Es verdad que disfruté de una educación privilegiada, pero mi padre nunca me permitió olvidar que los privilegios siempre van acompañados de responsabilidades. Los judíos alemanes son conocidos por su actitud rigurosa ante la vida, y nosotros éramos una familia ortodoxa, de forma que nuestra existencia se regía por deberes y obligaciones por partida doble. Debíamos ajustarnos a criterios morales estrictos, incluso aunque fuésemos ricos.

Aprendí rápidamente a desenvolverse en el gueto. Mis padres me cosían bolsillos secretos en la ropa y yo introducía de forma clandestina comida en el gueto para las personas mayores que no podían trabajar. Los vigilantes nazis nos controlaban en la entrada, pero yo me obligaba a mí misma a sonreír y a disimular mi miedo, y me dejaban pasar. Yo siempre estaba dispuesta a correr riesgos. Confiaba en mi suerte y en mi inteligencia.

Me gustaba encargarme de hacer cosas cuando tenía posibilidad de hacerlas. En el gueto, cuando todavía podíamos comprar comida, yo cocía pan para todos nuestros vecinos; para ello comprábamos un cubo de harina. Todo eso era posible al principio, cuando los judíos todavía podían comprar con dinero o cartillas de racionamiento.

Lo primero que hacía era dejar un poco de harina en remojo por la noche para obtener levadura. Después lo mezclaba todo y lo amasaba. En aquella época yo tenía trece años recién cumplidos y era pequeña para mi edad. Uno de nuestros vecinos decía: “Eres tan pequeña que tu brazo casi no llega hasta el fondo del cubo”. Pero yo me sentía orgullosa de cocer pan para todo el mundo. Había un horno antiguo en nuestra casa. Lo ponía en funcionamiento y cocía pan sin ayuda de nadie; salía rico. La gente me llamaba “la pequeña panadera”.

¿Cómo imaginarse entonces que dos años después, cuando la comida se convirtió en un bien escaso en el gueto, el pan de harina recién hecho supondría un manjar tan exquisito que algunas madres estaban dispuestas, desafiando el decoro y la estricta moral judía, a permitir que sus hijas se acostaran con los vigilantes nazis sólo a cambio de un trozo?

Otra vez conseguimos unas zanahorias y preparé una tarta de zanahoria. Me gusta esa imagen que tengo de mí misma, la de una pequeña muchachita rubia con los brazos enteros metidos en un cubo lleno de masa. Ésa fue la muchacha que sobrevivió a la guerra, no la pequeña niña mona con zapatos de charol y vestido de organdí que asistía a los bailes de salón en un elegante café de Memel.

Ahora habría de desenvolverse de nuevo con más audacia y determinación que en toda mi vida. Tenía que llegar hasta donde estaba mi madre a cualquier precio. Me di cuenta de que no muy lejos había una puerta sin vigilar en la valla de alambre electrificada. Comencé a separarme discretamente de mi fila de seis mujeres para

deslizarme hasta la siguiente fila. Las otras mujeres permanecían pasivas, inmóviles, todavía afectadas por el viaje en el tren, por la conmoción de la llegada a Stutthof, por la peligrosa selección y por el alivio que sintieron cuando fueron asignadas hacia la derecha, el lado de la vida, —quizá también por la tristeza de la separación de sus seres queridos—. Con la ropa que llevábamos, nos parecíamos mucho unas a otras. Me deslicé de nuevo hasta la siguiente fila, en dirección a la puerta sin vigilar.

Los vigilantes notaron que había algo que no estaba en orden. En la fila que yo había abandonado había sólo cinco mujeres y en la que acababa de colocarme, siete, pero yo había avanzado ya cuatro o cinco filas hacia delante. Los vigilantes no sabían dónde tenían que buscarme. Ahora estaba ya junto a la puerta. Dios sabrá cómo supe inmediatamente por dónde podía pasar, por dónde tenía que tocar el picaporte para evitar la corriente eléctrica. Los vigilantes gritaban alrededor, daban órdenes para hacer un recuento, buscaban con la mirada a la persona desaparecida. Bajé el picaporte de la puerta y pasé al otro lado.

Ahora estaba en el lado de las almas condenadas. Los vigilantes, con perros, me vieron correr, pero no podían abrirse camino a través de la columna de mujeres para atraparme. Corrí lo más deprisa que pude hasta mezclarme entre un grupo de mujeres. Teníamos todas el mismo aspecto. Era imposible descubrirme para castigarme. Además, me encontraba en el lado en el que todas serían enviadas a la cámara de gas. Eso ya era suficiente castigo.

A ese lado de la verja, reservado a la muerte, dejaban a las presas andar de un lado para otro hasta que se realizara la selección diaria. Aquí no dominaba la estricta disciplina del otro lado, en el que las mujeres se tenían que alinear en filas para ser transportadas enseguida hacia el campo de trabajo. No había ningún interés especial por las mujeres situadas en el lado sin esperanza hasta el momento en el que se las matase; de vez en cuando, si tenían ganas, los *kapos* les pegaban. En la explanada había filas de barracones de madera lóbregos y sin revocar, en los que los nazis encerraban a las mujeres y casi las dejaban morir de hambre hasta enviarlas a la cámara de gas.

Había visto desaparecer a mi madre detrás de uno de aquellos barracones. Corrí hacia allí para buscarla. Casi no prestaba atención a las otras mujeres, salvo para asegurarme de que ninguna de ellas era mi madre. Cada una, de cientos y cientos de mujeres solitarias, agotadas, invadidas por una profunda tristeza, estaba en el camino hacia la muerte segura. ¿Cómo hubiera podido mirarlas? ¡Cuánto dolor inimaginable había allí! Yo las interpelaba, a una tras otra, escrutaba un rostro tras otro, pero descubría sólo vacío y terror, y no los bellos rasgos de mi madre. “Yo no soy tu madre”, me respondían algunas.

Cuando mi madre era joven le habían apodado “la bella Rosel”. Aunque no hacía mucho tiempo de aquello, era como si hubiese sido en otra vida. Antes de la guerra, siempre se había vestido con un gusto exquisito. Sus vestidos estaban todos hechos a medida, cosidos a mano, discretos pero elegantes y adornados con bordados. En

aquellos días, tenía unos treinta años de edad. Su pelo, castaño, estaba siempre perfectamente peinado. El olor de su perfume fue el olor de mi infancia. Cuando tocaba el piano, sus delicadas manos eran la materialización de la ternura, del talento y de la perseverancia. Era una mujer culta, que había leído mucho, y que probablemente conocía la literatura y la música alemanas mejor que los brutales vigilantes “arios” de Stutthof. A pesar de su juventud, mi madre había sido una de las mujeres más eminentes de la comunidad ortodoxa de Francfort. Había fundado una guardería para niños pobres. Incluso en el gueto, ella consiguió conservar su encanto y dignidad.

Quizá encontrase a mi madre, pero nunca volvería a encontrar a la mujer de antaño. No podía creerlo, pero poco después la entreví entre todas aquellas almas perdidas. Justo en ese momento se estaba anudando un calcetín al cuello para estrangularse. No creí lo que estaban viendo mis ojos. Me precipité hacia ella y le grité: “¡Rosel, Mamá!”

Pero no respondió. Se quedó horrorizada cuando me vio. No quería reconocer en mí a su hija.

—¡Mamá! —le grité de nuevo.

—Yo no soy tu madre —me contestó.

Quería morir sola. Pero le quité el calcetín del cuello.

Finalmente, sin resistirse más a mi presencia, me habló en su modo antiguo, elegante y literario: “Mi niña, has llegado a perderte en el reino de la muerte”. Eso yo ya lo sabía, pero me resultaba indiferente. Sin ella, yo estaba muerta en cualquier caso.

“Si no podemos permanecer con vida las dos juntas, moriremos la una junto a la otra”, le dije. Me había hecho aquel juramento de forma definitiva en el tren hacia Stutthof.

Súbitamente, se me ocurrió una idea. ¿Por qué habían enviado a mi madre hacia la izquierda, hacia el lado de la muerte? Todavía no tenía cuarenta años y contaba con una salud aceptable. Era el vestido negro que llevaba, sin forma, el que le hacía parecer vieja.

“Intercambiamos nuestros vestidos”, le dije. Ella no comprendía. No se lo podía explicar. Había que hacerlo sin más. “Intercambiamos nuestros vestidos”. Rápidamente, me quité la falda azul y la blusa roja. Le hice quitarse el vestido negro y ponerse mi ropa, y yo me puse su vestido negro. Entonces retrocedí un paso y la miré de nuevo. Parecía diez años más joven. No obstante, sus mejillas estaban demasiado pálidas. Me humedecí con saliva un dedo, lo froté contra la estrella amarilla de mi vestido y extendí el color en sus mejillas. Una y otra vez, embadurné su rostro con color. Quizá fuese sólo el masaje y no el color de la estrella de tela, pero sus mejillas adquirieron un poco de color.

“Vamos”. No esperé su respuesta. No le expliqué mis intenciones, sin más la arrastré de la mano conmigo.

Si he de decir la verdad, no tenía ningún plan. Sólo sabía que, de una manera u otra, teníamos que volver a pasar a través de la valla a la otra parte del campo de concentración, abandonar a las mujeres destinadas a morir y llegar hasta aquellas que todavía tenían alguna esperanza de permanecer con vida. ¿Qué podíamos perder?

Llevé a mi madre de la mano hasta un barracón para poder observar discretamente lo que estaba pasando a nuestro alrededor. El proceso de selección seguía su curso igual que antes. Del hangar en el que se cambiaban de ropa las mujeres salían nuevas víctimas. Una larga fila era conducida hacia el médico alto y guapo, que daba su dictamen y las enviaba con escasos movimientos de manos hacia donde quería, mientras los vigilantes y los *kapos* empujaban a las mujeres hacia su destino. Los vigilantes mantenían bajo control a las mujeres seleccionadas para trabajar y se encargaban de que formaran filas ordenadas de seis en seis; pero no prestaban demasiada atención a las mujeres que estaban al otro lado de la valla, condenadas a morir. Nos daban la espalda, como si ya estuviéramos muertas.

De vez en cuando, empujaban a un gran grupo de mujeres a través de la puerta en dirección a los barracones de la muerte, apelotonándonos. Yo avancé con mi madre un poco, siempre cerca de otras mujeres para no llamar la atención. Nos acercamos hacia la valla de alambre de espino tanto como pudimos y yo esperé hasta que un nuevo grupo de mujeres fue empujado hacia nuestro lado a través de la valla. Comprobé que había una posibilidad de traspasar rápidamente la entrada y perderse entre la multitud de mujeres que todavía no habían pasado la selección, simplemente porque los nazis no se podrían imaginar que alguien pudiera querer repetir aquel proceso por voluntad propia. Una mujer de la fila que se dio cuenta de lo que había hecho por mi madre me llamó la “hija pródiga”. Sus palabras me hicieron ganar un poco más de confianza en el éxito de mi plan.

Enseguida un gran grupo de mujeres se agolpó en la puerta de paso. Me acerqué un poco más hacia allí y arrastré a mi madre conmigo.

—¿Hacia dónde me llevas? —me preguntó, casi con lágrimas en los ojos.

—Al otro lado.

—No, déjame quedarme aquí y morir. Ve tú sola allí.

Comenzó a separarse de mí, pero yo no solté su mano para impedir que se alejara. Mientras tanto, no perdía de vista lo que estaba pasando en el lugar donde se estaba realizando la selección. Los vigilantes estaban a punto de empujar a un gran grupo de mujeres hacia nuestro lado a través de la puerta de entrada.

—Tienes que venir conmigo. ¡Venga, ahora!

La arrastré hasta la puerta y, en la confusión que reinó mientras las mujeres que habían sido seleccionadas para morir eran empujadas a nuestro lado, conseguimos pasar rápidamente al otro sitio y mezclarnos entre las que todavía no tenían un destino asignado. Ahora ya no nos podían distinguir del resto de mujeres. Y como realmente no habíamos intentado huir, no había ninguna razón para perseguirnos.

Cada vez nos acercábamos más, por segunda vez, al médico. Como al resto de

mujeres, nos latía el corazón de angustia. ¿Nos enviaría esta vez a las dos hacia la derecha, hacia el lado de la vida? ¿Nos reconocería y nos mataría allí mismo de un tiro? Puede ser que simplemente nos castigase enviándonos hacia la izquierda a las dos. Tenía una mirada muy penetrante. ¿Nos reconoció? ¿Se dio cuenta de lo que intentábamos hacer?

Es terrible que el propio destino de uno esté a merced del capricho de una única persona; pero eso ha ocurrido numerosas veces desde mi infancia, una y otra vez.

Cuando vivíamos en Francfort, los domingos, que era cuando libraban la niñera y la criada, los dedicábamos a estar en familia. Cuando hacía buen tiempo, papá nos llevaba siempre en nuestro resplandeciente Mercedes negro hasta Taunus, un lugar magnífico entre colinas, conocido por sus restaurantes, frecuentado cada fin de semana por la flor y nata de la burguesía de Francfort. Sin embargo, nosotros íbamos hasta allí de gira. Papá colocaba el coche siempre en un lugar con hierba suave y árboles que nos daban sombra. Mi madre extendía manteles de lino blanco sobre la hierba y nos sentábamos alrededor. Comíamos en platos de papel de excelente calidad que producía la fábrica de mi padre, y todo transcurría en un orden impecable. Mamá llevaba un vestido deportivo y zapatos planos; papá, un traje de verano y un sombrero inglés de fieltro, de color gris. Aunque era una gira, se esperaba de nosotros, los niños, que no nos ensuciáramos y que comiéramos de forma correcta.

Un domingo, para darme una alegría, mi padre me preguntó: “Trudi, ¿por qué camino te gustaría regresar con el coche?” Le pedí volver por la carretera más larga, que tenía vistas panorámicas, y se dejó guiar por mí. Poco después de haber pasado por una de mis granjas preferidas, con vacas bien cuidadas y limpias que pastaban en los prados, un camión lleno de soldados nos bloqueó el camino y nos ordenó detener nuestro Mercedes. Apuntándonos con sus armas, nos obligaron a bajar del coche. Todo esto debió de pasar poco después de que los nazis tomaran el poder; entonces yo tenía seis años.

Mi hermano y yo nos agarramos a la falda de mi madre, mientras escuchábamos cómo aquellos soldados arrogantes interrogaban a mi padre y le humillaban. Mi padre había dejado de ser un industrial prominente y respetado, un ciudadano de Francfort cultivado y refinado. Ahora era sólo un sucio judío, y cualquier palurdo uniformado le podía golpear e incluso matar si le venía en gana. Nos estaban apuntando con sus fusiles y uno de ellos gritó: “¡Matad inmediatamente a estos cerdos judíos! ¡Es una orden!” Yo estaba convencida de que dispararían.

Ya resonaban los disparos en mis oídos. Rompí a llorar y me aferré a mi madre. Papá avanzó un par de pasos hacia delante, para interponerse entre los soldados y su familia, como si su cuerpo pudiera protegernos de sus balas. Nosotros estábamos temblando de miedo, y aquellos soldados estaban disfrutando con el espectáculo. “Escuchad el gimoteo de estos asquerosos judíos”.

Finalmente, uno de ellos dijo: “Va, dejadles marchar”. Quizá fuese el sargento, no me acuerdo, pero todavía hoy día puedo imitar el tono exacto con el que pronunció

aquellas palabras; no con compasión, sino con desprecio, como si no valiera la pena que desperdiciaran balas en matarnos. Los soldados se subieron al camión y se alejaron contentos, riéndose. Nunca olvidaré aquel momento. El alivio de haber salido con vida no podía borrar el horror de ser amenazados de muerte. Lo que pasó transformó mi vida para siempre.

Aquella fue nuestra última gira a Taunus. El mundo seguro de mi infancia se descompuso con violencia. Y ésa fue sólo la primera vez de tantas otras en las que el capricho de un soldado era lo único que me separaba de la muerte. Todavía hoy día, cuando viajo en coche, si alguien me pregunta qué camino debe tomar no puedo responder. Me paraliza. Esa inocente pregunta me llena de terror. De repente, me convierto de nuevo en una niña pequeña y, si doy la respuesta equivocada, pienso que soldados nazis me estarán esperando detrás de la curva. Todo esto no es el *recuerdo* del miedo, sino el propio miedo ante un peligro, *ubicuo*, que me acecha cuando tomo una dirección equivocada.

Rozar la muerte bastaría para marcar a cualquier persona para el resto de su vida, pero ésta no fue más que la primera de las muchas vivencias de este tipo que siguieron. Cuando nos internaron en el gueto no pasó ni un día sin un peligro igual o peor. A cualquier soldado alemán que se encontrara con un judío por la calle se le podía ocurrir matarlo si le entraban ganas de hacerlo, lo cual pasaba con frecuencia. Tenían una cuota diaria de muertes arbitrarias. A menudo, había selecciones, registros y recuentos bajo cualquier pretexto que se le ocurriera a los nazis. Yo aprendí a sonreír amablemente a aquellos hombres uniformados que podían matarme sólo para agradecerles y que me perdonaran la vida.

Ahora estábamos por segunda vez, de forma no oficial, en la fila. El médico me escrutaba minuciosamente. Le sonreí y le miré a los ojos para ver si me reconocía. Su mirada no delató nada. No manifestaba de ninguna manera que me hubiese visto antes. En cualquier caso, nosotras no contábamos como personas para él.

De nuevo me envió hacia la derecha; y esta vez también mandó a mi madre a las filas de las mujeres destinadas a los campos de trabajo. Yo había ganado. Mi madre estaba de nuevo junto a mí. Temblorosas, nos apretamos la una contra la otra en una fila de seis mujeres; ahora formábamos parte de una brigada de trabajadoras y no estábamos condenadas a una muerte inmediata.

Pero que nadie piense que estábamos locas de alegría; estábamos muertas de miedo.

El puente de la desesperanza

Cuando pienso en mi juventud, veo que, en cada etapa, perdí algo esencial. Cuando llegué al campo de concentración de Stutthof me habían quitado casi todo. A menudo recuerdo todo lo que me arrebataron: mi hogar, mi padre, mis abuelos, mis tíos y tías, mi idioma materno, mi cultura. Pienso en todo ello para poder recuperar un poco de este mundo perdido, por lo menos en el recuerdo, y hacerlo pervivir.

Cuando tenía seis años, mi familia tuvo que marcharse al exilio a Memel. A pesar de ello, mis padres hicieron todo lo posible para que yo tuviera una infancia feliz y tranquila, incluso después de la invasión de Lituania por parte de los rusos en 1939. Sin embargo, mi infancia terminó de forma siniestra en la cámara frigorífica de un carnicero, entre cuerpos de animales destripados y sin piel que colgaban de afilados ganchos.

El terrible suceso después de nuestra gira aquel domingo en Taunus, cuando los soldados alemanes nos amenazaron con matarnos simplemente porque éramos judíos, arrojó una sombra negra sobre mi infancia protegida. Yo era todavía demasiado joven para expresarlo con palabras, pero comprendí que las reglas del mundo se habían modificado profundamente. Hasta ese momento había creído lo que me habían enseñado: que Dios me protegería del mal si yo hacía el bien. Pero descubrí que incluso las personas buenas e inocentes podían ser asesinadas a sangre fría por el primer soldado que tuviera ganas de hacerlo.

Mi infancia en Francfort fue privilegiada gracias al ala protectora de mi padre, Philip Simon. De niña me consideraba, por encima de todo, hija de mi padre. Él era un judío ortodoxo alemán de la vieja escuela, estricto en sus creencias. Su padre había sido rabino en Memel, un puerto del mar Báltico que se convertiría en nuestro primer refugio. A mi padre le enseñaron desde pequeño lo que estaba bien y lo que estaba mal, y nunca cuestionó lo que le habían enseñado. Más tarde se esforzó cuanto pudo por transmitir sus creencias religiosas a sus propios hijos, ofreciéndonos a su vez un modelo de comportamiento ejemplar.

Mi padre, un hombre moderado y cultivado, tenía por lo menos diez años más que mi madre. Vestía siempre traje de calle con pajarita y fumaba en pipa. Era corpulento y no demasiado alto; su actitud irradiaba dignidad. Era buen esposo y buen padre de familia, y hacía siempre lo imposible por ahorrar preocupaciones y problemas a mi madre. Se tomaba su responsabilidad tan en serio que recuerdo haber tenido piedad por él, porque todo el peso de la familia recaía en él. Con la confianza incondicional que tenía en sus valores, papá marcaba las pautas en nuestra familia. Era un hombre estricto, pero recuerdo su rigor con mucho amor. ¡Qué bonito hubiera sido que sus hijos hubiéramos podido crecer en aquel mundo que él quería construir para nosotros! Pero la Historia destruyó su universo, y nada podría prepararnos, ni a él ni a nosotros,

para lo que viviríamos después.

En Francfort, papá era un empresario de éxito, y asumía con gusto las responsabilidades sociales implícitas en el hecho de ser una persona acomodada: obras caritativas, apoyo financiero a las instituciones judías, sentido del honor y criterios morales muy elevados. Aunque no había nacido en Francfort, era un miembro respetado de esta comunidad, profundamente enraizada y establecida sin interrupción en Francfort desde el siglo XIV. Los judíos consideraban, y así era de hecho, que formaban ya parte del paisaje cultural de esta ciudad.

Mi padre y su hermano eran propietarios de una fábrica de papel. Vivíamos de forma acomodada en un piso espacioso cerca del zoo. Mi madre tenía una asistente y una cocinera, y a nosotros, los niños, nos cuidaba Candy, la niñera no judía. Con Manfred y conmigo, Candy hablaba siempre en inglés. Esto era una parte de la educación europea adecuada que debíamos recibir.

Candy era una niñera con diploma. Su uniforme almidonado y su cofia con la estrella de David roja me impresionaban mucho. Una vez, mi hermano y yo tuvimos escarlatina, una enfermedad contagiosa, peligrosa y, a menudo, mortal. En lugar de ingresarnos en un hospital, nuestros padres nos pusieron en cuarentena en la habitación de los niños, y Candy fue la única intermediaria entre nosotros y el mundo exterior. Mis padres construyeron una ventana especial en la puerta de nuestra habitación, y todavía me acuerdo hoy día de cómo nos miraban a través de los cristales.

Los primeros años de mi vida fueron separados de los siguientes por un corte violento. Había nacido en un mundo seguro, con sólidas esperanzas de futuro, y me lo robaron todo. Recuerdo con gran nostalgia mi infancia en Francfort. Manfred y yo éramos de los niños mejor vestidos de la ciudad. Mi madre mandaba confeccionar ropa elegante para nosotros, ropa como la que se ve en las fotografías de reuniones solemnes de aquella época.

Si hoy día me preguntan en qué momento sucedieron determinados hechos, no me acuerdo tanto de fechas, nombres o direcciones como de la atmósfera de amor, bienestar y seguridad. Pero tuvimos que abandonar todo y despedirnos de la familia, de los amigos y de nuestras pertenencias, simplemente porque éramos judíos. Siempre me repito a mí misma que nunca cometimos crimen alguno, que no éramos malas personas, que no hubo ninguna razón para castigarnos. Cuando se pierde y se sufre tanto, es fácil desarrollar un sentimiento de culpa como si se hubiera hecho algo para merecer todo ese sufrimiento. Pero nosotros no éramos culpables de nada. Esta verdad me la repito siempre.

A diferencia de la mayoría de los judíos alemanes, papá no se hacía ilusiones respecto a la posibilidad de vivir seguros con Hitler —quizá por la terrible experiencia vivida en el viaje de vuelta de la gira en Taunus— y estaba dispuesto a correr los riesgos del exilio. El lugar más lógico para refugiarnos, tanto por razones personales como políticas, era el puerto semiautónomo de Memel, en la costa báltica.

Mi padre y mi madre habían nacido allí cuando la ciudad todavía pertenecía al Imperio alemán, y era además donde mis abuelos maternos continuaban viviendo. Todos los veranos pasábamos las vacaciones en Memel; y aquel año, 1933, mi madre y nosotros, los niños, nos quedamos allí a finales del verano.

Candy no nos acompañó a Memel. Llevamos sólo unas pocas pertenencias con nosotros: un par de muebles, algo de plata, uno o dos cuadros... Yo me llevé mis queridos ositos de peluche y mi muñeca Leslie.

Para nuestro padre no fue nada fácil reunirse con nosotros. Intentó, de forma ilegal por supuesto, sacar de Alemania todo el dinero en metálico que pudo atravesando clandestinamente la frontera holandesa, antes de entrar en Memel en calidad de refugiado apátrida. En su ciudad natal no tenía ningún derecho como ciudadano, pues después de la I Guerra Mundial ya no pertenecía más a la Liga del Imperio alemán. Mi padre tenía que renovar constantemente su visado durante todos los años que vivimos en Memel. En cuanto a nosotros, no me acuerdo cuál era nuestro estatuto; esas cosas técnicas no interesan a una niña pequeña.

Vivimos con mis abuelos maternos hasta que mi padre consiguió reunirse con nosotros varios meses después. Entonces, nos mudamos a un piso propio mucho más modesto que el que habíamos abandonado en Francfort, pero agradable. Papá comenzó de nuevo a hacer negocios, esta vez como representante de empresas holandesas de materiales de construcción.

Memel se llama en la actualidad Klaipeda y pertenece a Lituania, pero desde su fundación en la Edad Media había sido una ciudad alemana. Después de la I Guerra Mundial se convirtió en la manzana de la discordia entre Lituania, que no tenía ninguna otra ciudad con puerto, y Polonia. Aunque había sido prácticamente anexionada por Lituania, la mayoría de sus habitantes hablaba todavía alemán. Yo asistía a una escuela alemana. Los sábados también teníamos clase, pero mi padre había intervenido para pedir que me dispensaran de hacer los deberes los sábados, para que no tuviera nada que hacer el día del *shabbat*.

No recuerdo haber vivido ningún incidente antisemita en la escuela, aunque éramos pocos los alumnos judíos. Los profesores nos trataban bien, y yo me entendía perfectamente con mis compañeros. Me gustaba mucho actuar en las representaciones de teatro de la escuela y soñaba con convertirme en actriz algún día.

En Memel estaba muy unida a mi padre. Muchas veces me llevaba con él a la sinagoga, y todavía recuerdo hoy las melodías que cantaban allí, especialmente una muy bella, la del himno de Yom Kipur, *Koll nidre*. En Francfort mi padre visitaba la gran sinagoga ortodoxa oficial y en Memel íbamos a una parecida. Aprendí algunas oraciones e historias de la Biblia, pero no iba a la clase de religión por las tardes, porque estaba reservada a los muchachos.

Me gusta pensar en mi padre como un *tzaddik*, un judío justo; un auténtico *tzaddik* es un hombre pobre que regala todo lo que posee. Hasta que fuimos internados en el gueto, papá no fue pobre. Cubría ampliamente nuestras necesidades.

Y era también caritativo con los demás, más de lo que podíamos permitirnos, según mi madre. Me acuerdo de que yo le acompañaba a comprar provisiones para enviarlas a los judíos polacos necesitados. Íbamos a las mejores *delikatessen kosher* de Memel (y después, en Kowno). Mi padre escogía los alimentos de mejor calidad de la tienda, mejores que los que comíamos nosotros mismos en casa. Insistía siempre en que a los pobres hay que darles lo mejor. Ésa era su interpretación del deber de caridad. En mi trabajo actual en Jerusalén, que consiste en proporcionar cuidados dentarios gratuitos a personas sin dinero, sigo exactamente el mismo principio.

Mi padre mantenía criterios exigentes, incluso como refugiado, en un mundo que había comenzado a resquebrajarse. De nosotros, los niños, esperaba un comportamiento correcto. Manfred y yo siempre recibimos la educación de nuestros padres y les tratábamos con respeto. Teníamos que ser así. Un sábado por la mañana, cuando iba con mi padre a la sinagoga, vi escrita en un muro la palabra “puta”. Estoy convencida de que no sabía lo que significaba; si lo hubiera sabido, no me hubiera atrevido a pronunciarla delante de mi padre. Pero, por alguna razón, y con toda la ingenuidad, deletreé la palabra en voz alta. El castigo fue inmediato: tres días encerrada en casa. Desde la ventana de mi habitación en el segundo piso, en la que estaba confinada, hacía gestos con tristeza a mi mejor amiga, Bessie. Ella me enviaba mensajes para comunicarme los deberes que tenía que hacer. En aquella época, pensaba que esta experiencia sería uno de los recuerdos más amargos de mi infancia.

Mi madre no mostraba una actitud estrictamente ortodoxa. Mantenía las tradiciones y se dejaba guiar por mi padre, pero no llevó nunca peluca como las mujeres ultraortodoxas y, salvo en las fiestas señaladas como Año Nuevo o Yom Kipur, raramente nos acompañaba a la sinagoga.

Lo que tenía en común con mi padre era su preocupación por los pobres. En Francfort participó en la fundación de una guardería para familias judías necesitadas en 1931. Pero sus sentimientos caritativos no llegaban tan lejos como los de mi padre. Para ella, la familia tenía prioridad sobre todo lo demás.

Había terminado los estudios superiores de música en Francfort; tocaba bien el piano y además daba clases. En Francfort lo hacía, sobre todo, para tener una ocupación, pero en Memel daba clases de piano también para ganar un poco de dinero. En mi familia siempre tuvimos un piano en casa, incluso cuando tuvimos que huir de Memel e ir a Kowno.

Yo recibía clases de piano, aunque no de mi madre. Me acuerdo de que tocaba *Para Elisa* y que, a menudo, la interpretaba a cuatro manos con ella. Progresaba rápidamente hasta que la guerra interrumpió mis estudios.

Mi intimidad con mamá comenzó a desarrollarse en Memel. Quizá se había mostrado un poco distante hacia sus hijos en Francfort, ya que allí teníamos una niñera para cuidarnos. Mi madre era una mujer inteligente y despierta. Leía mucho y tenía buen criterio; también era prudente. Cuando yo era todavía una niña podía hablar de todo con ella. Además, era una mujer moderna en su forma de pensar.

Tengo recuerdos excelentes de Memel. Mientras vivimos allí, visitaba a menudo a mis abuelos maternos. A ellos nos dirigíamos con una cortesía respetuosa. No utilizábamos ningún diminutivo cariñoso yídish, como “Bubbie” o “Zaydie”, sino que les llamábamos “abuela” y “abuelo”. Siempre hablábamos alemán con ellos, nunca yídish, lengua que no dominábamos. Todos los judíos de Memel hablaban alemán.

Los padres de mi madre vivían en una casa agradable, típica de la burguesía media; mi abuela me malcriaba, como hacen todas las abuelas, con golosinas. Yo me sentaba a menudo en las rodillas de mi abuelo y daba vueltas a sus rizos rubios con mis dedos. Siempre pensé que, si algún día tenía un hijo, me gustaría que tuviera los mismos rizos rubios que mi abuelo; y, de hecho, uno de mis hijos es rubio.

En Memel conocí también a otros miembros de la familia de mi madre. Mamá era la mayor de cuatro hermanos. Sus dos hermanos, Benno y Jakob, eran todavía unos jóvenes que estaban comenzando su vida profesional. Benno era abogado, y Jakob, médico; los dos estaban solteros. A mí me atraía especialmente la hermana más pequeña de mi madre, tía Tita, que aún no tenía veinte años. Yo era su niña mimada. Ella era quien me hacía vestir con mis mejores galas para llevarme a los salones de té de Memel, donde organizaban bailes para los niños por las tardes. El baile con orquesta comenzaba a las cinco, y había un concurso de valeses y tangos en el que los premios eran globos. Yo tenía ocho o nueve años entonces y adoraba estar delante del público. Mis vestidos eran siempre muy bonitos, y no me perdía nunca un baile. A menudo volvía radiante a casa, sujetando en la mano los hilos de varios globos de colores.

Tita se casó con un judío de Riga, y los dos fueron asesinados por los nazis. Uno de mis pocos primos todavía con vida me envió hace poco tiempo una fotografía de la boda de mi tía Tita, en Memel, a finales de los años treinta. Ésta es la única foto de familia que me queda de toda mi infancia. Es el único objeto material que tengo que me une a mi vida anterior a la guerra. No tengo ningún otro objeto de esa época.

En la fotografía, yo estoy de pie encima de una silla en la fila de detrás, al lado de mi tío Benno, el abogado. A Benno le asesinaron los nazis delante de su madre en el gueto de Slobodka. Pero me adelanto. No se ve nada de todo eso en esta foto, en la que todos estábamos muy felices por tía Tita. Ella y su marido están sentados, presidiendo la mesa, con aspecto un poco más serio. Su hermano mayor, Jakob, el médico, está sentado junto a ellos y, a su lado, están sentados sus padres y mis abuelos maternos, que miran con orgullo a su alrededor. Mi madre está de pie detrás de su madre y, al otro lado de la mesa, en el lado izquierdo de la fotografía, mi padre está de pie, muy elegante, con su corbata negra, su pañuelo blanco en el bolsillo de la camisa y una *yarmulka* de satén negro en la cabeza; un hombre bueno, inteligente, solemne y con una mirada luminosa.

Mi hermano Manfred no sale en la foto. Sin duda estaba entonces en el internado judío al que le había enviado mi padre en Suecia para continuar la rigurosa educación comenzada en Francia. Acababa de terminar su formación cuando estalló la guerra.

Mi padre le hizo venir con nosotros, para que la familia estuviera unida, una decisión que podría haber costado la vida de mi hermano. Pero en aquellos momentos nadie podía prever qué decisión era la correcta.

No recuerdo que Memel fuera una ciudad especialmente bonita. Pero mis abuelos tenían una casa de vacaciones en una estación balnearia, en Sandkrug. Para llegar hasta allí había que coger el barco que continuaba hasta Königsberg. Sandkrug era mi lugar preferido. Allí tenía muchos amigos que iban todos los veranos.

Permanecimos en Memel hasta la invasión alemana, el 23 de marzo de 1939. Después nos fuimos a Kowno, en Lituania, con los padres de mi madre y el resto de la familia. No huimos como refugiados sin recursos, sino que pudimos llevar con nosotros muchas pertenencias. Yo mantenía todavía mis ositos de peluche y mi muñeca Leslie. Papá continuó su actividad como representante de las empresas holandesas en Lituania.

Kowno era una ciudad mucho más refinada que Memel y con un encanto infinitamente superior. Nos fuimos a vivir a un piso en un barrio residencial, en la calle Kestiucho. La escuela hebrea a la que asistía estaba al final del bulevar, enfrente de la Ópera. Nuestro piso estaba en la cuarta planta, y todos los días venía Lena, nuestra asistente lituana, para limpiar y cocinar.

La situación internacional no me daba miedo. Lo que me preocupaba entonces era el cambio de escuela. Pasé de una escuela alemana a otra judía en la que las clases se impartían en hebreo, idioma que yo no dominaba. De repente, me encontré entre niños extraños en una ciudad desconocida; tenía que recuperar el terreno perdido y adaptarme. Detestaba sentirme una extranjera con retraso en mis estudios a causa del idioma.

Trabajé con un empeño extraordinario y progresé rápidamente; pero muy pronto tendría que enfrentarme a una nueva adaptación difícil. Los soviéticos ocuparon Kowno en junio de 1940 y prohibieron la enseñanza en hebreo. El yídish se convirtió en el idioma en el que se impartían las clases. Como se parece mucho al alemán, no me resultó demasiado difícil aprenderlo, y todavía hoy día domino esta lengua correctamente. En la escuela nos daban también clases de ruso y de lituano, y de estos idiomas no conocía ni siquiera las nociones más básicas. Siempre estaba sobrecargada de deberes y preocupada por mejorar; entonces tenía profesores particulares que me ayudaban a aprender de memoria poesías en ruso y en lituano. Muy pronto me convertí en una de las mejores alumnas de mi clase. A pesar de la dificultad, me encantaba aprender nuevos idiomas. Cuando alguien me preguntaba qué quería ser de mayor, siempre respondía “traductora o actriz”. Cada vez que el profesor pedía voluntarios para participar en una representación de teatro yo era siempre la primera que levantaba la mano. Pero no tuve casi oportunidad de hacer buenos amigos en mi nueva escuela. Como consecuencia de los cambios, debía de estar un poco desorientada y confusa, y recuerdo estos dos primeros años en Kowno

como unos años bastante solitarios.

Una de mis mayores alegrías cuando vivía en Kowno era ir a patinar sobre hielo (*zhozhikla* en lituano). Yo iba a dos pistas. Una estaba de camino hacia la escuela; a ésta iba dos veces por semana. La otra estaba en la otra parte de la ciudad y no iba demasiadas veces. Me divertía mucho ponerme el traje de patinadora y practicar todo tipo de figuras. Todavía hoy, cuando voy a una ciudad con pista de patinaje sobre hielo al aire libre, intento sacar tiempo para alquilar unos patines y recuperar un poco mi infancia, *zhozhikla!*

Mi otra fuente de alegría en Kowno era la Ópera, con su cúpula. Es la Ópera más bonita que he visto en toda mi vida. Mis padres me llevaban con frecuencia para que conociera al gran Kipras Petrauskas. Nada de lo que pueda escuchar en la actualidad podría rivalizar con la magia de su voz, con el encanto de escuchar música de calidad a una tierna edad.

Después de que los soviéticos ocuparan Kowno, vivíamos, en cierta medida, sin que nadie nos molestara. Me acuerdo sobre todo de las mujeres rusas, cuyos vestidos me parecían curiosos y rústicos. A veces se ponían vestidos que parecían camisones. Los alimentos estaban racionados, pero el régimen ruso no era particularmente duro. Y nosotros, los niños, no teníamos miedo a la guerra, que nos parecía muy lejana.

En junio de 1941 nuestra vida cambió radicalmente. Oímos decir que los soviéticos habían decidido deportar a Siberia a todas las familias judías burguesas y que nosotros estábamos en esa lista. La palabra “Siberia” evoca en mí imágenes horribles. Incluso para mi padre, con un criterio más equilibrado, no podía existir otro destino peor que ser deportados a Siberia. Habíamos escuchado muchos rumores sobre las inhumanas condiciones de vida de los campos de trabajo de allí. Mi padre estaba convencido de que mi madre, con sus problemas de corazón, consecuencia de una enfermedad en su infancia, no podría resistir, en ningún caso, el invierno ártico. Y hasta él mismo, un hombre refinado, casi con cincuenta años, que nunca en toda su vida había realizado el menor trabajo físico, ¿cómo iba a convertirse en leñador? Y Manfred y yo, dos niños criados entre algodones, con seguridad no podríamos sobrevivir en el salvaje universo de esas tierras lejanas y aisladas. La única solución posible era huir. Teníamos prácticamente todo preparado para huir a Shanghai, pero los acontecimientos se sucedieron demasiado rápido. Nuestra salida forzada hacia Siberia era inminente.

Nos dirigimos rápidamente hacia la casa de vacaciones que estaba junto al mar. Fue un viaje lleno de intensas emociones. Mis padres discutían sus planes en voz baja, y nosotros, los niños, escuchábamos. Papá creía que teníamos que permanecer escondidos hasta que los rusos hubieran terminado con las deportaciones hacia Siberia. Después, podríamos viajar a Shanghai, tal como habíamos planeado.

Aparcó el coche en una calle pequeña y nos abandonó un momento. Yo escuchaba cómo una orquesta estaba tocando una obertura de Beethoven en el parque. Mi padre regresó pronto acompañado de un hombre al que yo no conocía. Hablaban entre ellos

en un tono amistoso, como buenos amigos. Papá nos explicó después que era el señor Jonas, el carnicero. Nuestra casa de vacaciones estaba cerca de su tienda y, no sé cómo, mi padre le había conocido. Seguro que no habíamos comprado nunca carne en su tienda, ya que mi familia era estrictamente ortodoxa y sólo comía carne *kosher*. Quizá se habían conocido paseando por la playa. Mi padre debió de pensar que el señor Jonas era un hombre con el que se podía contar en una situación de emergencia, aunque no nos escondiera únicamente por pura bondad.

Recuerdo haber visto cómo pasaba el dinero de unas manos a otras. El señor Jonas nos llevó a escondidas por la parte trasera hasta la entrada de servicio de su casa y bajamos por las escaleras hasta la cámara frigorífica del sótano.

Nos arropamos con nuestros abrigos y con mantas y nos sentamos a esperar en este escondite a que pasase el peligro, quizá al día siguiente, pensábamos.

Las horas se hacían eternas y el señor Jonas no aparecía para anunciarnos que todo iba bien. Para nosotros, ya no había ninguna diferencia entre el día y la noche. El tiempo se había congelado también. Cada minuto duraba una eternidad. ¿Cuánto tiempo tendríamos que quedarnos en ese sótano oscuro, húmedo y glacial? Yo era todavía una niña. Cada poco, preguntaba a mis padres: “¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos todavía aquí?”. Ellos no podían responderme, porque no sabían nada. La tensión parecía convertir cada minuto en una hora completa.

Yo no era más que una niña. ¿Comprendía la gravedad de nuestra situación? Sin duda, por lo menos en la medida en que se puede comprender a una edad tan pequeña algo tan alejado de la experiencia personal. Más que otra cosa, comprendía la ansiedad que leía en las facciones de mis padres. Ellos se esforzaban por mantener la calma y estar tranquilos. Esconderse significaba asumir un riesgo, sin salir victoriosos necesariamente. Había transcurrido ya un día completo, pero todavía era peligroso salir. Nuestra paciencia estaba casi al límite. Podíamos permanecer una semana entera en esa cámara frigorífica y terminar en manos de la policía soviética cuando saliéramos. Mientras tanto, papá nos hablaba con dulzura, nos tranquilizaba, nos daba esperanza.

Tres veces al día, Jonas bajaba a vernos y a llevarnos alimentos calientes y las noticias que había podido escuchar, que se resumían en poca cosa. En el mundo exterior, la situación era cambiante y era difícil obtener informaciones fiables. Incluso tapados con las mantas hasta los ojos, estábamos congelados. Teníamos buena necesidad de aquella comida caliente que nos llevaba Jonas y la engullíamos con deleite, incluso aunque no fuera *kosher*. Yo todavía no había comido nunca nada que no fuera *kosher*. Comprendía que la situación debía ser terriblemente grave para que ignoráramos un principio tan importante de nuestra existencia. La cámara frigorífica era angustiosamente lúgubre y era necesario que mantuviéramos un silencio absoluto mientras la tienda estaba abierta. Nadie, excepto Jonas, ni siquiera su mujer o sus hijos, sabía que estábamos allí. Jonas arriesgaba también su vida. Si nos hubieran descubierto, le hubieran matado o enviado a Siberia con nosotros.

Yo ya había tenido miedo una vez en mi vida, cuando los soldados nos habían hecho parar a la vuelta de la gira en Taunus, pero nunca lo había tenido durante tanto tiempo seguido. El frío se nos metía en los huesos y nos hacía temblar pero, cada vez que escuchábamos pasos acercándose y que el picaporte de la puerta se abría, temblábamos de forma más violenta aún. ¿Era Jonas con comida y noticias? ¿O eran los soldados rusos que venían a matarnos o a llevarnos a Siberia?

Me consumían las preguntas, preguntas que vuelven a mi cabeza después de cincuenta años. ¿Por qué teníamos que escondernos? ¿Por qué querían enviarnos los rusos a Siberia? ¿Qué habíamos hecho? No me atrevía a plantear estas preguntas a mis padres. No estaban de humor para buscar respuestas imposibles. Ninguno de nosotros pudo encontrar una respuesta en todo el tiempo que estuvimos allí y hoy día tampoco se puede.

Me acuerdo de cómo miraba interminablemente los cuerpos desollados de vacas, corderos y cerdos, y de que tenía pesadillas en las que nos atacaban. El olor de la carne envejeciendo se me metía por la nariz. Todavía hoy día, cuando veo carne en una carnicería, me estremezco. Me viene la imagen de cuerpos humanos desnudos colgados de estos crueles ganchos, los cuerpos de mi familia. Muy pronto íbamos a convertirnos nosotros también en carne congelada. Tenía ganas de preguntar a mi padre: “¿En qué podría ser Siberia peor a esto?”.

Permanecimos escondidos en aquel congelador durante tres días; estábamos muertos de frío, a pesar de nuestros esfuerzos por levantarnos e ir de un extremo al otro para mantener la circulación de la sangre. Durante estos tres días no hubo ni un solo instante en el que no estuviera aterrorizada. A pesar de nuestra ropa de invierno y de las mantas, nos sentíamos medio muertos, tanto interior como exteriormente, como aquellos horribles cadáveres de animales. El tercer día, cuando terminaron las deportaciones hacia Siberia, Jonas nos anunció que podíamos salir tranquilos. Subimos las escaleras tropezando permanentemente; fuera encontramos un día soleado y bonito. La calle nos parecía irreal. Tuvimos que cerrar los ojos para protegernos del sol. Aunque llevábamos puesta ropa de invierno, continuábamos tiritando. Nos quitamos los abrigos para poder calentarnos. Me parecía que necesitaría horas de sol para borrar el frío acumulado en aquella cámara frigorífica.

Ya nunca nos sentiríamos totalmente invulnerables. Eramos una familia pálida y exhausta; bien vestida, aunque con la ropa un poco arrugada. Nos montamos en el coche y volvimos a Kowno, donde papá se puso a preparar nuestra huida a Shanghai. Pero Alemania atacó Rusia el 22 de junio de 1942, y los judíos que habíamos permanecido en Kowno comenzamos a tener buenas razones para lamentar no haber sido deportados a Siberia. El proyecto de Shanghai se había evaporado. Nadie iría a ningún sitio.

Para mí, el Holocausto comenzó en la cámara frigorífica de Jonas. Este episodio marcó el final de cualquier apariencia de una vida normal para nosotros como familia judía. Nos habían echado de nuestra propia casa dos veces, la primera en Francfort y

después en Memel. ¿Cómo predecir cuánto tiempo podríamos permanecer en nuestro piso de Kowno? Sabíamos que no podíamos confiar más en las personas no judías. Jonas había sido una excepción, e incluso él quiso que le retribuyéramos por su bondad. También sabíamos que no nos daríamos por vencidos; haríamos lo imposible para sobrevivir todos juntos, en familia.

Durante la invasión alemana, después de la huida de los rusos, los partisanos lituanos comenzaron a causar estragos. Antes de que los nazis impusieran de forma brutal a la población su orden despiadado, hubo un periodo de terror y de anarquía. La gente tenía cuentas que arreglar, auténticas o inventadas, por cosas que habían pasado durante la ocupación rusa. Los lituanos que habían sido nuestros vecinos, nuestros clientes y nuestros socios de negocios se lanzaron a ese deporte tan rentable que consistía en robar y matar a los judíos. Era como si aquella escena de mi infancia en Francfort se repitiera de forma indefinida, pero cada vez peor.

Nunca he podido comprender cómo personas que habían convivido en paz como vecinos, clientes y socios de los judíos durante muchas generaciones pudieron convertirse de repente en asesinos. Todo esto modifica la forma de ver a la gente. Si hay un par de jóvenes en la calle, uno se pregunta: “¿Podrían también ellos comenzar a matar a la gente de forma arbitraria?”. Grupos de camorristas con uniforme iban por las calles matando y robando. Les oíamos ir de casa en casa, entrando por la fuerza y rompiéndolo todo, saqueando a los judíos y asesinando familia tras familia. A través de nuestra ventana, les veíamos llevarse todo lo que les cabía en las manos.

Se había llegado a tal punto, que yo echaba de menos la seguridad de la cámara frigorífica de Jonas. Acurrucados los unos junto a los otros en el salón, rezábamos en silencio para que los saqueadores no se fijaran en nuestro domicilio, en el cuarto piso. Pero poco tiempo después, llegaron también a nuestra casa. Oímos el estrépito que hacían en la escalera hasta llegar a nuestro piso. La puerta, con el cerrojo echado, no resistió mucho, e irrumpieron violentamente.

Como no podíamos escondernos en ninguna parte, tampoco lo intentamos. Seis o siete jóvenes uniformados, lituanos armados con fusiles, entraron llenos de odio y de ira. Estábamos atrapados e impotentes en nuestro propio salón. Era unimaginable ver a aquellos bárbaros en el santuario de mi madre, que había dedicado tanto esfuerzo para decorarlo, para convertirlo en un lugar civilizado, para que estuviera limpio y ordenado. ¡Cómo podían sus asquerosas botas pisotear y manchar nuestros tapices!

“¡Frente al muro, panda de asquerosos judíos!”

Me vino la imagen de los cerdos desollados, colgados de ganchos en la cámara frigorífica de Jonas. De repente, sentí de nuevo un frío glacial. Manfred y yo nos apretamos todo lo que pudimos contra nuestros padres.

Entonces, Lena, nuestra encantadora criada lituana, acudió en nuestra ayuda. Trabajaba con nosotros desde nuestra llegada a Kowno. Yo la quería muchísimo, y ella me ayudaba a aprender lituano. Lena era guapa y menuda, y llevaba un uniforme

negro con un mandil blanco. Nos defendió frente a los invasores: “Tengan piedad de esta familia buena. ¿No ven ustedes que es gente honrada y culta? ¿Es que no les van a respetar?”.

¿Cómo reaccionarían los asesinos? Como estábamos de cara a la pared, sólo podíamos adivinar lo que estaba pasando. Quizá matasen a Lena por habernos defendido. Pronto sonarían tiros en aquella habitación en la que nuestra familia había comido, celebrado fiestas, escuchado música, y sería el final de todo. El papel pintado que tenía delante de mis ojos sería el último objeto que vería. Nuestros cuerpos sangrantes se quedarían allí uno encima de otro, y los saqueadores devastarían nuestro apartamento.

Pero se produjo un milagro. Las palabras de nuestra criada calmaron a los asesinos, que bajaron sus fusiles y nos dejaron tranquilos. Se llevaron algunas cosas de valor y destrozaron varios objetos decorativos cuando salieron, pero, por lo menos, estábamos todos vivos. Abrazamos a Lena en un impulso de gratitud muda, pero el ruido de disparos en el piso de nuestros vecinos nos paralizó. Los otros judíos no habían tenido ninguna Lena para ayudarles.

Cuando los nazis tomaron el poder pusieron fin al pillaje y a los asesinatos de los lituanos, y los reemplazaron por una masacre mucho más sistemática y brutal.

El ataque alemán contra Rusia comenzó el 22 de junio de 1941. El 10 de julio, los nazis tenían ya suficiente poder para obligar a los judíos a llevar la estrella amarilla a partir del día 12. No me acuerdo de cómo distribuyeron las estrellas. Creo que mi madre las cosió sobre nuestra ropa, en la parte trasera y en la delantera. Jamás sentí vergüenza por tener que llevar la estrella amarilla. Los nazis no han conseguido nunca hacerme creer que ser judío pueda ser un pecado.

Después de aquel periodo de terror caprichoso, casi nos sentíamos aliviados al ver a los alemanes imponer orden. Pero los acontecimientos avanzaron demasiado rápido. Si nosotros, los judíos, teníamos la menor esperanza posible respecto al tratamiento que podíamos esperar de los alemanes, esa mínima ilusión duró muy poco.

¿Cómo transmitir aquel extraño y cruel sentimiento de desorientación que me afligía? El alemán era mi lengua materna. En mi familia, todos nos sentíamos orgullosos de hablarlo bien. Mis cuentos preferidos estaban todos en alemán. Mis amigos y mis profesores en Memel habían sido todos alemanes. Sin embargo, los alemanes se habían convertido en asesinos. Ya no podíamos confiar en nada de lo que decían o hacían. Todo se había convertido en una máscara para el asesinato.

En julio y agosto, los alemanes expulsaron a los treinta mil judíos que todavía quedaban en Kowno y los llevaron hasta la otra orilla del Nemunas, a un suburbio denominado Slobodka, donde construyeron un gueto. Fueron necesarios varios días para internarnos a todos; fue el final absoluto de nuestra existencia “confortable”. Ahora, expulsados de nuestra casa junto a decenas de miles de otros judíos de Kowno, nos encontrábamos reducidos a las pertenencias que habíamos podido llevar con nosotros. Yo me llevé varios de mis vestidos preferidos y algunas piezas de

bisutería que creía joyas de valor. Entonces ya no era una niña juguetona; no obstante, me llevé mi osito de peluche y mi muñeca Leslie, que había traído desde Francfort. Eran el último vestigio de mi infancia feliz y conseguí conservarlos hasta la destrucción del gueto, en 1944.

Quienes pudieron permitírselo, alquilaron a los lituanos carretas a precios desorbitados. Mi familia consiguió una, y allí apilamos todo lo que pudimos antes de tirar de ella por las calles bajo un sol abrasador. La gente pobre tenía que llevar todos sus bienes a cuestas. Niños que casi ni andaban llevaban cargas demasiado pesadas para su edad. Los soldados alemanes, crueles, nos gritaban y nos empujaban con violencia. El sol nos achicharraba sin piedad. Estábamos bañados en sudor, jadeando por el peso de los bultos, aterrorizados. Todos atravesamos el río sobre un largo puente de hormigón, enfermos y sanos, jóvenes y viejos, madres petrificadas estrechando a sus bebés en sus brazos. Yo pensaba en el Éxodo de Egipto, en los millares de judíos aglomerados franqueando el mar Rojo con todas sus pertenencias terrenales a la espalda. Pero nosotros no pasábamos de la esclavitud a la libertad. Entrábamos en una servidumbre tan cruel como la que habían podido infligir los egipcios a los israelitas.

Cuando llegamos al sector del gueto, todavía tuvimos que atravesar un puente estrecho de madera que los nazis habían obligado a construir a los judíos. Yo siempre había considerado los puentes como símbolo de esperanza, como estructuras que unían unos lugares con otros y permitían a las personas vencer obstáculos. Pero aquel puente era un puente de desesperanza.

Los muros de Slobodka estaban salpicados por todas partes de manchas de color rojo vivo, y esto me reconfortó, ya que el rojo era mi color preferido. Me acuerdo que intentaba consolar a mis padres, abrumados, diciéndoles: “¡Mirad qué pintura tan bonita!”. No tuvieron ánimo para decirme que se trataba de sangre humana.

Exiliados en el gueto

*M*i infancia finalizó el 15 de agosto de 1941, cuando los nazis levantaron una muralla de alambre de espino alrededor del gueto de Kowno. Los soldados alemanes nos vigilaban permanentemente mientras entrábamos en el gueto, amenazándonos a gritos por altavoces para obligarnos a ir más rápido. Nadie se atrevía a abrir la boca para quejarse, protestar o preguntar algo. Podían matarnos en cualquier momento. Todavía hoy día me asusto mucho cuando oigo un altavoz por la calle.

Nos convertimos en prisioneros, y nos prohibieron abandonar el gueto. Nos amontonaron en un hábitat totalmente inadaptado para tantas personas, nos aislaron del mundo exterior, privándonos de cualquier tipo de contacto con otras comunidades judías y quedando totalmente desprotegidos. No había ningún tribunal de justicia imparcial, ningún gobierno al que pudiéramos dirigirnos. No teníamos ningún poder político, ningún acceso a lo que en la actualidad se denominan “medios de comunicación”. Estábamos rodeados de soldados alemanes y de una población lituana que sentía una hostilidad asesina hacia los judíos.

Yo era todavía una niña y no tenía conciencia de la situación en su conjunto. Sabía solamente que la vida se había convertido en algo extremadamente peligroso para los judíos y que yo ya no tenía más libertad para ir y venir, lo cual era doloroso.

El barrio de Slobodka, que los alemanes habían transformado en un gueto, había sido un importante centro de estudio para los judíos ortodoxos, y contaba con un gran número de *yeshivas*, las escuelas judaicas, entre ellas, la célebre de Slobodka, una de las instituciones de investigación más eminentes sobre el mundo judío y centro de una poderosa tradición moral e intelectual. Esta *yeshiva* había sido el núcleo de una comunidad ultraortodoxa de profesores, rabinos y otras personalidades religiosas que deseaban vivir en una atmósfera de recogimiento.

A finales de junio, antes de amontonarnos en Slobodka, los alemanes habían permitido a los lituanos cometer una masacre espantosa: la profanación de las sinagogas y de los rollos de la Torah y el asesinato de más de mil personas, la mayoría rabinos, alumnos de las *yeshivas* y sus familias. Era su sangre la que había enrojecido las murallas de la ciudad.

Incluso después de la masacre de la comunidad ortodoxa de Slobodka no había suficiente espacio para todos los judíos de Kowno. Cuando los habitantes no judíos de los cuchitriles más miserables de Slobodka recibieron la orden de desalojarlos, fueron las familias de la burguesía judía las que ocuparon su lugar, cambiando sus bonitos y espaciosos pisos, situados en barrios buenos, por sórdidos pisos de una única habitación y desprovistos de cualquier tipo de comodidad.

Mi familia también se vio desplazada a una única habitación de unos tres por cuatro metros cuadrados, sin ningún otro mueble que unas camas y un armario.

Fuera, en el pasillo, había una pequeña cocina y un cuarto de aseo. Excepto los tres días que pasamos en la cámara frigorífica, no habíamos vivido nunca en una casa tan pequeña. Sin embargo, recuerdo que me puse muy contenta cuando, por fin, llegamos a ella. Nos habían expulsado de nuestra casa y nos habían sacado a la calle sin que supiéramos lo que nos esperaba, sin saber si veríamos el atardecer de nuevo. Ahora, por lo menos, teníamos un lugar en el que vivir. Era una habitación pequeña, pero tenía cuatro paredes y un techo, y era nuestra casa.

Cuando los alemanes nos ordenaron abandonar nuestras casas de Kowno para ir al gueto de Slobodka, nos dijeron que nos lleváramos todo nuestro dinero y los objetos de valor. Mis padres, que se esforzaban por adivinar qué futuro nos esperaba, lo tomaron como una buena señal. Pensaban que los alemanes nos preparaban una nueva vida, con seguridad no tan buena como antes de la invasión de Lituania por los rusos o como el breve periodo antes de la entrada en el gueto, cuando teníamos que llevar la estrella amarilla y hacer frente a todo tipo de discriminaciones arbitrarias, pero, en cualquier caso, una vida. Si tenían previsto matarnos, ¿por qué nos dijeron que nos lleváramos nuestros objetos de valor?

Todavía nos veo haciendo las maletas, antes de nuestra salida. Nuestro modo de vivir se había reducido mucho en comparación con el que habíamos disfrutado en Francfort y en Memel, pero todavía poseíamos cosas bonitas, entre ellas muebles, tapices y muchas otras baratijas que tuvimos que abandonar detrás de nosotros junto a ropa voluminosa o demasiado elegante para llevárnosla —los vestidos más bonitos de mi madre, los trajes a medida de mi padre, mis vestidos de fiesta y mis zapatos de charol—. Yo me sentía triste por tener que despedirme de las muñecas, de los libros que no entraban en mi maleta y de muchos vestidos bonitos que no volvería a ver nunca más.

Mi madre cogió todas sus joyas, que no constituían un gran tesoro, pero que para ella tenían gran valor, porque se las había regalado mi padre en celebraciones especiales a lo largo de su vida conyugal: varios brazaletes y sortijas de oro, un collar o dos de piedras preciosas y un par de pendientes de perlas. Mi madre seleccionó sus joyas una a una y las colocó cuidadosamente en su joyero. Mi padre añadió sus objetos personales: un reloj de bolsillo de oro, varios alfileres de corbata, varios gemelos y una o dos sortijas.

Se daban cuenta de que probablemente tendrían que cambiar esos objetos por alimentos en un futuro incierto. ¿Cuántos panes costaría la sortija de petición de mano de mamá? ¿Cuántos huevos por su broche camafeo? Por lo menos, estas joyas ofrecían a nuestra familia alguna esperanza de seguridad.

Vacíamos nuestra carreta y colocamos nuestras pertenencias lo mejor que pudimos. Abrumados, mis padres descansaron a continuación, pero Manfred y yo no parábamos de movernos de un lado a otro. El olor de la habitación nos recordaba al de la carnicería de Jonas. Alguien había lanzado cubos de pintura roja también en las paredes. Yo puse un dedo en una mancha roja y nadie tuvo que explicarme nada.

Comprendí inmediatamente que era sangre humana.

Nuestra habitación estaba situada en un gran conjunto de inmuebles de dos pisos, largos edificios con entradas separadas agrupados en torno a un gran patio. Los padres de mi madre y mis dos tíos se instalaron en un piso cercano.

Si se puede hablar de suerte en tales circunstancias, nuestra familia la tuvo, ya que permanecimos todos juntos. Cuando huimos de los nazis desde Memel a Kowno, la familia de mi madre vino con nosotros, todos excepto mi tía Tita, que había seguido a su marido a Riga. Mis dos tíos, Jakob y Benno, sentían un gran afecto por sus padres y vivían con ellos. Era agradable poder continuar viéndoles en el gueto como antes. Llevábamos comida a mis abuelos, ya que ellos no tenían derecho a las raciones existentes por no trabajar. Cuando yo trabajaba fuera del gueto aprovechaba todas las oportunidades que tenía para robar comida para mis abuelos.

Cuando papá vio lo pequeña que era nuestra habitación se dio cuenta de que no había ningún lugar seguro para las joyas. Cualquier persona podría entrar en nuestra habitación mientras estábamos fuera y robar nuestros bienes. Nosotros no podíamos asegurar una vigilancia de la habitación las veinticuatro horas del día.

Detrás de nuestro edificio había un gran terreno yermo. Una noche muy oscura, poco después de nuestra llegada al gueto, papá y Manfred salieron en secreto para enterrar la mayor parte de las joyas detrás de nuestra casa. “Ahora”, bromeó mi padre a su vuelta mientras se lavaba las manos, “tenemos el dinero en el banco”.

Había terrenos yermos detrás de todos los edificios. Los niños más pequeños iban a practicar juegos violentos entre las hierbas altas, lejos de las miradas de sus padres. Pero yo no quería unirme a ellos. Se había producido un cambio brusco en mi carácter. Me daba cuenta de que no era el momento para jugar. Para mí, aquellos terrenos vacíos eran un símbolo de peligro y no de libertad.

No guardo ningún recuerdo de haber tenido amigos de mi edad en el gueto. Yo había vivido tan sólo dos años en Lituania antes de que estallase la guerra, demasiado poco tiempo para hacer buenos amigos. No era una muchacha solitaria, pero era independiente.

Los nazis organizaron enseguida el *Judenrat*, un comité administrativo compuesto por funcionarios judíos que estaban obligados a ejecutar las órdenes de los nazis. Papá comenzó a trabajar allí como empleado, junto a otras ocho personas.

Varios días después de internarnos en el gueto y aislarnos del resto del mundo, proclamaron por altavoces que los universitarios y los licenciados podían conseguir un trabajo especial. Como no había muchos puestos, rogaban a los interesados que se presentaran inmediatamente en un lugar determinado del gueto.

En Kowno, numerosos judíos tenían estudios y ejercían como ingenieros, físicos, farmacéuticos, etcétera. Los judíos animaban a sus hijos a estudiar y a progresar. La guerra había interrumpido su formación, pero los nazis parecían ofrecer una oportunidad especial a estos jóvenes. Su formación parecía revelarse útil.

Cientos de jóvenes brillantes se precipitaron a aquel sitio con sus diplomas,

impacientes por comenzar a trabajar para mantener a sus familias y sobrevivir durante la guerra. Los alemanes se los llevaron y no tuvimos ninguna noticia de ellos durante dos o tres días. Supimos después que les habían asesinado con metralletas a todos, a sangre fría.

La vida en el gueto se resumía en una rutina triste y deprimente, marcada por violentas tragedias. Constantemente había muertes, redadas, selecciones y lo que los alemanes denominaban *Aktionen*. Liquidaban de forma sistemática a aquellos que no podían trabajar, pero, incluso si uno era apto para trabajar, tampoco estaba seguro, ya que también se producían muertes gratuitas, cometidas por puro placer. Tenían cuotas diarias. Asesinaban a un número de judíos cada día, al azar; los nazis les detenían simplemente por la calle o les sacaban de sus casas, sin ninguna razón especial.

Un domingo escuchamos disparos en el edificio de al lado. No sé por qué, pero estos disparos alarmaron de forma especial a mi madre, a pesar de que con frecuencia se escuchaban tiros en el gueto. Teníamos derecho a salir de nuestras casas, pero era peligroso estar en la calle; por ellas merodeaban permanentemente soldados alemanes que mataban a los judíos cuando tenían ganas de hacerlo. Nunca podíamos saber cuándo corríamos el riesgo de ser detenidos y asesinados.

Era primavera. Me acuerdo del frescor del aire, de la suavidad del sol y del follaje de los árboles. Detrás de los edificios, los terrenos estaban cubiertos de hierbas altas y de flores silvestres de colores vivos. Los disparos provenían de muy cerca del edificio en el que vivían mis abuelos. Mi madre lo intuyó. “Es en el patio de mis padres”. Se abalanzó en dirección a los disparos, lo que era una locura. Como no pude retenerla, la seguí.

Cuando llegamos a casa de mis abuelos vimos, en primer lugar, a mi abuela. Dos soldados la sujetaban y ella forcejeaba entre sus brazos intentando llegar hasta la otra parte del patio. Gritaba. Nunca habría podido imaginar que pudiera gritar tan fuerte. Y después vimos a otros soldados que arrastraban a mi tío Benno hacia un muro. Habían derribado la puerta de la casa de mis abuelos y se habían abalanzado sobre Benno, tirándole a patadas escalera abajo. Otros soldados habían agarrado a mi abuela y la obligaron a seguirles. Ella suplicaba piedad, y esto les divertía.

¿Por qué habían elegido a Benno como víctima? Era un hombre joven y serio, un buen hijo, un tío encantador. No participaba en ninguna actividad clandestina y no tenía espíritu de líder. Pero era un joven abogado, un académico, y le habían elegido porque los nazis pretendían humillar a los intelectuales judíos, pretendían mostrarnos que las cualidades y los éxitos personales de un judío no significaban nada para ellos. Benno había tenido que realizar trabajos forzados lo mismo que otros judíos, pero eso no era una degradación suficiente para ellos. Los nazis decidieron incluirle en su cuota diaria de muertos.

Los soldados sólo habían sacado de su casa a Benno y a su madre, dejando en el interior al abuelo y a Jakob, que no siguieron a los soldados por miedo. Si lo hubieran

hecho, seguro que también les hubieran matado. Mi tío no decía nada. Enloquecida por el miedo y la tristeza, obligaron a mi abuela a presenciar el asesinato de su propio hijo.

Los soldados que la sujetaban sabían muy bien quién era. Su jefe decía: “Ahora vas a ver con tus propios ojos cómo matamos a tiros a tu hijo, el señor abogado. Le vamos a liquidar”. Mi abuela suplicaba: “Le he alimentado con mi propia leche. No me podéis quitar a mi hijo. Es imposible”. Pero los soldados se estaban divirtiendo con esta escena.

Arrastraron a mi abuela y a Benno hasta el patio, después empujaron a Benno hasta el muro mientras que otros dos soldados sujetaban a mi abuela. Dispararon tres veces a la espalda de Benno.

Tío Benno no pudo hacer nada por escapar de la muerte; y así sucedía con la mayoría de las personas que asesinaban los nazis. Pero muchos judíos morían porque perdían la esperanza.

Me acuerdo de algunas madres jóvenes en el gueto que perdían la esperanza de sobrevivir y se resignaban a una muerte que consideraban inevitable; sin embargo, estas mujeres no podían aceptar la idea de que sus bebés compartieran su destino. A veces, llegaban a un acuerdo con una familia de campesinos lituanos, que aceptaba quedarse con el bebé, a menudo a cambio de dinero. Asistí a escenas de este tipo en nuestro edificio. Las madres arrojaban a sus pequeños en sacos de yute. Después, les drogaban con polvos somníferos para que no lloraran y, durante la noche, les lanzaban adormecidos por encima del muro del gueto; al otro lado, esperaban los campesinos. El recuerdo de las madres judías tirando a sus bebés a campesinos no judíos, porque ésa era la única esperanza de que sobrevivieran, me atormenta todavía de vez en cuando con insistencia. Cuando yo misma he tenido hijos y, con el tiempo, nietos, he intentado imaginarme lo que estas madres jóvenes podían sentir abandonando a sus hijos —un amor tan trágico, tan desesperado, tan sacrificado.

Ésa era la única esperanza de supervivencia para estos bebés. El resto de los niños fueron asesinados en una *Aktion* o en otra, antes de la disolución del gueto. Algunos de aquellos bebés sobrevivieron. Una prima mía fue lanzada de este modo al otro lado del muro y criada durante la guerra por una campesina que, finalmente, la entregó a su familia natural. Mi prima abandonó la Unión Soviética en los años setenta para venir a Israel. Otra prima mía fue salvada por una familia alemana que la crió, con la que mantiene todavía un estrecho contacto.

En el gueto faltaba de todo, especialmente alimentos. Los alemanes distribuían cartillas de racionamiento para los productos básicos, pero éstos nunca eran suficientes para una alimentación adecuada —algunos gramos de pan o de harina, algunos tubérculos, pero nunca verduras, ni fruta, ni carne, ni productos lácteos—. Teníamos que completar nuestras raciones con lo que podíamos conseguir de forma clandestina, a precios exorbitantes, de los campesinos lituanos que encontraban la forma de entrar en contacto con nosotros para enriquecerse. Nos tranquilizaba saber

que, cuando nos faltaran alimentos, podríamos desenterrar las joyas de mi madre y venderlas.

En septiembre de 1941, los alemanes proclamaron que los judíos del gueto de Kowno tenían que despojarse de todos sus objetos de valor y colocarlos encima de la mesa de la cocina; los alemanes pasarían, casa por casa, para confiscarlos. Si se descubría a alguien que ocultase oro o joyas después de la fecha del registro, serían asesinados cien judíos.

Otro rayo de esperanza que se desvanecía.

Estábamos asustados e indecisos. Sólo mi hermano mantenía la calma. Papá y él habían enterrado las joyas en un lugar en el que nadie podría encontrarlas. “Los niños han corrido por encima en todas las direcciones, no hay ningún trazo del agujero donde las hemos enterrado. ¿Por qué entregarlas?”.

Mamá objetó: “Si vienen los alemanes y ven que no tenemos nada, sospecharán de nosotros. Nos cachearán, nos golpearán y puede que hasta nos maten. Es necesario sacrificar, por lo menos, una parte de las joyas”.

Papá expresó con claridad el dilema. Estábamos condenados tanto si entregábamos las joyas como si no lo hacíamos. “Si volvemos a abrir el agujero para sacar una parte de las joyas podría vernos alguien y denunciarnos. Por mucho cuidado que tengamos, dejaremos trazos visibles en el suelo, y la gente se dará cuenta de que alguien ha estado excavando allí. Si los nazis encuentran el agujero y nuestros objetos de valor, cogerán a las personas de la casa más cercana y les fusilarán. Y si no son los nazis, cualquier ladrón descubrirá las joyas y se las llevará”.

¿Qué podíamos hacer? La hora fijada por los nazis se acercaba rápidamente y todavía no habíamos tomado ninguna decisión. Aquellas joyas, el último vestigio de la prosperidad de nuestra familia, el último vínculo con nuestra casa de Francfort y con mi infancia feliz en esa ciudad, nos podían librar del hambre. Fuera del gueto, no tenían gran valor, pero allí dentro lo significaban todo, y teníamos que deshacernos de ellas. Era doloroso. Insultante. Cruel. Y, sobre todo, ¿qué nos presagiaba el futuro?

En todo el gueto los judíos estaban atormentándose con la misma pregunta: renunciar a sus objetos de valor o correr el riesgo permanente de una muerte horrible. ¿Era realmente un riesgo tan grande? En cualquier caso, los nazis mataban a la gente a sangre fría cuando tenían ganas de hacerlo. Nadie sabía, al salir de casa, si volvería. ¿Por qué no asumir el riesgo? Los rusos terminarían por expulsar a los alemanes de Lituania. La guerra tendría un final y, entonces, podríamos desenterrar nuestras joyas y tener algo para comenzar una nueva vida. Si las entregábamos, no tendríamos ya nada más.

Finalmente mi padre decidió desenterrar las joyas y entregarlas para salvar vidas inocentes. Si los nazis llegaran a descubrirlas y hubiese niños jugando en esa parte del terreno baldío, los nazis los matarían, a ellos y a cualquier otra persona inocente que pasara por allí. Una hora antes de la llegada de los nazis para recoger nuestros objetos de valor, Manfred y mi padre fueron a desenterrar las joyas. Las colocamos

cuidadosamente sobre la mesa de la cocina y las contemplamos con tristeza mientras esperábamos a los alemanes. Teníamos muchos recuerdos asociados a aquellas joyas; los cumpleaños de mamá, los aniversarios de la boda de mis padres, ocasiones felices celebradas con un regalo. Y, además, aquellas joyas representaban para nosotros mucha esperanza. Podrían haber sido la diferencia absoluta entre morirnos de inanición y sobrevivir.

Cuando los soldados irrumpieron en la habitación, con su presencia sombría y amenazadora, con olor a tabaco, a aceite de máquina, a cuero y a sudor, dando órdenes a gritos con voces brutales y abofeteando a Manfred por placer, me obligué a no llorar, a no gimotear de terror y a limitarme a observar cómo elaboraban una lista de todo lo que confiscaban, con una eficacia de funcionarios. No nos hacíamos ilusiones de que nos devolvieran nuestras joyas en el futuro; la lista la hacían para impedir que los soldados se quedasen con alguna joya. “Un par de pendientes de diamantes, un collar de perlas, un par de gemelos de plata, un reloj de bolsillo de oro”. Incluso mis baratijas desaparecieron entre aquel montón de joyas: un simple broche, un pequeño brazalete y un minúsculo anillo de oro.

En el gueto nuestra vida religiosa desapareció. Yo ya casi ni sabía cuándo era el *shabbat*. No me acuerdo de ninguna festividad. Mientras tanto, papá rezaba todas las mañanas en casa. Todavía le estoy viendo poniéndose su *tefillin*. Durante todo el tiempo que vivió en el gueto, mi padre nunca se rebeló contra Dios, pero yo sí. Yo buscaba a Dios, pero no le encontraba. ¿Dónde estaba la justicia en aquel mundo?

A pesar de todo, e incluso sin fe, había que continuar esperando. No se sabía nunca qué traería el próximo día. Esperábamos lo peor, pero confiábamos en un milagro. La liberación, apenas imaginable, era demasiado lejana para tenerla siquiera en cuenta, aunque algunos entre nosotros llegaban a mantener una pequeña llama de esperanza que nos proporcionaba valor para continuar viviendo.

Quizá fuese porque, en aquella época, yo era tan sólo una niña, pero no me acuerdo de haber oído hablar de la guerra, por lo menos durante los dos primeros años de nuestra vida en el gueto. En cambio sí que me acuerdo de haber oído hablar de personas que se habían escapado del gueto, sobre todo jóvenes que intentaban unirse a los partisanos. Pero mi familia no tenía ningún sitio al que huir. Manfred y yo podríamos haber conseguido escapar, pero estábamos decididos a permanecer junto a nuestra familia. Que yo sepa, no estábamos en contacto con la resistencia. Simplemente, nos esforzábamos por sobrevivir.

Los años del gueto fueron una época de mucho miedo, de miedo constante. Cada día asesinaban a muchas personas. De vez en cuando, los alemanes organizaban *Aktionen*, en las que juntaban a todos los habitantes del gueto. Anunciaban por altavoces que no saliésemos de allí. En vez de ir a trabajar, todo el mundo debía reunirse en un gran solar de tierra batida. Nos alineábamos en largas filas. Los soldados alemanes pasaban por ellas haciendo chasquear sus fustas y pegando a la gente para que se mantuviera firme, o incluso sin ninguna razón. Recorrían las filas

separando a unos de otros y enviándoles a la derecha o a la izquierda.

No nos decían que los que iban a la derecha estaban destinados a trabajar y que los de la izquierda morirían. Pero nosotros, los judíos, lo sabíamos. Pasábamos largas horas en aquel horror. Los nazis separaban deliberadamente a las familias, por crueldad. En mi familia permanecíamos todos muy juntos unos contra otros. Yo me esforzaba en sonreír, por mantener un aspecto lo más agradable posible, con la esperanza de que mis sonrisas nos salvaran y nos mantuviesen a todos juntos. De hecho, hasta la gran *Aktion* de los niños, en 1944, tuvimos suerte. Excepto Benno, permanecimos todos juntos y vivos.

En el gueto me hice un juramento: haría todo lo que me fuera posible para animar a los demás y para vivir con un sentimiento de esperanza. Después de la guerra, si sobrevivía, ayudaría a los demás. Estaba llena de ideas. La gente me llamaba *Wunderkind*, la niña prodigio.

Sobrevivía gracias a mis sueños. Soñaba sin cesar con la Tierra de Israel. No había recibido una educación sionista, pero ése era mi sueño. Me imaginaba una familia con niños. No me acuerdo de haber tenido pesadillas. Cada noche me dormía soñando que después de la guerra construiríamos una nueva casa en la Tierra de Israel y que estaría llena de niños. Contaba mis sueños a mi madre. Era un tema de conversación. Mis sueños me daban ánimos; me daban la fuerza espiritual y la voluntad para continuar viviendo. Sin sueños, se corre el riesgo de desmoronarse y de morir.

En el gueto los niños eran especialmente vulnerables. Aunque yo era todavía casi una niña e incluso parecía más joven de lo que era, tenía que matarme a trabajar como un adulto, porque el trabajo era nuestra única esperanza. Creíamos que los nazis no matarían a los trabajadores productivos, porque estaban en guerra y necesitaban nuestro trabajo. Y, además, cuando uno no trabajaba, no obtenía cartilla de racionamiento, y sin cartilla no podíamos comer, a no ser que robásemos comida o la comprásemos en el mercado negro.

La primera mañana que fui a trabajar me quedé aterrorizada. Afortunadamente, pude permanecer junto a mi madre. Me mantenía cerca de ella en una de las filas de seis mujeres alineadas delante de la entrada del gueto. Los vigilantes nos cacheaban antes de salir, aunque no lo hacían de forma muy estricta. Cuando nos cacheaban con detenimiento era a la vuelta. Querían impedirnos introducir cualquier cosa en el gueto. Si nos descubrían ocultando, aunque fuese sólo una patata podrida, nos mataban.

Sin embargo, cada vez que abandonábamos el gueto para ir a trabajar estábamos al acecho de cualquier cosa comestible, un nabo medio podrido en el campo, un mendrugo de pan que alguien hubiera tirado, no importaba en absoluto lo que fuese. Nos apoderábamos de cualquier cosa lo más rápidamente posible sin que nos vieran los vigilantes. Si teníamos demasiada hambre, lo devorábamos sobre la marcha, pero nos esforzábamos por controlarnos y llevar ese alimento hasta el gueto para las

personas mayores y para los enfermos, a pesar del peligro que entrañaba. Todo esto nos obligaba a ser muy ingeniosas. Cosíamos en nuestros vestidos bolsillos secretos para ocultar todo aquello que pudiera ser de utilidad.

Mis abuelos eran demasiado viejos para trabajar y dependían de nosotros. Aunque fuera médico, Jakob tenía que realizar trabajos forzados como todo el mundo.

Caminábamos tres kilómetros para ir a trabajar, tanto en verano como en invierno, y, por supuesto, a los nazis les resultaba totalmente indiferente si teníamos ropa adecuada para protegernos de la intemperie. Llevábamos puestos los restos de los vestidos que habíamos traído al gueto.

Trabajábamos todos los días excepto los domingos o cuando los alemanes nos reunían para una *Aktion*. El trabajo que realicé durante más tiempo y del que mejor me acuerdo fue en el hospital militar alemán, el *Kriegslazarett*, situado en el campo, en las afueras de un pueblo de los alrededores de Kowno en el que no había estado nunca antes. Era un edificio de piedra de tres pisos. A veces todavía sueño con él.

La mujer encargada de nosotras era una civil alemana, no era *kapo*. Una treintena de mujeres judías de Kowno trabajaban en este hospital, diez por piso. Había muchas ventajas por trabajar en un hospital. Se trabajaba en el interior y no se pasaba frío en invierno; además, en mi piso, el personal nos daba bocadillos. Esto era algo absolutamente excepcional. Dos rebanadas de pan fresco con una delgada rodaja de salchichón grasiento y de mala calidad eran un regalo inimaginable para nosotras, el plato más exquisito que pudiéramos imaginar. Teníamos una suerte increíble, ya que las enfermeras de nuestra planta sentían lástima de nosotras. Ellas podrían haber ignorado nuestra hambre e incluso habernos hecho rabiar con su comida.

En el hospital, nuestro trabajo consistía en limpiar las instalaciones sanitarias. Teníamos que limpiar la porquería más repugnante, los escupitajos, el pus, los excrementos de los enfermos. Pero, por lo menos, podíamos lavarnos al final de la jornada. A veces, al limpiar las cuñas y los urinarios, me acordaba de mi infancia, tan mimada. Veía a mi madre limpiar aquella porcelana inmunda. No hacía mucho tiempo habíamos tenido servicio para mantener la casa limpia. ¿Qué hubieran pensado de haber sabido que su antigua señora pasaba ocho o nueve horas diarias fregando letrinas?

No sabría decir exactamente cuánto tiempo estuvimos trabajando mi madre y yo en aquel hospital, pero fueron varios meses. En el gueto, el tiempo no estaba marcado por fechas ni ocasiones especiales. Cada día, con sus miedos, se parecía a la víspera, excepto en que conocíamos alguna nueva atrocidad; por ejemplo, que los nazis seleccionaban un nuevo contingente de judíos para deportarlos o asesinarlos.

En el hospital no teníamos ningún contacto con los enfermos, pero, a veces, algún soldado herido nos hacía una señal con la mano y nos arrojaba algo de comer. No recuerdo haber visto a ningún soldado amputado o con una venda en la cabeza y haber pensado: “¡Tienes lo que te mereces! ¡Lástima que no te hayan matado los rusos!”. Pero rezaba al Dios en el que ya no creía para que los alemanes perdieran la

guerra lo más rápidamente posible.

Los vigilantes que nos acompañaban al trabajo no permanecían todo el día con nosotras. Eran soldados del ejército regular, a diferencia de los soldados de las SS que patrullaban por el gueto y mataban a los judíos a sangre fría. Aunque temía y odiaba a los soldados de las SS, sabía que no todos los alemanes eran criminales innobles. Pero los soldados que no eran crueles se mostraban, habitualmente, distantes. Uno de los secretos para sobrevivir consistía en identificar a aquellos que todavía mantenían algún resto de un corazón bondadoso, como las enfermeras que nos daban los emparedados. Alguna que otra vez, yo atraía la mirada de un soldado alemán. Si me esforzaba por sonreír amablemente, a veces hasta me lanzaba un mendrugo de pan por ser una niña mona. Cuando funcionaba este truco recogía rápidamente el mendrugo del suelo y me obligaba a sonreír de nuevo, dándole las gracias en mi mejor alemán. Pero siempre era consciente de que el soldado que me tiraba el pan podría también haberme matado con una bala si hubiera querido.

Los soldados abusaban a menudo de las chicas judías. Cuando se fijaban en una, se situaban cerca de ella en el camino al trabajo para establecer contacto con discreción y les proponían favores especiales a cambio de relaciones sexuales. Mi educación había sido muy estricta, por no decir francamente mojigata. Cuando era niña, nunca me dijeron de dónde venían los niños, y yo jamás me atreví a preguntarlo. Sabía que ése era un tema del que no se hablaba. En Francfort, una vez tuvo una mujer judía un hijo ilegítimo, y me acuerdo todavía hoy de cómo la señalaban con el dedo. Cuando escuché contar que las chicas del gueto conseguían comida para sus familias a cambio de favores sexuales, no me sedujo demasiado la idea de intentarlo yo también, pero esta idea me preocupaba y se lo comenté a mi madre (no a mi padre, claro que no, él hubiera preferido morirse). Para mi asombro, mi madre no excluía totalmente esa posibilidad. Si mi vida hubiera dependido realmente de ello, creo que mi madre me hubiera dado su consentimiento. Por suerte, nunca llegó ese momento. Nunca tuve que sufrir esa humillación.

Pero había un joven que me dedicaba una atención especial. Cada mañana, cuando me colocaba en la fila para ir a trabajar, aquel soldado de rostro sensible y delicado se las arreglaba siempre para acompañar a mi fila. Era un buen chico, de unos veinte años, alto y delgado, con el pelo de color castaño claro, ojos azules y una nariz larga. Tenía cierto aire judío debajo de su uniforme alemán.

Yo desconfiaba al principio, pero me hizo comprender rápidamente que no tenía intenciones sexuales conmigo. Sentía afecto y piedad por mí. Con circunspección para que nadie se diera cuenta, conversaba conmigo durante el trayecto. Me confió que se llamaba Axel Benz y que su familia había fundado la empresa Mercedes-Benz. Y también que tenía antepasados judíos, y que los judíos le inspiraban compasión. Sufrían injustamente, ya que no habían hecho nada malo. Él no había podido evitar entrar en el ejército, me explicaba, pero no era más que un simple soldado, no un oficial o de las SS.

Axel Benz hacía mi largo camino más llevadero. Al final llegué a esperar con impaciencia su compañía. Era reconfortante saber que, por lo menos, había una persona no judía amable en el mundo, incluso aunque no pudiera hacer nada por salvarnos. Debía sentirse terriblemente solo, entre todos aquellos soldados, y sufrir mucho por no poder contar nunca a nadie lo que pensaba realmente.

Nuestra amistad tuvo una duración breve. La unidad de Axel Benz fue transferida al frente del Este. Cuando Axel supo que tenía que partir me regaló en secreto su reloj de oro, que tenía gran valor. Se lo quitó de la muñeca cuando nadie le miraba, y yo lo escondí rápidamente en un bolsillo secreto en el interior de mi camisa.

—Espero que pueda cambiarlo por mucha comida —dijo—. Y puede que nos volvamos a ver después de la guerra.

Cuando se separaron nuestros caminos, después de haberme escoltado al trabajo por última vez, me miró y me dijo:

—Permanezca con vida.

Curiosamente, consiguió encontrarme después de la guerra y me pidió que me casara con él. Pero eso es otra historia.

Casi no tuve tiempo de mirar el reloj de Axel Benz antes de esconderlo en mi camisa. Pero al ir al hospital militar en la larga columna de mujeres del gueto, sentía la pequeña masa compacta del reloj contra mi pecho.

En la primera ocasión que se presentó, mientras mi madre y yo estábamos solas limpiando las letrinas, saqué el reloj del bolsillo para enseñárselo a mi madre. Juntas, admiramos aquel asombroso regalo. Era tan extraordinario que casi asustaba; era como un talismán mágico.

No habíamos visto nada tan bonito desde que tuvimos que entregar todas nuestras joyas. El reloj de Benz era muy valioso. Hubiera supuesto una fortuna en cualquier otra circunstancia, pero para los judíos internados en el gueto, que ya no tenían ninguna pertenencia personal, era una fortuna inimaginable. Aunque el problema era que la posesión de joyas constituía un crimen capital. Era necesario que llevase el reloj conmigo; si algún vigilante me lo descubría, me mataría inmediatamente.

No podía correr el riesgo de que el reloj cayera en manos de otra persona. ¿Dónde podía esconderlo? El tictac de aquel reloj de oro era tan fuerte que temía que el sonido me traicionase. Era necesario que me desembarazara rápidamente de él, aunque tenía muchas ganas de quedármelo. ¿Desde hacía cuánto tiempo no me había puesto un vestido bonito, una pulsera, un collar, un broche? Conseguí llevar el reloj hasta el gueto y pasar por delante de los vigilantes aterrorizada ante la idea de que, al cachearme, descubrieran aquel objeto duro en mi pecho. Cuando llegamos a casa, lo saqué de mi bolsillo para admirarlo.

Llevé conmigo el reloj de Benz durante una semana completa; por la noche, lo apretaba contra mi almohada hecha jirones y soñaba con quedármelo para siempre. Tenía mucho valor para mí, porque me lo había regalado un soldado enemigo y porque era algo prohibido, un objeto de lujo proveniente de otro mundo, de un mundo

que yo había conocido antes de la guerra, pero en el que era imposible creer desde la perspectiva del gueto. Me aferraba a aquel reloj como un signo de esperanza. Quizá significase que yo sobreviviría hasta el final de la guerra. Pero era peligroso guardarlo, quizá incluso inútil.

Cada día, de camino al trabajo, pasábamos por una pequeña tienda de ultramarinos cerca del hospital. A pesar de mi deseo de no separarme del reloj, me decidí a llevarlo a aquella tienda y a cambiarlo por alimentos. Evidentemente, no teníamos derecho a salir del hospital, ni siquiera un instante para ir a la tienda de ultramarinos. Si me descubrían al salir o al entrar en el hospital sería, como mínimo, severamente golpeada. Pero la tentación de los alimentos exquisitos que me esperaban en la tienda era demasiado fuerte. Me inventé un plan.

No conté a mi madre con detalle lo que estaba preparando. Lo sabía más o menos, pero no le pedí permiso. Aquel reloj era un auténtico regalo del cielo, una oportunidad que no podía desperdiciar. Yo tenía que hacerlo y mi madre tenía que dejarme hacerlo. Ella me cubriría de una manera u otra si en algún momento la vigilante se daba cuenta de mi desaparición. Sabía que mi madre estaría temblando de miedo hasta mi regreso. Yo temblaría también, pero, si ése era el precio, estaba dispuesta a pagarlo y a correr el riesgo.

Sólo para salir del hospital ya se necesitaban agallas. Descendí lentamente por la escalera con una escoba, limpiando los escalones uno a uno, a fondo, acechando a mi alrededor por si había alemanes. El vigilante de la puerta de entrada era un hombre mayor, adormecido, y no prestó ninguna atención a la chica judía de la limpieza con un pañuelo en la cabeza. Yo continuaba barriendo las escaleras de arriba, casi fuera de su campo de visión, esperando a que el vigilante estuviera solo y mirara hacia otro lado. Después, escondí rápidamente la escoba en una esquina, me puse el chal de mi madre a la espalda para ocultar la estrella judía cosida en mi vestido y me quité el pañuelo de la cabeza para enseñar mi pelo rubio. Pasé por delante del vigilante como una joven campesina lituana que había venido al hospital a ver a su novio herido.

Salí a la calle y me sentí un ser humano libre por primera vez desde hacía un año, sola, lejos del gueto, y sin ningún signo que revelase que era judía. Por supuesto, también tenía muchísimo miedo. Mi sentimiento de libertad era totalmente imaginario, y lo sabía. Bastaba un golpe de viento para levantar mi chal y dejar al descubierto la estrella judía; si me descubrían, me pegarían y después me matarían. Podrían decidir matar también a mi madre e incluso a todas las otras mujeres que trabajaban con nosotras en el hospital. Me prohibí pensar en todo eso.

Me obligué a caminar lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo, como si no corriera ningún peligro. Me crucé con dos soldados que me preguntaron en alemán: “¿Adónde vas, guapa?” Les respondí en lituano, “a comprar, señores”. Y me dejaron en paz.

Cada día, al pasar delante de la tienda de ultramarinos, mi estómago hambriento había exaltado mi imaginación con imágenes de toda la comida rica que debía haber

en el interior. Había soñado con aquella tienda, con entrar en ella y escoger todo lo que pareciera rico para devorarlo: chocolate, galletas, pasteles, pan y mantequilla. Ahora, por fin, iba a entrar en la tienda.

Mi mano temblaba cuando empujé la puerta. En mis sueños, esta tienda era inmensa, abarrotada de cosas exquisitas. En realidad, era una tienda de comestibles modesta. Incluso en tiempo de paz, no se habría podido encontrar en ella una oferta de productos demasiado atractiva. Pero, en aquel momento de penuria alimentaria, el aprovisionamiento era especialmente pobre. Sin embargo, para alguien habituado al gueto, donde un bote de mermelada era un tesoro poco frecuente, esta humilde tienda de comestibles parecía un paraíso. Sólo los olores me producían una borrachera de placer, los olores del pan, del aceite, de las especias, de las legumbres, del queso, de los pepinillos flotando en una barrica.

Manoseaba el reloj de Benz mientras contemplaba las mercancías. ¿Qué sería lo suficientemente pequeño para poderse esconder y, a la vez, lo suficientemente caro para cambiarse por el reloj? Hasta que entré en la tienda no me había dado cuenta del hambre que tenía.

El tendero se dio cuenta de que estaba nerviosa y me observaba con suspicacia. Yo aguantaba su mirada, esforzándome por mantener la calma tanto como me era posible y preparando algunas frases en lituano.

—No tengo dinero, señor, pero me gustaría cambiar un objeto de valor por alimentos.

—¿Qué tienes?

—Un reloj de oro.

—Veamos.

Indecisa, saqué el reloj y se lo enseñé al tendero. Me lo quitó de la mano.

—¿Dónde lo has robado?

—No lo he robado.

—¿Cómo puedo estar seguro de lo que me dices? Si la policía me descubre con objetos robados, tendré muchos problemas.

No era difícil darse cuenta de lo que se le pasaba por la cabeza a aquel tendero. Era un hombre grande y calvo, con un delantal blanco y sucio anudado a los riñones. Sus ojos, bizcos, le denunciaban.

—Déjame verlo otra vez. Puede que me lo quede para devolvérselo a la policía. Debe haber una bonita recompensa por este reloj.

—Me lo ha regalado un amigo mío que es soldado —le dije. Eso era verdad. Pero lo que le dije después no lo era—. Le diré que me lo ha quitado y lo lamentará.

Cuando yo hablaba lituano cometía faltas, pero tenía acento alemán, y eso le debía causar inquietud. Reflexionó sobre mi amenaza durante uno o dos intensos minutos mientras yo contemplaba los productos de comer en los estantes y me esforzaba por ignorarlos. Finalmente, me dijo que me daría un par de cosas para comer a cambio del reloj.

Yo ya estaba dispuesta a elegir. Sabía que, en cualquier caso, saldría perdiendo. El reloj de Benz valía mucho más dinero que todo el contenido de la tienda.

Comencé por coger tres grandes panes blancos y los puse encima del mostrador. Cogí también arroz, azúcar, miel, mermelada, frutos secos, todo lo que parecía caro y era pequeño y dulce, hasta que el tendero me dijo: “Ya basta, esto es todo”.

Yo regateé un poco, forzándole a dejarme coger también algunas golosinas. Viéndome meter todo lo que cabía en los bolsos secretos de mi vestido debió adivinar que era judía, pero no dijo nada. Yo intenté no pensar en el reloj, en sus agujas delicadas y en su tictac regular. Era degradante tener que cambiar un regalo como ése por alimentos que comeríamos en uno o dos días. Aquél era un regalo para conservarlo toda la vida.

Antes de volver al hospital me fui a la parte de atrás de una casa, donde nadie podía verme. Aunque estaba petrificada por el miedo de que me descubrieran, el hambre era mucho mayor. Cogí un bote pequeño de miel y lo volqué encima del pan. ¡Qué momento tan exquisito! A pesar de mi miedo tan horroroso, comía lo más lentamente que podía, para prolongar aquel momento. Mi cuerpo intentaba crecer, tomar forma, madurar, pero recibía demasiada poca comida para todo eso. Intenté sentir cómo se expandían el pan y la miel por todas las células de mi cuerpo pequeño y flaco. “Sálvate”, me ordenaba una voz interior. “No vuelvas al hospital. Sálvate en el bosque. Huye”. Pero, ¿cómo hubiera podido abandonar a mi madre frente a las terribles represalias de mi desaparición?

Mi cabeza me daba vueltas de alegría por tener, por una vez, el estómago lleno y la embriagadora impresión de que la libertad era posible. Me parecía que no habría podido sostenerme de pie si me hubiera levantado. Poco a poco, me recobré y me encaminé hacia el hospital con circunspección.

El tendero me había robado, ya que el reloj de Benz debía de valer por lo menos veinte o treinta veces más que las provisiones que me había dado a cambio. No obstante, tenía muchas más cosas de las que podía comer yo sola o llevar al gueto en un solo viaje.

Comencé a preguntarme dónde podría esconder toda esa comida en el hospital. Prepararía un pequeño escondrijo y cada día llevaría algo al gueto. Pero lo primero que haría sería preparar una rebanada de miel a mi madre. Aquella mañana había llevado escondido el reloj de Axel Benz. Ahora sentía los alimentos escondidos contra mi cuerpo e imaginaba el placer que proporcionarían a mis abuelos.

Me estaba acercando al hospital. En aquel momento parecía diferente, más grande y más amenazador que cuando había llegado aquella misma mañana con la brigada de mujeres, cuando yo era una pequeña silueta anónima en un vasto grupo. Ahora estaba sola en la calle, bien visible.

Desde el exterior del hospital no podía vigilar el vestíbulo de entrada para elegir un buen momento para entrar. Pasé una primera vez por delante de la puerta, intentando mirar hacia el interior sin hacerme notar. Continué casi hasta el final de la

calle, di media vuelta y volví sobre mis propios pasos. Decidí reunir todo mi coraje y entrar con aire seguro y confiado. Saludaría al portero, y si me preguntaba qué hacía allí, le respondería en alemán. Quizá le hiciera creer que era una alemana de verdad. Me imaginaba abriendo la puerta y sonriendo al portero y preparé un pequeño discurso por si me preguntaba: “Vengo a ver a un soldado buen amigo mío que está herido”. Incluso me inventé un nombre para mí, Christina Schmidt.

Me acerqué una vez más hasta la puerta y justo entonces sentí de repente caer una pesada mano sobre mi espalda, con los dedos apretando con fuerza mis músculos hasta hacerme daño. Lancé una mirada aterrorizada a mi alrededor. Cuatro soldados me habían descubierto. “¿Adónde vas, judía apestosa?”, me preguntó el que me agarró por la espalda.

Antes de que pudiera recitar mi pequeño discurso, “no soy judía, me llamo Christina Schmidt y vengo a visitar a un valiente soldado amigo mío que está herido”, el soldado que me sujetaba me levantó el chal, desnudando las estrellas amarillas de mi espalda y de mi pecho.

“A la colina”, ordenó el sargento. Brutalmente y sin una palabra, me arrastraron hasta la cumbre de una colina abrupta. Cuando llegamos a lo alto, me tiraron al suelo. Un bote de mermelada se cayó de uno de mis bolsillos secretos.

“¡Pequeña ladrona!”, exclamaron. Me arrancaron la ropa y vaciaron los bolsillos. De pie junto a mí, que estaba tirada en el suelo, y riéndose de forma burlona, los soldados alemanes devoraron la preciosa comida que había cambiado por el reloj de Benz y que quería llevar al gueto para dársela a mis abuelos. Lo que no pudieron comerse, lo tiraron y lo pisotearon.

—¡Robas comida, asquerosa judía! Vamos a matarte. —Me levantaron y me arrojaron contra un muro—. Venga, mácala —gritó el sargento a uno de sus hombres. El soldado se echó hacia atrás y me apuntó con su arma.

—¡No me maten! —supliqué— ¿Qué es lo que he hecho? Yo no he robado esta comida.

—Entonces, ¿cómo la has conseguido, especie de cerda mentirosa?

No podía contarles la verdad. Si les explicaba la historia del reloj de Benz, le matarían a él y a mí. Los soldados alemanes no tenían derecho a hablar con los judíos a los que vigilaban y mucho menos hacerles regalos. Si les contaba que mi padre había conservado un reloj u otro objeto de valor que estaba prohibido, mi padre corría el riesgo de que lo mataran. Por tanto, me inventé una historia.

—El tendero debía un dinero a mi padre desde antes de la guerra.

—Malditos usureros judíos chupones de sangre.

Yo me contenté con bajar la cabeza y comencé a recitar la *Shema*, la oración que un judío debe pronunciar en la hora de su muerte. Después, me puse a llorar. “Os lo suplico, dejadme volver junto a mi madre. Trabajamos las dos juntas en el hospital. He salido de allí sólo diez minutos. No lo había hecho nunca. Os juro que no lo volveré a hacer. Por favor, dejadme marchar”. Levanté los ojos y les miré a la cara, a

uno tras otro, y, sobre todo, al que había recibido la orden de matarme. “¡Tened piedad de mí!”, imploraba. Y exclamé de repente: “¡Mi Dios, escúchame!”.

El soldado designado para matarme continuaba apuntándome con su arma, pero me di cuenta de que no quería disparar. Volvió los ojos hacia su sargento y yo hice lo mismo.

“Bien, vamos a dejarte marchar, pero solamente por esta vez”, declaró finalmente el sargento. Los soldados me arrastraron colina abajo hasta la puerta del hospital. El sargento me levantó por el cuello y me empujó al interior. Yo me puse de pie enseguida y subí corriendo por las escaleras hasta el piso en donde debía estar trabajando.

Tenía ganas de llorar. Nada había salido bien. Había perdido el reloj y toda la comida, mi ropa estaba desgarrada y tenía contusiones por todo el cuerpo de haber sido agarrada, golpeada y tirada al suelo. Encontré a mi madre en las letrinas, de rodillas, fregando el suelo alrededor de un urinario. Hubiera querido llorar, pero tuve que arrodillarme junto a ella y trabajar.

Algunas tareas de los trabajos forzados en el gueto eran mejores que otras. Nuestros criterios principales para valorarlas eran el peligro y la posibilidad de encontrar algo para comer. En el hospital militar, las enfermeras nos daban a veces un poco de comida suplementaria, lo cual era una sorpresa maravillosa. Y, además, trabajábamos bajo techo, que era un alivio en invierno. Pero durante los calurosos meses de verano, el hospital era sofocante. El hedor de las heridas supurando era insoportable. La suciedad de las letrinas era doblemente repugnante. Hacíamos un trabajo degradante y asqueroso, con riesgo permanente de contagiarnos por las infecciones, por el contacto con el pus y los excrementos de todos aquellos soldados heridos.

A veces, en vez de llevarnos a trabajar al hospital militar, nos llevaban al campo, que también tenía ventajas e inconvenientes. El trabajo era mucho más cansado y estábamos a la intemperie, pero la vigilancia era más relajada. Podíamos hablar y, si éramos rápidas y astutas, podíamos también robar patatas u otras cosas comestibles. Yo me había convertido en una experta en patatas. Sabía inmediatamente si una patata estropeada, podrida, sucia y abandonada contenía o no todavía una parte comestible. Todavía hoy día, las patatas me recuerdan al gueto.

El aire fresco me subía la moral, me permitía olvidar un poco la proximidad de la muerte. A veces, las más jóvenes —en realidad, éramos todavía unas niñas— conseguíamos escaparnos de la brigada de trabajo en una granja e íbamos a robar fruta u otros alimentos a los alrededores. Las mujeres adultas tenían miedo de arriesgar su vida, pero nosotras no. De lejos, parecíamos muchachas lituanas y, además, si veíamos a algún soldado, podíamos escondernos. Lo hacíamos solas, o de dos en dos. Teníamos tal hambre que devorábamos las patatas tiradas enteras, incluso las partes malas. Los niños son, por naturaleza, audaces. Teníamos un sexto sentido

para evitar a las patrullas y para meternos en cualquier grupo de trabajadoras. Todo aquello se convertía en una especie de juego mortal. Había que permanecer al acecho de los vigilantes; lo que más miedo nos daba era introducir la comida robada en el gueto en nuestros bolsillos secretos.

Los nazis establecieron pequeñas fábricas en el gueto de Kowno, y durante un tiempo yo trabajé en una máquina que fabricaba piezas de seda. No era un trabajo duro y me gustaba bastante. No teníamos que caminar mucho para llegar, lo hacíamos en el interior, podíamos sentarnos y la vigilancia no era demasiado estricta. Todas estas condiciones hacían más digno el trabajo.

Siempre nos decíamos: mientras seamos útiles a los alemanes, nos mantendrán con vida. En el gueto había escasez de alimentos, y los trabajadores recibían para comer un poco de sopa y un trozo de pan. En realidad éramos esclavos, pero nos aferrábamos a nuestra dignidad, que era lo mejor que teníamos. Sabíamos que si nos llevaban a trabajar por la mañana, todavía teníamos oportunidad de sobrevivir un día más. Así era cómo vivíamos, de día en día, no atreviéndonos casi a esperar otra cosa que permanecer con vida hasta el próximo día, no caer enfermos, proteger a los seres queridos.

Los combates parecían lejanos. Yo no sabía gran cosa de lo que estaba pasando. De vez en cuando, escuchaba hablar de un joven que había huido hacia el bosque con la esperanza de unirse a los partisanos, pero eran más rumores que algo real. Mi forma de resistir era agarrarme a la vida y soñar con un futuro color rosa y romántico; me casaría con un hombre rico y crearíamos una gran familia en Palestina. Comeríamos pan con mantequilla y beberíamos chocolate caliente bajo un sol brillante.

Yo intentaba mantener constantemente aquel sol brillante en mi imaginación. Me daba cuenta de cómo tenían que esforzarse mis padres para no perder la moral, para no dejarse desanimar, y yo estaba decidida a ayudarles siendo el “sol” de la familia. No les entristecería estando triste yo.

Con el tiempo, me di cuenta de que sólo el horror absoluto de los campos de la muerte podía hacer parecer más o menos normal, en comparación, la vida en el gueto. Yo era muy joven, y los niños se adaptan a todo. Pero nunca me he reconciliado con las condiciones de existencia que nos imponían los nazis; vivíamos amontonados en una pequeña habitación que no tenía nada de habitable. Nuestra indigencia era inimaginable. Nos veíamos reducidos a un puñado de harapos remendados, a un par de muebles y utensilios usados, con el alimento justo para continuar sobreviviendo. Yo tenía siempre hambre, muchísima hambre, y a veces padecía alucinaciones.

Los nazis habían organizado cuidadosamente nuestra rutina diaria de hambre, miedo, trabajos forzados y muertes arbitrarias para destruir en nosotros cualquier tipo de realidad humana y reducirnos a la nada. En el mundo en el que nos obligaban a vivir, nada de todo lo que hacíamos podía dar sentido a nuestra existencia. Puede ser que nuestro trabajo nos mantuviera con vida, pero de él se beneficiaban los peores

enemigos a los que han tenido que enfrentarse los judíos.

El peligro no cesaba nunca de amenazar en segundo plano, excepto cuando pasaba a ocupar toda nuestra existencia. La enfermedad era endémica en el gueto. Cuando caíamos enfermos, había médicos, pero prácticamente no había medicinas ni posibilidad de tratamiento, y, además, los enfermos perdían su derecho a las cartillas de racionamiento. La muerte se convertía en algo banal. Ver un cadáver ya no me impresionaba demasiado.

Lo que más nos debilitaba, por lo menos en el plano espiritual, era nuestro completo aislamiento. Los nazis cometían crímenes contra nosotros cada minuto del día y de la noche, crímenes imperdonables, sin precedentes, pero, ¿quién intercedía en favor nuestro? No teníamos a nadie a quien dirigirnos, nadie que nos protegiera, nadie a quien acudir para protestar contra lo que nos estaban haciendo. Puede ser que los aliados combatieran contra Hitler, pero no estaban haciendo ningún esfuerzo por salvarnos. Nos habían olvidado.

De todos nosotros, mi padre era el mejor informado de todo lo que estaba pasando. Como era empleado del *Judenrat*, sabía qué decisiones tan horrorosas tenían que tomar las autoridades judías. Puede ser que mi padre discutiera con mi madre, pero yo jamás escuché ni una palabra. Papá continuaba trabajando con un coraje tranquilo, sin alterar su rutina diaria de rezos y prácticas religiosas en la medida en que le era posible, sacando fortaleza de su fe y dándonos fuerzas. Era una fe profunda e íntima, sobre la que casi no podía interrogarle.

No hacía mucho tiempo, papá había estado siempre lleno de ideas para buscar sin descanso vías de evasión para nosotros. Nos había sacado de la Alemania nazi, después de Memel, ocupada por los alemanes, y había evitado que fuéramos enviados a Siberia por los rusos; pero no podía hacer nada para sacarnos del gueto. Hasta entonces, siempre había sido dueño de su destino; en aquel momento se encontraba reducido a una subordinación pasiva e impotente. Sin embargo, nunca demostró su frustración delante de mí. Para mí siguió siendo el mismo hasta el final, un padre fuerte y amado.

El gueto se vaciaba progresivamente. Los alemanes nos mataban tanto de uno en uno como de forma masiva. La mayor masacre, la más infame, una *Aktion*, como las denominaban los nazis, tuvo lugar muy pronto, el 28 de octubre de 1941.

Evidentemente los nazis no anunciaron que iban a matar a 10.000 de los nuestros. Nos dijeron que iban a separar a los trabajadores de las personas no aptas para trabajar, las cuales serían enviadas a una institución específica para que las raciones de alimentos pudiesen ser distribuidas de forma más equitativa.

El día de esta *Aktion* no fuimos a trabajar. Todo el mundo, sin ninguna excepción, debía reunirse en una plaza muy grande, la Democratu Plaza. Unas 28.000 personas comenzaron a acudir en masa a las cinco de la mañana, cuando todavía era de noche y hacía frío. Nadie corrió el riesgo de esconderse. Los nazis nos habían advertido que registrarían todas las casas, una por una, y que matarían a todo el que encontraran en

su interior. La plaza estaba cercada por tropas alemanas y partisanos lituanos.

A finales de octubre en Lituania ya es invierno. Los días son cortos y la humedad puede ser muy desagradable. Aquel 28 de octubre hacía un frío penetrante. Nos colocamos en filas, y los nazis comenzaron a hacernos desfilar delante de un único oficial que, solo, decidió el destino de unas 30.000 personas. Con un leve gesto de la mano nos enviaba a la derecha o a la izquierda. La derecha significaba la vida, y la izquierda, lo sabíamos, la muerte.

La derecha nos aseguraba, supuestamente, trabajo, raciones de alimentos y una relativa forma de seguridad, aunque, en realidad, el hecho de ser apto o no para el trabajo no tenía gran cosa que ver con la dirección hacia la que nos enviaba aquel oficial. Eramos demasiados para que la selección fuese realmente rigurosa. Aquel oficial se contentaba con enviar a las personas a un lado u otro a su buen criterio, y nos dábamos cuenta de que separaba deliberadamente a las familias. Sentía un placer manifiesto escuchando los gritos enloquecidos de los padres a los que arrebataban a sus hijos, los de las mujeres separadas de sus maridos.

El día no terminaría hasta que toda la muchedumbre desfilase lentamente frente al oficial. Las personas enfermas o de edad avanzada se desplomaban en el sitio, y nadie tenía derecho a socorrerles. Los bebés y los niños de corta edad sollozaban, atormentados por el frío y el hambre, que se hacían insoportables. Yo miraba a mi alrededor, y mi corazón sufría, pero nos sentíamos impotentes, incapaces de hacer nada por los demás y llenos de terror ante la perspectiva de nuestra propia suerte. A medida que avanzábamos hacia el punto de selección, mi miedo se hacía mucho más intenso. Ya casi ni sentía el frío. Ya no tenía más hambre. Me concentraba en el instante que se acercaba, en el cual mi destino sería determinado por un gesto de un oficial alemán; derecha o izquierda, vida o muerte, esperanza o desesperanza.

En mi familia nos apretábamos los unos contra los otros, papá, mamá, Manfred y yo, los padres de mi madre y su hermano Jakob —Benno ya había sido asesinado—. Si se hubiera tratado de una selección sistemática, mis abuelos no hubieran tenido ninguna oportunidad de sobrevivir, ya que eran realmente demasiado mayores para trabajar. Pero como era una selección arbitraria, yo rezaba en silencio para que el oficial tuviera piedad de ellos.

La piedad no era precisamente un concepto familiar para los nazis. Pero si sonreíamos con confianza y avanzábamos con la cabeza alta, me decía a mí misma, podía ser que pasáramos todos. Por tanto, me esforzaba por sonreír y pedía con dulzura a mis abuelos “manteneos derechos y avanzad con firmeza, y no os enviarán a la izquierda”.

¿Funcionó? ¿Fue por esta razón por la que consiguieron pasar y por la que nuestra familia pudo permanecer unida? Así quiero creerlo. Siempre he intentado controlar mi destino y forzar las cosas para que vayan en la dirección que deseo, incluso frente a los nazis. Ellos tenían sobre nosotros el poder físico, pero yo estaba resuelta a hacer todo lo que estuviera en mis manos. Si algo ínfimo como una sonrisa y un poco de

brillo en los ojos podían salvarme la vida y ayudar a mi familia a sobrevivir, encontraría el valor y la voluntad para obligarme a sonreír, para conseguir franquear victoriosamente la selección. No se trataba tanto de que tuviera miedo del lugar al que podían enviarme como del sufrimiento insoportable de ser separada de mi familia.

Aquella tarde, mi familia abandonó la plaza viva y todavía unida, pero diez mil personas fueron enviadas a la izquierda y exterminadas en el Fuerte Noveno, fuera de la ciudad. Y esto no fue más que el principio de la masacre.

Debido a las espantosas condiciones de vida en el gueto —hambre, frío, trabajo agotador, enfermedad, desesperanza—, muchos de los judíos que no fueron fusilados durante la gigantesca *Aktion* del 28 de octubre murieron de hambre y de diversas enfermedades. Algunos jóvenes judíos se escaparon para unirse a los partisanos; los nazis deportaron a muchos otros en trenes, camiones y a pie. No volvimos a tener noticias de ellos.

Aunque los nazis estrecharon los límites del gueto, los que seguíamos allí después de las selecciones, “acciones” y transportes nos dábamos cuenta de que había mucha menos gente en el interior. Ahora, en las calles se respiraba el recuerdo de aquellos que faltaban.

Después de un tiempo, abandonamos la habitación que ocupábamos en el edificio, en el que vivíamos desde nuestra llegada, para instalarnos en una especie de casa para nosotros solos, junto a mi abuela y a mi abuelo. No era grande, pero tenía un pequeño patio. Mis abuelos no trabajaban, pero conseguíamos mantenerles con vida. De una manera u otra, iban logrando franquear todas las selecciones. Mi tío Jakob trabajaba y les llevaba comida, al igual que nosotros.

Mi hermano Manfred se casó en el gueto. Hicimos una humilde ceremonia religiosa sin festejos de ningún tipo, no como para la boda de mi tía Tita, no hacía mucho tiempo, en Memel. Era más seguro vivir en pareja. Junto a otra persona, uno era más fuerte. Además, era una ventaja para hacer frente a los alemanes. En cierta medida, respetaban más a las personas casadas.

Yo también tuve una especie de romance en el gueto. Un muchacho pelirrojo que conocía venía a rondarme a mi ventana y a cantarme serenatas. Me decía que se casaría conmigo después de la guerra, pero yo le replicaba que nunca podría casarme con él, porque era demasiado pelirrojo. Este joven sobrevivió a la guerra y vive en la actualidad en América. Todavía le guardo agradecimiento por sus canciones, que me dieron fuerza y valor para afrontar la vida. Me ayudó saber que yo era importante para alguien. Dios sabrá cómo, pero los jóvenes mantenían el instinto de actuar tal y como se comporta la juventud. Incluso en el lúgubre horror del gueto no renunciábamos a la esperanza.

El 27 de marzo de 1944, la víspera del cumpleaños de mi padre, fuimos a trabajar como siempre. Mi madre y yo fuimos hasta el hospital militar, donde pasamos todo el día limpiando letrinas y lavabos. Para nosotros fue un día como cualquier otro. Pero,

al volver al gueto, nos dimos cuenta de que no había sido un día cualquiera. Los nazis habían comenzado a reunir a todos los niños que todavía quedaban en el gueto; la *Kinderaktion* había comenzado.

Cuando salimos del gueto todos los que éramos aptos para trabajar, los soldados alemanes habían ido por todas las casas ordenando que los niños se reunieran en la plaza con sus madres para que éstas cuidaran de ellos. Nadie dudó, ni siquiera un instante, de que aquello era una condena a muerte. No todas las madres obedecieron la orden; algunas, que se habían preparado para este momento, intentaron desesperadamente esconder a sus hijos. Otras habían construido escondites en los muros y fondos secretos de los armarios. Pero los nazis devastaron las casas y no escapó ni un solo niño. Cuando volvimos del trabajo sentimos el sufrimiento incrustado en puertas y ventanas. El aire del gueto estaba invadido por una atroz angustia.

¿Qué podían hacer las madres? Querían acompañar a sus hijos e intentar salvarles, pero también querían continuar viviendo. Además, tenían también otros seres queridos que proteger, otros hijos, maridos, padres. Tuvieron que ver, impotentes, cómo se llevaban a sus hijos. Creyendo que podían elegir, se esforzaban en tomar una decisión inmediata, sin poder pedir consejo a nadie ni dejar ningún mensaje. ¿Cuál era la decisión adecuada? ¿Ir con sus hijos más jóvenes o permanecer con el resto de su familia?

De hecho, aquella terrible elección no tenía ninguna importancia, porque, con una particular crueldad, los alemanes impusieron exactamente lo contrario de lo que querían aquellas mujeres. Si una mujer quería acompañar a sus hijos, la echaban a golpes, y aquellas que no querían ir con sus hijos eran arrastradas a la fuerza.

El día siguiente, 28 de marzo de 1944, cumpleaños de mi padre, tuvimos que volver al trabajo. Aquella mañana, al salir del gueto, nos invadía un terrible sentimiento de vacío. Conocíamos a todos los niños que los nazis habían asesinado. Eran nuestros hermanos, nuestros primos, nuestros sobrinos y sobrinas. Aunque fuesen niños que sólo habíamos visto jugar en un patio, su sangre era la nuestra. Caminábamos por el gueto con los ojos clavados en el suelo por temor a ver en una ventana el rostro desgarrador de una madre. Las casas en las que la víspera vivían todavía niños estaban ahora anegadas en dolor. Las madres que todavía conservaban a sus hijos temblaban de terror.

La víspera, los nazis no habían conseguido reunir a todos los niños y nadie dudaba que los soldados retomarían su innoble tarea.

Yo acababa de traspasar la frontera que separaba a los niños de las personas que ya tenían edad para ir a trabajar, gracias a lo cual salvé mi vida. Esta selección me dejó con vida. Abrumado por el dolor ajeno, uno se aferraba cada vez más a su propia familia. Cuando me vio salir para ir a trabajar aquella mañana, papá me abrazó con especial ternura. Le habíamos deseado un feliz cumpleaños y habíamos rezado en silencio para ser libres el próximo.

Mientras trabajaba en el hospital, me pasé todo el día pensando en lo que había pasado la víspera, en las terribles escenas que me habían descrito, en las madres llenas de lágrimas que suplicaban a gritos a los soldados “no os llevéis a mi hijo”. Me imaginaba la violencia de los soldados que rompían las puertas, que pegaban a las madres que intentaban proteger a sus hijos, que golpeaban brutalmente a los niños y los tiraban al suelo. Todo eso había ocurrido mientras nosotras habíamos estado trabajando. ¡Sentía tanta cólera mezclada con impotencia! ¡Me sentía tan vulnerable!

En el camino de regreso volvimos de mala gana. No queríamos descubrir lo que había pasado en el gueto, tener que escuchar otra vez cómo las madres y sus hijos habían sido arrastrados hasta la muerte.

Cuando llegamos a casa, papá no estaba. Mamá se precipitó hacia la oficina del *Judenrat*, donde encontró a un policía judío. Le suplicó que nos dijera qué le había pasado a papá y se enteró de lo siguiente.

Mi padre había preparado un plan secreto. Había reunido a un gran número de niños ya bastante mayores, a unos cien, en el granero que había encima del techo de las oficinas del *Judenrat*. Debió de pensar que los nazis no registrarían aquel edificio o que los miembros del *Judenrat* podrían intervenir para salvar a los niños si les descubrían. Mi padre esperaba que, cuando se terminara la *Kinderaktion*, todos los niños supervivientes pudieran ir a trabajar con nosotros.

No fue un gesto impulsivo e improvisado, sino una operación cuidadosamente preparada. De otra manera, no hubiera sido posible reunir a los niños en secreto durante la noche y llevarlos hasta aquel edificio. Por supuesto, mi padre no nos había contado nada de su proyecto. Mi madre nunca hubiera soportado la tensión si hubiera sabido que su marido estaba arriesgando su vida. Sin perder la calma y sin contar nada de sus planes, mi padre había hecho lo que consideraba justo, pero los nazis les descubrieron, a él y a los niños.

Los nazis los llevaron a todos hasta el Fuerte Nueve, en lo alto de una colina situada en el exterior del gueto. Mi madre suplicaba al policía judío que fuera hasta allí y que tratara de salvar a papá. El policía salió inmediatamente hacia aquella colina, pero antes de que llegara, los nazis habían asesinado ya con metralletas a todos. Esto es lo que nos contó a su vuelta.

Dos mil niños fueron exterminados en la *Kinderaktion*. Los niños, que eran nuestra esperanza para el futuro, que se habían mantenido con vida durante casi tres años a pesar de todo, ahora estaban muertos. Cuando todavía vivían, podíamos rezar y esperar que lograríamos sobrevivir y reconstruir nuestras vidas. Pero después de la masacre de los niños, ¿qué esperanza nos quedaba a los adultos? Su muerte me daba la impresión de tener cien años. Yo ya no pertenecía más a la generación de los niños. Era una adulta.

Papá no tenía ninguna necesidad de intentar salvar a los niños. Debería haber sabido que era un acto sin esperanza. Pero él era así; siempre hacía más por los demás que por su propia familia. Y ahora nosotros le necesitábamos desesperadamente.

Hasta la muerte de mi padre, mamá se había comportado de forma heroica. Nunca me había permitido ver cuánto estaba sufriendo. Había días en los que yo estaba a punto de capitular. Mientras íbamos a trabajar, cuando marchábamos la una al lado de la otra, cuchicheábamos muy bajito para que los vigilantes no pudieran escucharnos. Estaba prohibido cualquier tipo de conversación. Si nos veían hablando, podían matarnos.

No obstante, yo hablaba con ella en voz baja:

—Voy a abandonar la fila y a huir hacia el bosque. No me importa si me matan. No puedo trabajar así toda mi vida.

Ella me cogía de la mano, porque temía que pudiera cumplir ese propósito fatal.

—No te hagas matar por nada.

—Me da todo igual.

Yo era una adolescente convirtiéndome en una mujer, y ¿qué futuro me esperaba? Pero mamá me consolaba. Me tranquilizaba. Me aseguraba que no haría aquel trabajo repugnante en el hospital durante toda mi vida; la guerra terminaría; los nazis la perderían; y seríamos liberados todos juntos, si permanecíamos todos juntos. En el hospital militar, mi madre se las arreglaba para resistir. Tenaz, limpiaba las flemas y el pus de los soldados nazis heridos y no mostraba su humillación.

Pero después del asesinato de mi padre, mamá se convirtió en una sombra de sí misma. Todo cambió de forma brutal. Perdió las ganas de vivir con sólo cuarenta años. Comprendí que, a partir de entonces, tendría que ser yo quien llevara el timón, pero ¿de dónde iba a sacar las fuerzas, la voluntad y el valor? Curiosamente, me llegaron cuando no tenía ninguna otra elección.

Había que continuar trabajando. Los nazis no daban casi tiempo para llorar a sus víctimas y no tenían ningún tipo de consideración con el luto. El amado esposo de mi madre, su compañero desde hacía veinte años, acababa de ser asesinado, y mi madre tenía que volver al *Kriegslazarett* al día siguiente para limpiar las inmundicias de los soldados enfermos. De repente, yo había perdido a mi padre, al que admiraba profundamente y cuya presencia guiaba mi vida; ahora tenía que sacar de mí misma la energía que le faltaba a mi madre y que nos daría fuerzas para continuar.

Mi padre había sido la figura dominante de la familia, y mamá y yo habíamos dependido de él, habíamos contado con él, habíamos tenido necesidad de él. Ahora que ya no estaba con nosotras, tanto mi madre como yo teníamos que aprender a vivir solas.

Nos sentíamos como dos nadadoras exhaustas en mitad de una corriente. Cada vez que una de las dos se hundía, la otra debía encontrar fuerzas para mantener su cabeza a flote. Al principio, fui yo la primera en salir a la superficie y respirar. Era un poco más fácil para mí, pues yo era más joven y más resistente.

Comprendí de inmediato que yo era lo único que mantenía a mi madre con vida y también que, por mi parte, yo no podría sobrevivir sin ella. Ella me tenía sólo a mí y yo la tenía sólo a ella. Y después de la muerte de mi padre, me correspondía

convertirme en más responsable, más activa.

Ni mi madre ni yo podíamos sacar esta fuerza de la religión. Durante toda su vida, mi padre había sido un hombre profundamente religioso, y su devoción no se había limitado a mantener los ritos. Había persistido en su religión en las circunstancias más difíciles, en condiciones imposibles. Mi padre había perdido todo lo que había construido, todo por lo que había trabajado durante toda su vida, pero siempre había afrontado la adversidad con coraje, sin renunciar jamás a su fe.

No podré olvidar nunca su forma de rezar, todas las mañanas, en nuestra miserable habitación, pequeña y llena de cosas, con su túnica blanca y su *tefillin*. La fe en Dios había sostenido a mi padre mientras vivió en el gueto, pero yo no podía creer más en Él, cuando había permitido que asesinaran a mi padre.

Cuando íbamos a trabajar antes de la muerte de mi padre, mi madre siempre me había ahorrado los trabajos más duros, los más repugnantes. Pero después de su muerte estaba demasiado hundida para enfrentarse también a todo aquello, y fui yo la que asumí nuestro trabajo. Con el tiempo, mamá se recuperó un poco y nos convertimos en socias igualitarias en el proyecto de sobrevivir.

Nos sacrificábamos la una por la otra. A muchas personas les gusta hablar de “autosacrificio”; en nuestro caso, esta palabra estaba perfectamente justificada. Mi madre se daba cuenta de que, gracias a ella, yo tenía a alguien por quien vivir. Y yo sabía que, gracias a mí, ella tenía también a alguien por quien vivir.

No había escuela en el gueto, no obstante estaba recibiendo una educación; aprendía lo que era la confianza en mí misma y la resistencia. Antes de vivir en el gueto, yo iba siempre bien vestida y nunca supe lo que era el hambre. Nunca tuve que realizar otra tarea que no fuera cumplir con mis deberes escolares. La única cosa que me había preparado para la vida en el gueto había sido, sin duda, mi fuerza de voluntad. Yo estaba siempre dispuesta a superar cualquier obstáculo bajo cualquier circunstancia. Nada podía desanimarme. Tenía mucho carácter, y mis padres habían valorado siempre esta característica de mi personalidad.

Mi infancia terminó de forma brutal en 1941. Cuando salí con mi familia de la cámara frigorífica de la carnicería de Jonas, dejé de ser niña; pero todavía no estaba preparada para ser adulta. El gueto deformó mi desarrollo. Ya no celebraba los cumpleaños, ya no pasaba de un curso a otro, ya no había fechas que marcaran un desarrollo regular hacia la edad adulta.

Viví durante tres años en el gueto. Físicamente, era pequeña y poco desarrollada. No recibí una alimentación lo suficientemente buena para crecer de forma sana. Además, cada día, durante esos tres años, tuve que combatir en mi mente contra aquella crueldad insensata y soportar en mi corazón un miedo y una pena monstruosos. Pasé tres años en el gueto, pero interiormente luchaba por continuar siendo la misma, por seguir siendo la niña que había sido hasta 1941. Me burlaba de mí misma por seguir estando unida a una muñeca, pero me agarraba a Leslie, a la que había traído conmigo desde Francfort. Me esforzaba por aferrarme a recuerdos de mi

infancia como el piano de mi madre, sus vestidos bordados, la pipa de mi padre, su *yarmulke* de satín negro o la estrella judía de color rojo de la cofia de Candy. Tal vez ése fuera el único camino para evitar que mi ánimo cayera en un precipicio de forma irreparable.

La guerra parecía no terminar nunca. No sabíamos si los judíos podrían vivir de nuevo algún día como personas normales y libres. Habían pasado tres años, pero en el gueto nos parecieron una eternidad. Durante aquel tiempo envejecí medio siglo.

Los últimos meses en el gueto fueron los peores. Todos estábamos destrozados por el dolor. Las condiciones de vida empeoraban; la comida escaseaba. Los alemanes nos hacían trabajar cada vez más, pero presentíamos que perderían la guerra. Y llegó el verano de 1944. Los aliados desembarcaron en Normandía. Circulaban rumores alentadores. Escuchábamos conversaciones entre los alemanes. El Ejército Rojo se acercaba y se abría paso la esperanza.

Si conseguíamos sobrevivir día tras día quizá viviéramos lo bastante para ver nuestra liberación por las tropas rusas que avanzaban. Suponíamos que los alemanes intentarían destruir el gueto antes de abandonarlo. Nuestro único objetivo consistía en que no nos mataran o deportaran antes de la llegada de los rusos. Jakob comenzó a prepararse. Construyó un búnker en el sótano de nuestra casa donde podríamos escondernos.

El hospital militar en el que trabajábamos recibía permanentemente nuevos heridos, lo cual era alentador por dos razones: por una parte, veíamos que el enemigo sufría bajas y, por otra, creíamos que los alemanes nos mantendrían con vida mientras tuvieran necesidad de nuestra ayuda para limpiar en el hospital.

El 8 de julio de 1944 comenzaron a juntar a todos los judíos que quedaban en el gueto y a desplazarlos en vagones de tren repletos. Esta vez no hubo ningún tipo de selección. Todos tuvimos que abandonarlo.

La disolución del gueto se realizó por la noche. Los alemanes actuaron sin darnos ningún tipo de aviso previo. Nos convocaron a todos en la plaza y nos advirtieron que quienes se quedasen en sus casas serían perseguidos y asesinados. Aquel día podíamos escuchar cañonazos de los rusos en la lejanía, un ruido alentador pero terrorífico al mismo tiempo.

Sólo teníamos dos posibilidades, y las dos eran igual de espantosas: presentarnos voluntariamente en la plaza y dejarnos meter en los trenes o intentar escondernos. No conocíamos el destino al que nos enviarían, pero sí sabíamos que si nos descubrían en el escondite nos matarían allí mismo. El hermano de mi madre, Jakob, y sus padres decidieron correr este riesgo y esconderse en el búnker que habían construido.

“Somos demasiado viejos”, explicaba mi abuelo, y yo sabía que tenía razón. En el lugar al que nos llevasen habría selecciones continuas, y las personas mayores serían las primeras en morir. Pero yo era joven y mamá no era demasiado vieja. Podríamos superar las selecciones y continuar trabajando. Podríamos vivir. Si Jakob venía con nosotras, él podría sobrevivir también; pero decidió permanecer con sus padres, con

la esperanza de que no les descubrieran los alemanes en sus registros.

Anunciaron por altavoces que los judíos debían reunirse inmediatamente en la plaza. Mamá y yo nos despedimos de Jakob y de mis abuelos y les dejamos en nuestra casa. Quizá sobrevivieran. Teníamos esa esperanza. No teníamos otra elección.

Cuando salimos del gueto nos prohibieron llevar cualquier tipo de objeto con nosotros. Por tanto, abandoné a Leslie, el último fragmento de mi infancia, escondida debajo de mi cama. Quizá pudiera volver a buscarla cuando terminara la guerra.

Nos reunimos en la plaza, y los alemanes nos llevaron hasta la estación de tren. No recuerdo haber tenido precisamente miedo. En el fondo, una parte de mí se alegraba de abandonar el gueto, convencida, sin ningún motivo, de que nada podría ser peor que aquella vida. Ante todo, estaba aturdida por la pérdida de tantos seres queridos: mi padre, mis abuelos, mi tío; y, además, mi casa. No me quedaba nada de todo lo que había sido mío. Me agarraba como una lapa a mi madre. Manfred y su mujer también iban con nosotros entre aquella multitud.

En los andenes había muchos soldados que gritaban y nos golpeaban, dándonos órdenes a gritos y aterrizándonos. La confusión y el pánico eran totales, pero todo iba muy rápido. En un par de horas separaron a los hombres de las mujeres y nos metieron a todos en los vagones. A Manfred se lo llevaron con los hombres antes de que mi madre y yo pudiéramos despedirnos de él. Dita, su mujer, estaba desesperada, pero a nosotras nos separaron también de ella. No entendíamos por qué separaban a los hombres y a las mujeres. Si alguien aún tenía la fuerza mental para suponer algo, podía pensar que era un ejemplo más de crueldad gratuita.

Los alemanes nos contaron y nos metieron en vagones de ganado mugrientos y sin ventilación, como si fuésemos bestias. Era un caluroso día de julio. No teníamos agua para beber. Sólo el hecho de tener que esperar en los vagones inmóviles, bajo un sol abrasador, era ya una tortura. Por fin, ya de noche, engancharon una locomotora a los vagones y el tren salió de Kowno. Por las ranuras de las paredes del vagón podía ver cómo se quemaban algunas partes del gueto. No había ningún incendio en el barrio en el que vivían mis abuelos. Quizá sobrevivieran.

Ante el fuego

*D*esde el gueto de Kowno en llamas, el tren nos llevó al campo de concentración de Stutthof, donde me separaron de mi madre en el proceso de selección. Allí fue cuando pasé al lado de las condenadas a la cámara de gas, cuando cambié mi ropa por la de mi madre y cuando conseguí llevarla hasta el grupo de mujeres que tenían suficiente buena salud para matarse a trabajar antes de morir en la cámara de gas y en el horno crematorio. Después de la selección, los vigilantes nos hicieron colocarnos en filas delante del pórtico del campo de concentración para enviarnos a los campos de trabajo polacos. Durante los meses siguientes, la mayoría de las mujeres moriría allí de insolación, agotamiento, hambre o de alguna enfermedad. Yo no podía saberlo entonces, pero a mi madre y a mí nos volvieron a enviar a Stutthof, donde ninguna ingeniosidad mía hubiera podido salvarnos la vida.

Después de haber conseguido escapar por las fisuras del inmundo orden nazi y salvar y mantener a mi madre conmigo, estábamos la una junto a la otra, en silencio, en la larga columna de mujeres a la entrada del campo de concentración. No reconocía ninguna cara a mi alrededor. Nadie hablaba. De pie, esperábamos. Detrás de nosotras, continuaba la selección. Escuchábamos los pasos arrastrados de las mujeres, sus sollozos cuando les separaban de sus seres queridos, los gritos violentos de los vigilantes que empujaban a las mujeres hacia su destino, cómo se cerraban las puertas de forma brutal, los gruñidos de los perros.

En silencio, yo hacía recuento de lo que me quedaba: un par de chanclos de madera, la ropa vieja de alguna persona extraña que llevaba puesta y, ante todo, la alegría de que mi madre viviera todavía. Las dos estábamos muy débiles. La terrible prueba que acabábamos de superar nos había dejado extenuadas, y casi no teníamos fuerzas de reserva. No habíamos comido prácticamente nada desde que nos habían sacado del gueto de Kowno. Tampoco habíamos dormido casi durante el viaje, hacinadas en el vagón de ganado. El suelo del vagón estaba cubierto de excrementos, sobre los que se habían desplomado las mujeres que se desmayaban, a punto de morir por agotamiento y de ahogarse por la falta de aire. Habíamos llegado a Stutthof en un estado de embotamiento mental, físico, espiritual y moral tal que no nos quedaba prácticamente energía para soportar la violencia a la que nos habían sometido durante los preparativos de la selección y durante la propia selección. En aquel momento estábamos todavía más extenuadas.

Despojadas de toda esperanza, nos quedamos esperando al sol. Necesitaron mucho tiempo aún para reunir a un número suficiente de mujeres y cumplir así sus objetivos. Vigilantes armados hasta los dientes custodiaban nuestra fila por los dos lados, como si nosotras, pobres mujeres agotadas, tuviéramos fuerzas para organizar una rebelión contra el ejército alemán. Para algunas, sólo el hecho de permanecer de

pie en la fila ya era suficiente para agotarlas.

Los guardianes nos vigilaban con indiferencia, pero yo sabía que en cualquier momento podían perder el control de sí mismos y explotar de repente con violencia. Tenía miedo de que mi madre se desmayara y se desplomara en el suelo, ya que los *kapos* se precipitarían para matarla allí mismo donde se hubiera caído. Aquella misma mañana había visto cómo una *kapo* mataba a una mujer a patadas sólo para divertirse.

Este incidente había tenido lugar en un hangar muy grande en el que nos habían distribuido la ropa. Las *kapos*, mujeres alemanas con uniforme, circulaban entre nosotras para asegurarse de que acabáramos lo más rápido posible y para impedirnos recuperar cualquier cosa que pudiéramos haber escondido en el forro de la ropa para cambiarlo a otro escondrijo. Una de las presas, de unos treinta años, preguntó algo a la *kapo*. No escuché lo que le preguntaba, pero sin duda no era ni sarcástico ni impertinente —aunque me hubiera gustado que así hubiese sido, cuando vi lo que pasó—. Sin avisar, la *kapo* se volvió y la golpeó con un gran movimiento de brazos, concentrando en el golpe toda la fuerza de su robusto cuerpo. La presa, cruelmente golpeada en el cuello, se desplomó en el suelo. Y allí mismo, mientras la infeliz gemía retorciéndose de dolor, intentando débilmente protegerse con los brazos, la *kapo* se puso a saltar con los pies juntos encima de ella. La presa comenzó a chillar de dolor, pero pronto se calló de forma repentina y se desvaneció. Cuando murió, la *kapo* dio la vuelta al cuerpo con su pie. Miró a su alrededor con una sonrisa de satisfacción y limpió cuidadosamente sus botas en la ropa de la muerta.

Después llamó a otras dos presas, que se aproximaron aterrorizadas: “Llevaos esta basura”, les ordenó. No se atrevieron a preguntarle adonde había que llevar el cadáver. Lo levantaron por los pies y por la espalda y se lo llevaron fuera. Poco tiempo después, cientos de pies pisaron el lugar donde había sido asesinada aquella mujer y no quedó ni la menor señal del crimen, excepto un miedo atroz que tapizaba el corazón de todas las mujeres que lo habíamos presenciado.

“Mamá”, susurré, “ahora hay que ser fuertes. Tenemos que aguantar”. Ella me miraba extenuada. “Mamá, resistiremos. Viviremos las dos”.

Por fin, después de no sé cuánto tiempo, nos hicieron avanzar, franquear las puertas del campo de concentración e ir hasta una vía férrea secundaria, donde nos obligaron a subir de nuevo a los mismos vagones repugnantes que nos habían llevado hasta Stutthof. Nadie los había limpiado; sólo habían sacado los cadáveres.

Cuando se volvieron a cerrar las puertas y echaron los cerrojos, algunas presas intentaron imaginarse adónde nos llevarían los alemanes. Y cuando el tren se puso en marcha, intentaron determinar qué dirección habíamos tomado, como si eso nos pudiera dar algún tipo de control sobre nuestra situación. No sabíamos si íbamos a viajar un día o una semana o solamente un par de horas. El horror de la incertidumbre era casi más espantoso que el propio espectro de la muerte con el que nos acabábamos de encontrar en el campo de concentración.

Aquella tarde, después de haber viajado un par de horas hacia el Sur, nos hicieron bajar del tren cerca de la ciudad polaca de Torun.

Allí nos repartieron en varios grupos y nos enviaron a diferentes campos de trabajo más pequeños, en los que no existía ningún tipo de instalación acondicionada. Teníamos que dormir al aire libre, encima de la tierra, de dos en dos bajo una delgada manta. Teníamos que lavarnos en cubetas y cubos y hacer nuestras necesidades en una letrina. Día tras día, llevábamos la misma ropa, que estaba ya tiesa, con una costra de sudor y mugre que constituía una parte más gruesa que los delgados hilos que conformaban el tejido gastado. Nuestro único alimento era una sopa infame de mondas de patata. Todavía hoy día, siento el crujido de los trozos de tierra de las mondas entre mis dientes cuando pienso en aquella sopa.

A mi madre y a mí nos enviaron a excavar trincheras contra los tanques para defender la ciudad del avance del ejército ruso. Era el trabajo más duro que habíamos hecho nunca. Pero igual que en el gueto, me esforzaba por mantener la sonrisa cuando iba a trabajar. A pesar del horror de todos los sufrimientos, hacía todo lo que podía para encontrar una forma de apreciar la vida: un poco de calor del sol, una brizna de hierba que mordisquear, un sueño. No teníamos ninguna esperanza, pero me esforzaba por tenerla y trataba de animar a las otras presas para que tuvieran un aspecto menos triste.

Los alemanes nos daban el trabajo más duro e ingrato que podían. Con pico y pala, teníamos que excavar zanjas profundas y alisar la tierra de las paredes. Mi madre no tenía fuerzas para hacerlo, pero yo era una buena obrera. Las trincheras contra los tanques eran de tres o cuatro metros de profundidad. Para proteger a mi madre, era yo la que realizaba los trabajos más duros. Aunque era casi una niña, tiraba desde el fondo del hoyo las paladas de tierra muy alto, por encima de mi cabeza. Trabajaba encajonada en la sombra de aquellas altas paredes de tierra, vigilada desde lo alto por un soldado armado con una metralleta que sonreía irónicamente al ver cómo me cansaba aquel trabajo. Al *kapo* le encantaba verme sufrir. Me parecía como si estuviera en la cima de una montaña y mirara hacia abajo para verme sacar una palada de tierra detrás de otra, por encima del borde de la zanja. Yo apenas tenía fuerzas para levantar el brazo, y menos aún para levantar la pala cargada de tierra, que era demasiado pesada. Pero como era una buena obrera, los vigilantes daban a mi madre un trabajo más fácil; ella igualaba y alisaba la tierra de las paredes de la zanja. Trabajando bien, también ganaba una ración suplementaria de la sopa diaria, que compartía con mi madre. Yo no trabajaba para los alemanes; trabajaba para mi madre.

Los días no habían sido así de largos desde nuestra estancia en la cámara frigorífica de Jonas. Nos despertaban al alba a gritos y a golpes; después teníamos que formar filas para que nos contaran. No éramos muchas, unas cien, pero el recuento matinal podía durar mucho tiempo si los vigilantes tenían ganas de atormentarnos. Más tarde, nos escoltaban hasta los campos en los que teníamos que

excavar las trincheras contra los tanques. Era una marcha de varios kilómetros de ida y otros tantos de vuelta; pero nadie me hablaba con amabilidad, como había hecho Benz en el gueto. Cada día era igual que el anterior. Cuanto más profundo excavábamos, más alto había que arrojar la tierra. Mis brazos y mi espalda me atormentaban desde el alba hasta el atardecer y, después, también durante toda la noche. Nos íbamos a dormir con el estómago vacío sobre un poco de hierba seca que amontonábamos para amortiguar la dureza del suelo, pero no descansábamos lo suficiente para recuperar fuerzas.

Las horas transcurrían marcadas por el ritmo de los golpes de los picos, por el balanceo de las palas, por la tierra que cambiábamos de lugar. Los nazis nos hacían trabajar rápido —si no lo hacíamos, nos golpeaban— y tuvimos que aprender trucos para ahorrar energía. Había que aprender a descansar entre dos golpes de pico, sin que pareciera que estábamos descansando. Mientras excavábamos, rezábamos para que aquellos puestos de defensa que estábamos construyendo no consiguieran su objetivo contra el Ejército Rojo cuando viniera a liberar Torun. Rezábamos para que el Ejército Rojo llegara como una tormenta de fuego y destruyese todos los tanques alemanes.

Los días pasaban lentamente con este trabajo agotador. Como nunca comíamos lo suficiente, adelgazábamos, nos debilitábamos, y el trabajo nos parecía cada vez más penoso. Cada día era un día sin final, y, sin embargo, los días pasaban rápido, ya que el frío otoño se aproximaba anunciando el feroz invierno polaco.

Casi no hacíamos amistades entre las presas. Había pocos signos de solidaridad entre nosotras. Nadie tenía fuerzas para ello. Eramos como bestias rendidas que no pensábamos en otra cosa que en el medio para conseguir un poco más de comida, un poco más de descanso, en la forma de impedir que nos pegaran. Dormíamos a la intemperie sobre delgados jergones de hierba seca que recogíamos nosotras mismas y teníamos una manta áspera para dos. El campo estaba en una colina y no tenía vallas, pero no había ningún sitio al que poder huir. Nos encontrábamos en territorio hostil. Los *kapos* tenían una tienda de campaña y, cada tarde, se reunían alrededor de un gran fuego. Pretendían hacernos ver lo bien que ellos comían, mientras nosotras nos estábamos muriendo de hambre.

Los *kapos* eran elegidos por su crueldad, que parecía ser su principal y única cualidad. El jefe de los vigilantes era un auténtico criminal. Aprendimos muy rápido a no cruzarnos en su camino. A todos los *kapos* les gustaba vernos sufrir; nos atormentaban y torturaban hasta que nos desplomábamos y moríamos.

Yo tenía siempre hambre. Todas las noches soñaba con pan con mantequilla y con una taza de chocolate caliente; eran sueños en technicolor, en los que yo tenía toda la comida que quería, tazas y tazas de chocolate bien caliente y espeso y pan crujiente con mucha mantequilla. Estos sueños eran el extremo opuesto de las minúsculas porciones de alimento infame que nos distribuían y que se resumían en aquella sopa acuosa en la que se bañaban mondas de patatas con trozos de tierra que crujían en los

dientes. Preparaban la sopa en el campo y nos la llevaban.

Por suerte, yo era todavía una tierna adolescente. De vez en cuando, con una sonrisa amable, podía conseguir que un soldado sintiera piedad de mí y me lanzara un trozo de pan. La mitad de un emparedado era un inmenso tesoro. Compartía estos golpes de suerte con mi madre.

Como en el gueto, también había mujeres que se acostaban con los *kapos* para obtener comida suplementaria y algunos favores. Mi madre no aprobaba este comportamiento, pero me daba a entender que podía hacerlo si ello significaba salvar mi vida; esta perspectiva me parecía horrorosa. Yo estaba resuelta a no acostarme con ningún soldado, excepto en el caso de que no tuviera ninguna otra solución posible.

A pesar de la cruel brutalidad de nuestra vida en el campo de concentración, a pesar del miedo y de la degradación, a pesar del dolor físico y del hambre, yo quería continuar viva por encima de todo. Era perseverante, y los sueños y las plegarias me ayudaban a soportar el sufrimiento. Luchaba para que mi madre se mantuviera animosa y nunca permití que se apagara la esperanza en mí.

A veces, nos llegaba la noticia de que los rusos estaban avanzando. Pero, ¿por qué tan lentamente? Todavía esperábamos que vinieran a liberarnos. Era una bendición poder conservar la esperanza, ya que era lo único que podía mantenernos con vida. Y, además, la cólera nos daba fuerzas. Sentíamos cólera contra el mundo. ¿Dónde estaban todos? ¿Cuánto tiempo tenía que pasar todavía hasta que los aliados vencieran a los nazis? Sabíamos que los alemanes terminarían perdiendo algún día la guerra, y nos aferrábamos a la vida para poder asistir a la llegada de ese día.

Los meses pasaban, y el clima era cada vez más frío. No veíamos ninguna señal del avance de los rusos. Pero el invierno se aproximaba. A comienzos del otoño, el viento frío y húmedo traspasaba ya nuestra delgada ropa. Era como si estuviéramos desnudas. No teníamos ningún otro refugio que una especie de barracón improvisado, y no había ningún sitio para lavarnos. Un viento sin piedad nos enrojecía y agrietaba la piel. La tierra se metía por los sabañones y nos dolían muchísimo cuando teníamos que doblar los dedos.

Entre nosotras, las presas, no teníamos gran cosa que decirnos. Si yo no hubiera tenido a mi madre, habría estado completamente sola. La soledad me hubiera debilitado tanto como el trabajo y el hambre. Tanto a mí como a mi madre, el hecho de tener a la otra como protección nos daba fuerzas para continuar.

Excavábamos zanjas gigantescas en una inmensa explanada, totalmente aisladas del resto del mundo, lejos de todo, abandonadas. Estábamos en los huesos. Nos tambaleábamos más de lo que avanzábamos. Recuerdo que me preguntaba a mí misma, mirando a mis compañeras de esclavitud, cómo lograrían tenerse todavía en pie y cuándo morirían. Yo debía estar como ellas, pero no había ningún espejo en el que pudiera mirarme. Sobre todo, me preocupaba por mi madre y rezaba para que mantuviera sus fuerzas y su salud. Tenía que mantenerla con ánimo hablándole del

futuro, contándole lo felices que seríamos cuando terminara la guerra. Yo era más fuerte que ella y me esforzaba por evitarle todas las penalidades que podía.

Cada vez estábamos más débiles. Cuando una mujer se debilitaba demasiado o caía enferma sin esperanza de recuperación, la mandaban en tren a Stutthof para enviarla a la cámara de gas y al horno crematorio. La muerte era algo cotidiano.

La vida se hizo más dura con la llegada del frío. Los mangos de las herramientas se helaban y parecían cada día más pesadas. Ya no teníamos fuerza para cogerlas y manejarlas correctamente. Lo único bueno del trabajo que hacíamos era que, en el fondo de la trinchera, contra los tanques, estábamos protegidas del viento.

Cuando llovía, la tierra se transformaba en un barro espeso, tan pesado que casi no podíamos sacarlo del hoyo. Trabajábamos todo el día bajo una lluvia heladora, sin otra protección que nuestra delgada ropa de presas, hundidas en el barro hasta los tobillos o hasta las pantorrillas. El lodo se metía en nuestros chanclos y hacía que se nos salieran de los pies. Cuando paraba de llover, y si el viento no era demasiado fuerte, nos reconfortaba un poco de sol, pero cuando la tierra se secaba se hacía más fría y dura, como cemento, y costaba el doble excavarla.

Un día soleado levanté el pico con todas mis fuerzas para picar un trozo de tierra especialmente dura, pero la fatiga desvió mi golpe y el pico me dio en la pierna. El dolor me fulminó y me desplomé en el suelo. Mi madre vio lo que me había pasado y se abalanzó a la zanja para socorrerme.

—¿Adónde vas, perra? —gritó el guardián, apuntando con su arma.

—Mi hija, mi hija se ha herido —respondió sin interrumpir su carrera hacia mí. Apenas tuvo tiempo de mirar mi pierna. El *kapo* gritaba.

—¡Vuelve al trabajo, basura! —y después se dirigió a mí—. ¡De pie! ¡No hay ningún descanso!

Mi madre me ayudó a levantarme, pero casi no me tenía en pie. No tenía la impresión de haberme roto ningún hueso, pero mi pierna sangraba abundantemente y comenzaba a hincharse. Mi madre volvió lentamente a su puesto de trabajo con la cara más triste que he visto en toda mi vida.

—Al trabajo inmediatamente —me gritó el *kapo*.

—Por favor, déjeme descansar sólo un minuto. Me he herido gravemente la pierna —le suplicaba.

Si no hubiera tenido reputación de ser una buena trabajadora, el *kapo* me habría matado allí mismo. De hecho, apenas me dio tiempo para recuperarme un poco. No podía ni limpiar ni curar la herida. Me obligaron a continuar trabajando todo el día.

Esa noche, el dolor no me dejó casi dormir. Pero el miedo era peor que el dolor. Una herida grave significaba una sentencia de muerte. Y yo no podía aceptar eso.

Al despertarme, mi madre me preguntó con preocupación: “¿Cómo está tu pierna?”. La examinamos. Tenía un aspecto espantoso. Sentí que desfallecía sólo con mirarla. La pantorrilla estaba hinchada; la piel no tenía color. Me dolía horriblemente, pero meforcé por levantarme.

Cojeaba cuando me levanté y también después del recuento y de los habituales insultos; y cojeaba todavía cuando llegué al lugar donde nos daban lo que denominaban desayuno, una escudilla con un líquido templado y acuoso, supuestamente un sucedáneo del café, y una pequeña rebanada de pan duro, seco y mal cocido. Después, nos colocamos en filas para ir a trabajar. Fue allí cuando me di cuenta de que sería absolutamente incapaz de caminar tres o cuatro kilómetros a través de los campos embarrados y llenos de surcos. Me dejé caer al suelo, llorando. Suponía que aquél era el final para mí.

Aquel día me dejaron descansar, pero redujeron mi ración a una sola escudilla de sopa, porque ya no era productiva. Un día de descanso evidentemente no era suficiente. Cuando mi madre volvió del trabajo aquella tarde no necesitó preguntarme cómo me sentía. Gemía de dolor.

El tiempo se eternizaba. ¿Duró aquello un día o una semana? Lo ignoro. Estaba demasiado enferma para tener conciencia del tiempo que pasaba. Parece increíble que no me matasen. Quizá no lo hicieran porque, hasta aquel momento, había trabajado bien o quizá porque era todavía muy joven y siempre intentaba estar de buen humor e incluso me esforzaba por sonreír a aquellos monstruos sádicos que nos vigilaban. No sé por qué, pero me dejaron tranquila en el cobertizo. Una o dos veces, un guardián menos malvado que los otros me trajo un trozo de pan con un poco de queso o salchicha. Entonces, ningún tesoro en el mundo hubiera podido tener el valor de un emparedado a medio comer.

Las otras presas se preocupaban por mí. Todas proponían algún remedio para mi pierna, pero ninguno funcionaba. La herida, infectada, supuraba, y mi pantorrilla, llena de pus, cambiaba de color rojo a color azul y negro. La inflamación era monstruosa. Mis piernas, como el resto de mi cuerpo, no eran más que piel encima de los huesos, de forma que tenía el aspecto de un esqueleto con una gran bolsa llena de agua sujeta por detrás a la rodilla. Tenía mucha fiebre, y mi estado de delirio me impedía tener miedo. Mi madre se iba a trabajar cada mañana con el corazón en vilo, muerta de miedo. No sabía si me volvería a encontrar a su vuelta. Tumbada junto a mí, lloraba como si se le partiera el alma, y yo tenía que consolarla.

Un día, un médico nazi entró en nuestro barracón y examinó mi pierna. Seguro que los *kapos* no le habían hecho venir para examinarme. Debía de ser una visita de inspección o para examinar a algún *kapo* y, de paso, le habían llevado para ver qué se podía hacer conmigo.

El médico se parecía a cualquier otro oficial nazi; cuidado, tieso, orgulloso y muy desagradable. Con un gesto brusco, me quitó la manta mugrienta utilizando su fusta para no ensuciarse las manos. Examinó mi pierna desde lejos, sin tocarla. El terrible mal olor del pus le hizo torcer los labios de asco, pero permaneció impassible. Después, sin una palabra, sacó una navaja del bolsillo, la abrió y sajó el absceso. Cortó con decisión en carne viva. El dolor me invadió todo el cuerpo y me cegó momentáneamente. El pus y la sangre salían a chorros de la herida. Olía tan mal que

el médico tuvo que echarse hacia atrás y volver la cabeza hacia el otro lado.

El dolor tardó en calmarse, pero no me atreví a gritar. Si lo hacía, corría el riesgo de que el médico nazi se sintiera contrariado y sacara su revólver para meterme una bala en la cabeza. Eso lo había visto demasiado a menudo, incluso en el gueto. Sin una palabra, el médico limpió meticulosamente la sangre y el pus de la lama de su navaja, la volvió a cerrar y la metió en su bolsillo. “Será necesario que desinfecte esta navaja”, le escuché refunfuñar. Después, giró sobre los talones y me abandonó en mi inmundo camastro temblando de fiebre. Las punzadas me causaban explosiones fulgurantes de dolor en la pierna.

Cuando me sentí un poco mejor, salí al exterior cojeando para buscar agua y lavarme la pierna. La herida tenía muy mal aspecto, pero, a pesar del dolor, apreté muy fuerte mi pantorrilla para que saliera todo el pus. Después, volví a recostarme en el suelo, con el pie en alto para restablecer la circulación. Cuando mi madre volvió, por la tarde, con la brigada de trabajos forzados, yo había recuperado un poco la esperanza y le anuncié que había recibido cuidados médicos en mi herida y que ahora me curaría seguro.

Nuestras compañeras ayudaron a mi madre a recoger hierba limpia para cambiar la paja empapada de sangre y de pus. Por primera vez desde el accidente, dormí con un sueño apacible. Al día siguiente, como mucho al otro, podría volver a trabajar y, mientras pudiera trabajar, sobreviviría.

Llegó la mañana; me sentí con más fuerzas. Mis piernas todavía no podían soportar mi poco peso, pero estaba convencida de que mejoraría. Tras recibir nuestra pequeña ración de comida, me esforcé en animar a mi madre, que se iba a trabajar. Después, volví al barracón cojeando y me tumbé con el pie en alto. Rezaba para que ningún *kapo* decidiera venir a atormentarme para divertirse, rezaba para que mi madre resistiera, y rezaba para que se curase mi herida. Recé todas las oraciones que recordaba de la época en la que acompañaba a mi padre a la sinagoga, en mi infancia, y pensaba en el maravilloso hombre que había sido. Luego me adormecí y soñé con él. Mi padre estaba en el paraíso, y una voz le explicaba que sus méritos nos salvarían a mí y a mi madre. Tuve también otros sueños felices. Vivía con mis padres en un paraíso que se llamaba Israel, una tierra de leche y miel. Me casaba con un bello agricultor que tenía un naranjal, y teníamos muchos niños muy sanos. Les llevaba hasta una playa con mucho sol y las olas venían a romper a la arena.

Yo tenía fe en mis oraciones, pero aquella tarde me di cuenta de que no habían sido escuchadas. La pantorrilla continuaba infectada. De hecho, la infección se había extendido hasta la parte superior de mi pierna, que comenzaba también a hincharse. Volví a tener fiebre. Desesperada, mi madre pedía ahora consejo a sus compañeras. Ella tenía algunas nociones médicas gracias a su hermano Jakob, que era médico. Como en el campo de concentración no había nadie que supiera más que ella, se decidió a experimentar sus propios remedios.

Calentó arena en una cazuela de hojalata o algo parecido y la envolvió con un

trapo. Puso aquel paquete de arena ardiendo encima de la infección con la esperanza de desinfectar la herida y hacer salir el pus. En efecto, se abrió la herida y salió el pus, pero el tratamiento fue tan doloroso como la herida y la infección continuaba, tenaz.

Al día siguiente me desperté con mucha fiebre, pero tenía todavía suficiente conciencia de mi entorno como para tener miedo y llorar. Estaba convencida de que mi pierna no se curaría nunca. O volvía la infección y moría por un envenenamiento de sangre o los *kapos* me rematarían y tirarían mi cuerpo a una fosa antes de que me muriera por la infección.

No pensé en la tercera posibilidad, que fue la que se convirtió en realidad. Una mañana, tres *kapos*, entre los que se encontraba el jefe del campo, entraron en el barracón en el que estaba, me miraron y tomaron una decisión: “Es un caso sin esperanza. Mañana la enviaremos al hospital”.

Eso fue lo que me dijeron, pero no les creí. Desde que llegamos al campo de trabajo, todos los adultos conocíamos la existencia de las cámaras de gas y de los hornos crematorios. Yo les escuché pronunciar la palabra “crematorio”. Mi madre se esforzaba por ocultarme la horrible verdad. Yo suponía que debía de ser algo abominable, pero no sabía exactamente el qué; y no estaba ansiosa por saberlo. Sin embargo, parecía evidente que los nazis me enviarían a la muerte. Tenía muchísimo miedo y me preocupaba la idea de perder a mi madre para siempre. Había abandonado ya toda esperanza.

No quería contar nada de todo esto a mi madre. Suponía que me llevarían mientras ella y las otras presas estaban trabajando. Cuando volviera del trabajo no me encontraría, pero no tendría necesidad de saber con exactitud lo que había pasado conmigo. Sin embargo, yo era demasiado débil para soportar la idea de abandonar a mi madre para siempre sin haberme despedido de ella. Cuando se acostó junto a mí esa noche, encima de la hierba con olor a podrido, le dije: “Mamá, mañana me envían a Stutthof”. Demasiado abrumada por la tristeza para contestarme, sollozaba a mi lado. “No te preocupes”, le dije, “me han dicho que me envían al hospital. Me curaré y después me volverán a enviar aquí contigo”.

Tanto ella como yo sabíamos que estaba mintiendo. Me estuvo abrazando toda la noche y, al día siguiente, ya había tomado una decisión. Ése fue el momento en el que mi madre se sacrificó por mí. Cuando los *kapos* alinearon a las presas para escoltarlas al campo de trabajo, mi madre les gritó llorando: “Enviadme a Stutthof con mi hija. Yo también estoy enferma. ¿Para qué os sirvo sin ella?”.

A los *kapos* les daba igual. Mi madre no era una buena trabajadora. Una mujer “vieja” de más o de menos no tenía ningún interés para ellos. Encargaron a un *kapo* que nos llevara al tren.

“¡En marcha, especie de cerdas! ¡Al tren!”, gritó, como si el hecho de gritarnos pudiera acelerar las cosas. La vía del tren estaba a uno o dos kilómetros y yo no podía andar. Di un paso y me caí al suelo. El *kapo*, furioso, me dio una patada. “¡De pie,

asquerosa perra!”. Mi madre me ayudó a levantarme. “Llévala tú”, gritó a mi madre. Pasé un brazo por la espalda de mamá e intentó sostenerme, pero también ella estaba demasiado débil. No avanzábamos nada.

Cuando el *kapo* comprendió que mi madre no tenía suficientes fuerzas para llevarme hasta las vías de tren nos ordenó quedarnos quietas. Aparentemente, no sabía muy bien qué hacer con nosotras. Había recibido la orden de meternos en el tren, pero nadie le había dicho cómo hacerlo. ¿Qué iba a pasar?

Estábamos parados, un trío insólito, a veinte o treinta metros de la valla del campo; dos siluetas mugrientas con una ropa apestosa hecha jirones; una mujer demacrada de unos cuarenta años, pero que aparentaba unos sesenta, y una adolescente igualmente demacrada, tan pequeña y tan delgada que podía haber tenido diez años, con una pierna que colgaba inútilmente; y, además, el *kapo*, un joven granuja alemán bien alimentado, vestido con un uniforme limpio y caliente, armado con un fusil y una fusta, que nos miraba con una cruel indiferencia. Y allí estábamos nosotras, en mitad de un gran campo prácticamente desierto. Excepto las casas de los vigilantes, no había ninguna otra a la vista. No existía otra cosa en el mundo aparte del campo de trabajo y, a lo lejos, en la otra parte de una vasta superficie llena de surcos, pasaban las vías de tren. Era un día gris y frío con poca luz, pero no era lo suficientemente frío como para evitar que las moscas revolotearan alrededor de mi herida. En un momento dado, a lo largo de la mañana, tenía que pasar un tren de mercancías; si conseguíamos llegar hasta las vías de tren, nos montarían en él. Si no lo conseguíamos, moriríamos en algún lugar entre las vías del tren y el sitio en el que estábamos en aquel momento.

El *kapo* estaba cada vez más furioso. Yo estaba convencida de que, en cualquier momento, nos mataría de un tiro o nos golpearía hasta la muerte. La frustración le hacía mover el brazo con tics nerviosos. Yo pensaba en nuestros cuerpos miserables arrojados a una fosa y pudriéndose, o simplemente abandonados a los perros errantes en aquel campo. Me dolía muchísimo la pierna y tenía fiebre. Quizá morir se no fuera tan malo si significaba el final de aquel dolor.

Pero fuimos salvadas por una amiga. Una mujer joven de nuestro campo de trabajo nos vio impotentes en mitad de aquella explanada; a mí, incapaz de andar, y a mi madre, demasiado débil para ayudarme. Esta mujer se ofreció como voluntaria para ayudar a llevarme hasta el tren. Fue uno de los gestos más generosos que se puedan imaginar. Ella misma no podía estar segura de tener suficiente fuerza para llevarme tanta distancia. Y si desfallecía, la matarían junto a nosotras. Además, corría el riesgo de que la metieran con nosotras en el tren hacia Stutthof cuando llegáramos las tres juntas a las vías. Aquella mujer sabía todo eso y, sin embargo, cuando se dio cuenta de que necesitábamos ayuda, corrió ese riesgo. Le debo la vida y ni siquiera me acuerdo de su nombre.

Mantuve un brazo alrededor de la espalda de mi madre, pasé el otro por la de esa mujer y nos pusimos a andar en dirección a la vía férrea; el *kapo* caminaba a nuestro

lado, dándonos patadas o latigazos cada vez que consideraba que andábamos demasiado lentas. Las tres éramos solamente piel y huesos y, aunque yo pesaba muy poco, aquella mujer y mi madre casi no tenían fuerzas para sostenerme. Me arrastraron durante unos dos kilómetros.

Andar era difícil por aquel suelo desigual, y tropezábamos constantemente. No sé cuánto tiempo duro todo esto, pero no me acuerdo de ninguna otra cosa en toda mi vida que haya durado tanto. Cada paso era un sufrimiento. Las escuchaba gemir y jadear mientras caminaban, y me daban mucha pena. Pero yo también estaba sufriendo muchísimo. Me resultaba muy difícil evitar que mi pierna mala no tocara el suelo y, cada vez que rozaba algo, aunque fuera una hierba, explotaba un dolor atroz que me hacía temblar por todo el cuerpo. Mis brazos también me dolían. Tenía la impresión de que aquella mujer y mi madre me los estaban arrancando de sus articulaciones. Yo gemía dulcemente. No me atrevía a gritar, porque corría el riesgo de enfadar al *kapo* y, entonces, nos mataría a las tres.

Por fin llegamos a la vía de carga, donde había otro soldado con un pequeño grupo de presas enfermas que ya no eran útiles para los nazis. Sus caras no tenían ninguna expresión; no mostraron ninguna reacción ni a nuestra llegada ni a nada, como si ya estuvieran muertas, como si ya no pudieran sentir nada. El *kapo* nos dejó allí a mí y a mi madre con aquel espantoso grupo y llevó al campo de trabajo a la mujer que se había ofrecido a ayudarnos. Nunca la hemos vuelto a ver.

El vigilante nos dejó sentarnos, pero varias de las otras presas enfermas mostraban demasiada indiferencia para beneficiarse de aquel favor poco habitual. En silencio, esperamos el tren. A mí me dolían los brazos, mi pierna daba punzadas, tenía hambre y sed y sentía tristeza por mi madre, que recostaba la cabeza a mi lado, exhausta por el gran esfuerzo de haberme llevado hasta allí. Le tendí mi mano áspera y apreté la suya. Respondió a mi presión, pero sin tener valor para mirarme. Por lo menos, nuestras almas estaban todavía vivas.

Por fin llegó el tren, una larga sucesión de vagones de ganado. Los vigilantes nos empujaron al interior y nos encerraron dentro. Por lo menos había suficiente espacio y aire, pero apenas teníamos fuerzas para buscar una posición confortable. Permanecimos en el mismo sitio en el que nos habían tirado, encima de la paja sucia que cubría el suelo del vagón. El tren se paraba de repente una y otra vez, y pasaban muchas horas hasta que volvía a ponerse en marcha. Y, por supuesto, nadie nos traía ni agua ni comida.

De vez en cuando, metían a otras mujeres en el vagón. Una de aquellas presas era Hanni, una mujer con la que todavía mantengo contacto hoy día. Había sido enviada a otro campo de trabajo con su madre, que se había debilitado demasiado para continuar trabajando. Enviaban a Hanni y a su madre a Stutthof. Se horrorizó cuando vio hasta qué punto la infección me había debilitado, pero se esforzaba por reconfortar a mi madre. Fue un largo viaje, lento y penoso, hasta el campo de concentración de Stutthof.

Por fin, el tren disminuyó lentamente su velocidad y se paró; los frenos chirriaron. Los vigilantes abrieron las puertas con estrépito. La mayoría de las presas tumbadas en el suelo del vagón estaban demasiado débiles para hablar e incluso para abrir los ojos. Los vigilantes gritaron: “¡Fuera!” Laboriosamente, Hanni nos ayudó a descender a todas, a su madre, a la mía y a mí. Mi pierna me dolía tanto que no podía mantenerme de pie sin ayuda. Muchas otras presas tampoco tenían fuerzas para levantarse. Los vigilantes subieron al vagón y las tiraron a la vía a patadas. Las mujeres se quedaron desplomadas en el sitio en el que las habían tirado. Recuerdo que contemplé con una compasión impotente y horrorizada a aquellas mujeres apáticas, hambrientas y con los cuerpos hinchados debido a una pésima alimentación.

En el campo de trabajo habíamos estado aisladas; habíamos sido un pequeño grupo de mujeres vigiladas de forma no demasiado estricta por personas poco cualificadas; las cosas no se habían realizado siempre con la legendaria eficacia teutona. Pero ahora estábamos en una cadena bien organizada que nos iba a conducir inexorablemente a la muerte.

Nos juntaron en el exterior. Un helador viento de invierno nos azotaba la cara. Los vigilantes nazis, bien protegidos con sus abrigo grandes y calientes, forrados con pieles que nos habían robado a nosotros, los judíos, cruzaban los brazos y chocaban un pie contra el otro para no enfriarse. Nosotras, casi desnudas, apenas teníamos una mínima capa de grasa que nos protegiera del frío, pero muchas de las mujeres que estaban allí se habían vuelto tan apáticas que ni siquiera intentaban protegerse del viento con la espalda.

La primera etapa se llamaba *Entlausung* —despioje—. Realmente necesitábamos que nos despiojaran; estábamos sucias. Despedíamos una auténtica peste, y nuestra ropa y el pelo estaban llenos de piojos grandísimos. Nuestros cuerpos demacrados estaban hinchados por las picaduras de los piojos. Los parásitos nos chupaban la sangre y podían llegar a matarnos.

A quien no podía caminar hasta la *Entlausung* le tiraban en una especie de carreta a la que denominaban *Karre*. Prisioneros comunes polacos, hombres que habían cometido crímenes graves y violentos, se encargaban de tirar de aquellas carretas. Como estaban infinitamente mejor alimentados que los judíos, se encontraban mucho más fuertes y tenían mejor salud que nosotras. Yo me sentía demasiado débil para ir desde la vía de tren hasta la carreta. Hanni y mi madre me sostuvieron y me llevaron hasta ella, donde un prisionero polaco me levantó sin esfuerzo y me tiró encima de un montón de presas medio muertas, llenas de piojos y esqueléticas. Después, tiró a otras mujeres encima de mí y se puso en marcha. Mi madre iba al lado de la carreta que nos llevaba a despiojarnos. A Hanni y a su madre las separaron de nosotras. Su madre murió en las cámaras de gas de Stutthof pero a ella sí la he vuelto a ver después de la liberación.

Había una mujer encima de mi pierna infectada; me dolía muchísimo y faltó muy poco para que perdiera el conocimiento. En la carreta no veía adónde nos llevaban y

tenía demasiados dolores para pensarlo. Cada bache proyectaba la rodilla de alguna otra infeliz contra mi pierna y yo soltaba un grito de dolor. Nadie me ordenó callar. Intentaba cambiar de posición y encontrar una menos dolorosa, pero no lo conseguía. Las otras mujeres prácticamente no se movían. De vez en cuando, escuchaba un gemido ahogado.

En cualquier caso, el viaje terminó muy pronto. El preso que llevaba la carreta la levantó por un extremo y nos tiró a todas por tierra en un amasijo de cuerpos inertes. Yo me separé de las otras mujeres y me puse de pie a pesar del dolor. Nos habían llevado a un enorme hangar cuyo suelo era de tierra batida. Reinaba una confusión extrema. Aquellas de nosotras que éramos conscientes de lo que nos rodeaba estábamos presas por el pánico. Había *kapos* por todas partes, insultando y golpeándonos, aparentemente al azar. Nos obligaron a colocarnos en filas, y otros presos judíos comenzaron a raparnos, evitando nuestras miradas. Los “peluqueros” conocían nuestro destino. No tenían valor para hablar con nosotras. Las tijeras estaban tan mal afiladas que más que cortarme el pelo, me lo arrancaron. Veía caer mi pelo al suelo. Con una escoba, un prisionero letárgico juntaba todo el pelo cortado en una masa enorme.

Por lo menos, mi madre seguía a mi lado. A ella también la habían rapado. Le lancé una breve mirada. Mis ojos se empañaron y aparté la vista.

Después de la tonsura hubo una selección. Algunas de nosotras iban a ser quemadas de inmediato; otras tendrían que esperar su turno. En todas las selecciones que habíamos pasado hasta aquel momento había sido siempre mi madre la que había estado en peligro y yo la que había estado casi siempre segura de conseguir superarlas. Pero esta vez era mi madre la que se ponía delante de mí para intentar ocultar mi estado. A ella la enviaron a la derecha. Luego, llegó mi turno. A pesar de todos mis esfuerzos para parecer vigorosa y sonreír con entusiasmo, el médico de las SS se dio cuenta de que tenía que luchar por sostenerme con un solo pie y me envió a la izquierda.

Mi madre se había quedado rezagada para saber cuál sería mi suerte. Cuando escuchó el veredicto se dio media vuelta para abrazarme. Nos aferramos la una a la otra sollozando. No nos importaba que nos insultaran o que nos pegaran hasta la muerte. ¡Nos habíamos mantenido con vida la una a la otra durante tanto tiempo! ¡Habíamos perdido ya tanto! Pero había llegado el final. Me despedí de mi madre. Era una separación insoportablemente dolorosa. Nos sentíamos más desconsoladas por la otra que por nosotras mismas.

Hasta aquel momento yo siempre había negado el final irremediable que nos esperaba, pero ahora ya no había ninguna forma de negarlo. Nos agarramos la una a la otra, y los vigilantes comenzaron a chillarnos; poco después se abalanzaron sobre nosotras para separarnos a la fuerza. Arrastraron a mi madre hasta el pequeño grupo de mujeres que debían esperar un poco más hasta ser asesinadas y a mí me juntaron con las presas terminales, a las que denominaban *Mussulmen*, escogidas para la

exterminación inmediata y sin ningún tipo de esperanza.

Intercambiamos las últimas palabras. “Valor, mamá”, le grité en alemán. “Intenta permanecer viva”.

En aquel momento, una mujer vestida de civil se acercó a mí. Supe más tarde que era la secretaria del comandante jefe del campo. Por lo visto, había asistido a nuestra despedida y nos había escuchado hablar en alemán.

—¿Es su madre? —me preguntó. Yo le respondí que sí.

—Es horrible —dijo—. Horrible.

—¿Qué puede haber más horrible que la muerte? —le pregunté.

—No, esto es mucho más horroroso —respondió, alejándose rápidamente—, mucho más horrible.

Y olvidé a aquella mujer.

En ese momento, los *kapos* nos ordenaban quitarnos la ropa y tirarla a un enorme montón. De forma brutal, desvistieron a las mujeres que estaban demasiado débiles para comprender o ejecutar su orden. Despojada de mi pelo, de mi ropa y de mi madre, me habían reducido a la nada más absoluta. Lo único que me quedaba eran mi piel, mis huesos y la virulenta infección de mi pierna.

Las otras presas que me rodeaban, las *Mussulmen*, parecían estar ya muertas. Habían pasado hambre y habían sido maltratadas hasta perder la conciencia. Con el pelo rapado, sus cabezas parecían cráneos desnudos de cadáveres cuyos ojos enormes y petrificados miraban con indiferencia su destino.

Hacia cualquier lugar al que mirase no había nada más que cuerpos desnudos de mujeres, tan demacradas y destrozadas por las largas privaciones que ya no tenían aspecto de mujeres —de madres, de esposas, de hijas, de mujeres que no hacía mucho tiempo habían hecho el amor, que habían procreado, amamantado a sus hijos—. Habían sido reducidas a una caricatura de sí mismas. Cerré los ojos para huir de aquel espectáculo monstruoso, de aquel inmenso hormiguero de huesos, apenas cubiertos de piel, y de cabezas calvas. Tenían la piel llena de cardenales, de heridas y de picaduras de insectos. Los ojos eran lo único humano que les quedaba; en cierto modo, eran más que humanos en contraste con el resto del cuerpo. Sus ojos imploraban piedad; suplicaban: “Ahora, dejadnos morir en paz”.

Incluso manteniendo los ojos bien cerrados, no podía expulsar de mí aquella visión. Traspasaba mis párpados con una fuerza mucho mayor que cuando tenía los ojos abiertos.

Ya no sentí nada excepto desesperación y dolor; el dolor de mi pierna, el de mi estomago hambriento desde hacía meses y la infinita tristeza de mi corazón por haberme separado de mi madre.

Crucé los brazos y me sostuve en equilibrio, más mal que bien, sobre mi pierna buena.

Estábamos en un inmenso hangar; hacía calor. Había tenido tanto frío durante tantos meses que casi no reconocía la sensación de calor. Podía ver de dónde provenía

aquel calor. En un extremo de aquel almacén había unos hornos enormes. Entre los hornos y el lugar en el que yo estaba se amontonaba una multitud apática de *Mussulmen*. Estaban completamente acabadas, sin la menor chispa de esperanza de vida. Iban a ser mis últimas compañeras en la tierra. Pero yo todavía tenía voluntad. Estaba completamente consciente, aunque no veía ninguna salida a mi situación. Podía ver a los presos comunes delante de las bocas de los hornos crematorios, podía ver cómo arrojaban al fuego a las *Mussulmen*. Y ellas estaban ya tan cerca de la muerte que no oponían ninguna resistencia. Los nazis no se molestaban ni en meterlas en la cámara de gas antes de quemarlas. Las arrojaban vivas a los hornos, donde las *Mussulmen* morían enseguida en aquel intenso calor.

Los nazis metían a otras víctimas detrás de mí en aquel hangar, y yo era desplazada hacia delante, hacia los hornos. La única forma de aferrarme a la vida era intentar ir hacia atrás, alejarme de los hornos colocándome entre las mujeres que acababan de llegar. Lo hice tanto tiempo como pude, pero mi pierna me dolía demasiado para poder continuar apartándome. Apenas me sostenía en pie, y la masa de aquellos cuerpos desnudos y esqueléticos me empujaba hacia delante permanentemente, a pesar de mis esfuerzos.

Ahora que ya estaba muy cerca podía ver las caras de los presos polacos que estaban arrojando al fuego a aquellos cuerpos vivos. Agarraban a las mujeres por donde podían y las tiraban hacia dentro, con la cabeza hacia delante. Cuando había alguna mujer demasiado grande para caber entera en el horno, comenzaban por quemar la parte superior del cuerpo y después empujaban los pies hacia dentro. Tenía que pasar un tiempo hasta que las llamas consumían un cuerpo por completo. Aquello era interminable, pero ninguna mujer gritaba. Nadie se resistía. Las víctimas se mostraban indiferentes; cientos de mujeres reducidas a una apatía absoluta por enfermedad, mala alimentación, desesperación y agotamiento físico. Pero yo estaba plenamente consciente, consciente de mi desnudez, del dolor de mi pierna, consciente del calor abrasador que sentía delante de mí. Después, cuando me di cuenta de que había llegado mi turno, me quedé paralizada. Me quedé inconsciente como las otras, inconsciente como una piedra. No habría gritado ni me habría resistido cuando aquellas manos brutales me hubiesen empujado. Los despiadados criminales me habrían agarrado y arrojado al horno crematorio como a las otras mujeres, y yo ni siquiera hubiera sido capaz de esbozar un gesto para recordarles que era un ser humano.

Pero entonces, ¿escuché la voz? ¿Fue un sueño? Justo en el momento en el que estaba delante del horno crematorio se abrió una puerta en el fondo del hangar. Era el comandante jefe del campo, un hombre de pequeña estatura, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo castaño oscuro y el torso cubierto de medallas. En su gorra relucían las insignias. Estaba allí, muy tieso, con dos camilleros detrás de él y me señaló con el dedo. Ordenó con una voz potente: “Sacad a esa chica de ahí”.

En lugar de quemarme como a las otras mujeres, los presos polacos me

depositaron en la camilla. El comandante del campo les ordenó que me transportaran a la enfermería, donde presas judías trabajaban como enfermeras y ayudantes sanitarios. Limpiaron mi cuerpo y curaron mi pierna. Escuché decir a alguien: “Habrá que amputar”. No comprendí bien lo que me estaba pasando. Sólo podía pensar en mi madre. ¿Dónde estaría?

La mujer alemana que había hablado conmigo antes de la selección apareció con un camisón de color carmesí en la mano. “Ponte esto”, me ordenó. Y mirándome a la cara, me dijo: “He pedido al comandante del campo que te salvara”. Se dio media vuelta y salió, antes de que pudiera darle las gracias o preguntarle por mi madre.

Hasta hoy día, el misterio sigue siendo absoluto sobre la causa de esta intervención. Nunca he dejado de interrogarme sobre este tema. Si no hubieran asesinado a tantas otras mujeres se podría decir que aquello fue un milagro.

¿Qué vio en mí aquella secretaria? ¿Fue porque mi madre y yo hablamos en un alemán muy puro? ¿O porque yo era una de las escasas personas todavía conscientes, joven y con aspecto relativamente sano, a pesar de mi pierna infectada? ¿Cómo consiguió convencer al comandante del campo? Quizá tenía encima de la mesa de su despacho fotos de sus hijos y su secretaria le dijo que yo me parecía a su hija. ¿Qué pensaba hacer conmigo? Sólo tenía preguntas y ninguna respuesta.

El comandante del campo dio orden de que me operaran. Me vistieron como a una princesa con aquel camisón de color carmesí y, en una camilla, me sacaron de la enfermería. En la puerta estaba el comandante. Levantó la mano para parar a los camilleros y me miró con una extraña expresión. ¿Sentía compasión por mí? Su cara no transmitía ninguna emoción.

—Te he salvado la vida —dijo fríamente.

—No —le repliqué.

¿De dónde saqué el descaro, el valor, la confianza o la fe? Miré a aquel inmundo asesino a la cara y le pregunté:

—¿Dónde está mi madre? Me la han arrebatado.

La barca en Samas

El comandante del campo me preguntó sólo el nombre de mi madre, sin que su cara dejara entrever nada.

Se dio la vuelta y volvió a su oficina con aire altivo, pero debió de dar a alguien la orden de buscar a mi madre, porque un *kapo* anotó su nombre en un papel y se marchó, supuestamente a buscarla. Me acordaba del día en que nos llevaron del gueto de Kowno a Stutthof, y yo había tenido que correr de una mujer a otra para intentar reconocer a mi madre; la había encontrado por azar. Yo, su propia hija, había sido casi incapaz de reconocerla entre aquel inmenso gentío de mujeres desesperadas. El *kapo* no conocía a mi madre y realmente le daba igual encontrarla o no. ¿Se iba a molestar en buscarla? ¿Con qué contaba para guiarse en la búsqueda? Los nombres no significaban nada en un campo de concentración. Pero supongo que debía de saber aproximadamente adonde habían enviado a mamá, ya que conocía en qué momento habíamos llegado al campo. ¿Cómo podría encontrar a alguien en aquella inmensa masa anónima de mujeres calvas que esperaban en los barracones su turno para morir?

Mi pierna me dolía muchísimo, pero, por lo menos, ahora estaba limpia y con calor. El camisón carmín era un alivio de dulce bienvenida después de la ropa mugrienta con la que había trabajado y dormido durante meses en el campo de trabajo de Torun; y más todavía, después de la humillación de haberme tenido que quedar totalmente desnuda en Stutthof.

Los dos camilleros me transportaban como a una especie de princesa de algún monstruoso cuento de hadas. Masas de mujeres miserables estaban ahí fuera, condenadas a una muerte cruel. En alguna parte, entre todas aquellas almas muertas, estaba mi madre. Yo estaba muy preocupada por ella. La última vez que la separaron de mí había intentado estrangularse. ¿Qué haría ahora?

Afortunadamente, no estaba sola. Se había encontrado con varias mujeres que había conocido en el gueto de Kowno. Sentadas juntas bajo unos árboles sin hojas y un sol helador, se esforzaban por reconfortarse mutuamente. Las otras mujeres estaban acostumbradas a los métodos de Stutthof y la desesperación también les era familiar. Consolaban a mi madre: “Trudi ya no está más en este mundo. Nadie regresa de los hornos crematorios. Tiene que consolarse pensando que, por lo menos, ya no puede sufrir más. Pero usted debe intentar vivir, para honrar su memoria”. Las mujeres que sobrevivían tenían que animarse entre ellas y darse razones unas a otras para continuar viviendo.

En aquel momento, mi camillero atravesó la sección en la que se encontraba mi madre. Todo el mundo miró hacia mí. Ella me vio, pero no me reconoció. ¿Cómo hubiera podido hacerlo? Me había abandonado sucia y débil, tambaleándome en un

grupo de *Mussulmen* que iban a ser arrojadas a las llamas; ahora estaba limpia, tumbada sobre una camilla y vestida con un camisón carmín, caliente y mullido. Era inconcebible que su hija, que tal como le acababan de decir estaba con seguridad ya muerta, pudiese aparecer en ese momento transportada como una princesa a través del horror del campo de concentración. Mi madre no pudo asimilar que yo era su hija. Para ella, todo era una especie de sueño en el que los deseos imposibles se convertían en realidad. Nadie se había salvado nunca del horno crematorio. Pero yo estaba allí, no solamente viva, sino protegida por el comandante del campo.

Reconocí a mi madre y la llamé: “Mamá, soy yo”. Los camilleros se pararon. Mi madre me escuchó y exclamó con voz incrédula: “¡Trudi! ¡Estás viva!”. Era como un sueño. Se había cumplido lo que más deseaba en el mundo, que le devolvieran a su hija, y no terminaba de creérselo.

La llamé otra vez desde la camilla: “Soy yo, no me han matado”. Se levantó e intentó, a pesar de su debilidad, abrirse camino hasta mí entre aquella multitud de mujeres. Yo extendí los brazos hacia ella. Nuestras manos se tocaron y nuestros corazones se reunieron de nuevo.

El *kapo* encargado de buscar a mi madre la señaló con el dedo y gritó: “¡Llebad a esta mujer al hospital!” Mi madre siguió a la camilla. De repente, volvió a surgir en nosotras la esperanza de sobrevivir juntas.

Los *kapos* llevaron mi camilla hasta el hospital y transmitieron la orden del comandante; había que operar la pierna. El equipo médico estaba formado por judíos lituanos. La doctora Kaplan, encargada de mi caso, era una de las mejores cirujanas de Kowno y conocía a mi tío Jakob y a la familia de mi madre. Nos reconoció.

Examinó mi herida y declaró que lo más simple sería amputar por debajo de la rodilla, pero que pensaba que podía salvar mi pierna. En aquel momento, yo pensaba que me iba a morir de la infección y no entendía por qué se buscaban tantas complicaciones para salvar mi pierna. Me contenté con asentir sin reaccionar.

La médica hizo todo lo mejor que pudo con los medios muy limitados con los que contaba en el hospital del campo de concentración, el *Krankenrevier*. La sección en la que trataban a los judíos era distinta de la reservada para los no judíos. La primera no se parecía nada a un auténtico hospital. Era un barracón insalubre, sin ninguna comodidad ni calefacción y con demasiados enfermos.

No había anestesia, sólo algún medio para atenuar un poco el dolor. La doctora Kaplan sajó la parte infectada; cada golpe de escalpelo fue atroz. Tanto ella como yo tuvimos que apretar los dientes; yo, para no gritar, y ella para poder continuar trabajando tranquila a pesar del dolor que me causaba. Cuando por fin terminó de limpiar y desinfectar la herida lo mejor que pudo, me hizo llevar a la sala en la que dormíamos.

Pasó por lo menos un día antes de que pudiera darme cuenta de dónde me encontraba. Como todas las otras enfermas, mi madre y yo dormíamos sobre un camastro de madera. Nosotras éramos unas privilegiadas. Normalmente había que

compartir entre cuatro presas estas plataformas pero, en consideración a nuestro estatuto privilegiado, nos dejaron uno para las dos solas. Por supuesto, ninguna de nosotras tenía sábanas, pero sí unas mantas militares viejas y mugrientas. En el hospital nos daban de comer lo mismo que a las otras mujeres: una sopa acuosa de mondaduras de patata con trozos de tierra dentro y un trozo de pan duro. Al contrario que en el campo de trabajo, donde estaba demasiado cansada para estar comunicativa con cualquier otra persona que no fuera mi madre, en el hospital, a pesar de mis dolores, entablé amistad con otras enfermas.

Después de varios días de reposo, el comandante del campo entró en la sala en la que estábamos y se precipitó hacia nuestro camastro. Con una voz dura y cruel, me ordenó: “De pie y a la oficina. Es una orden”.

Y gritó a mi madre: “¡De pie! ¡A fregar el suelo!”. Y señaló con el dedo el pasillo. Mi madre se levantó tan rápido como pudo y él se dio cuenta de que estaba vestida con unos harapos mugrientos. El comandante ordenó a un *kapo*: “Tráigale su ropa de trabajo, rápido”.

Yo no me había levantado todavía. Él se volvió de nuevo hacia mí y gritó:

—¡Fuera de aquí!

—No puedo andar —protesté. La única vez que me había levantado había sido para ir a las letrinas y no lo hubiera conseguido sin la ayuda de mi madre a cada paso. La herida me dolía de forma atroz.

—¡Fuera de la cama! —gritó, y tuve que obedecerle a pesar del dolor. No podía imaginarme lo que pretendía hacer conmigo.

Miró mis pies. Tenía puesto un chanclo de madera en el pie de mi pierna sana. Dio una nueva orden a los *kapos*: “¡Traedle unos zapatos!”. Y salió.

Al poco tiempo, los *kapos* volvieron con ropa para mi madre y para mí y con un par de viejas galochas militares. Nos vestimos lo más rápido que pudimos. Ponerme aquel zapato grande, pesado y rígido en mi pierna herida fue una tortura, pero sabía que no tenía elección. El comandante del campo volvió y gritó:

—¿Por qué no está todavía en la oficina?

—¡No puedo andar!

—Es una orden.

No había discusión posible. Cojeando, me apresuré hasta la oficina, a pesar del horrible dolor, dando saltitos con mi pierna buena.

El comandante del campo me siguió. Me hizo sentar junto a una mesa y me tendió una lista de nombres. “Copie esta lista. Si alguien le pregunta qué hace, respóndale que ‘trabajo administrativo’.” La lista contenía los nombres de las presas muertas la víspera. Era muy larga. Por la ventana podía ver cadáveres amontonados y reconocí los de algunas amigas mías del *Krankenrevier*.

Rápidamente comprendí por qué el comandante del campo nos había puesto a trabajar a mi madre y a mí. Una delegación de oficiales superiores de las SS acababa de llegar a Stutthof. En pocos minutos entraron en el hospital con un fulgor destructor

en sus ojos. Formaban parte de los asesinos más despiadados del ejército alemán, con sus uniformes inmaculados y engalanados con condecoraciones y medallas, aterradores con sus puñales y sus fustas, sus botas y sus cinturones de cuero negro.

En el barracón del hospital, los oficiales nazis organizaron una pequeña selección privada para divertirse. Hicieron desnudarse a todas las enfermas para que desfilaran ante ellos como si fuesen maniquíes en un desfile de moda. Las examinaban atentamente intercambiando entre ellos bromas obscenas y decidiendo quiénes eran aptas para trabajar y a quienes violarían. Se divertían con la turbación que sentían aquellas infelices mujeres; cuando alguna les parecía demasiado delgada o débil, se divertían pronunciando las palabras temidas: “Al crematorio”.

Vieron a mi madre en el pasillo con un cubo y una bayeta fregando el suelo como si fuera su ocupación cotidiana (tenía mucho entrenamiento del hospital militar en el gueto de Kowno) y la ignoraron. También me ignoraron a mí, sumergida en mi trabajo administrativo. Yo no podía ver lo que estaba pasando en el barracón, pero mi madre me lo contó más tarde.

Con el corazón deshecho, mi madre lustraba el suelo mientras los oficiales hacían desfilas a las mujeres desnudas. Enviaron a muchas a la cámara de gas durante aquella selección.

Poco después de que los oficiales de las SS se marcharan, nos volvieron a enviar a mi madre y a mí a nuestro camastro, y los *kapos* recogieron nuestra ropa de trabajo. El reglamento del campo de concentración establecía que las mujeres podían permanecer sólo siete días en el hospital. Si se curaban, las enviaban de nuevo a un campo de trabajo; si no lo hacían, a la cámara de gas. Sin la protección del comandante del campo a mí me hubieran enviado también a la cámara de gas. Diezmaban constantemente las filas de enfermas, pero nosotras nunca tuvimos que pasar por una inspección de oficiales superiores; y, sin tener que disfrazarnos otra vez de trabajadoras, el comandante del campo se preocupó de que ni mi madre ni yo fuésemos eliminadas.

La primera operación de mi pierna sólo tuvo un éxito parcial; hubo que volver a abrir la herida para limpiarla y sacar el pus. No sé cómo pude sobrevivir a la intensidad de aquel dolor. Mi pierna estaba inerte y no podía utilizarla. Durante mucho tiempo, incluso después de la guerra, no pude estirla completamente.

Aparte de las selecciones semanales, los oficiales de rango inferior realizaban de vez en cuando una inspección sorpresa. Algunas de las muchachas que estaban en el hospital tenían suficientes fuerzas para sostenerse de pie y eran ellas las que estaban al acecho. Cuando escuchaban acercarse a los oficiales gritaban “*sechs!*” (seis). Los oficiales entraban, robustos y bien alimentados, limpios y bien abrigados, arrogantes y malintencionados. Pasaban de camastro en camastro, levantando las mantas con la punta de sus fustas para mirar nuestros cuerpos. Nosotras intentábamos sonreír y tener un aspecto jovial para demostrar que estábamos bien. Si tenían ganas, podían enviar a quien quisieran a las cámaras de gas.

A veces me preguntaba por qué se molestaban en mantener un hospital para las enfermas. El concepto básico de los campos de concentración era exterminar a los judíos; entonces, ¿por qué mantenerlos con vida? Estoy convencida de que lo hacían porque pretendían hacernos sufrir lo máximo posible. No querían solamente matarnos; pretendían torturarnos, destrozarnos. Se notaba en sus caras que disfrutaban viéndonos sufrir. Hacían todo lo que podían para que lleváramos una vida lo más dolorosa posible. Por eso nos dejaban medio morirnos de hambre solamente, para mantenernos con vida el máximo tiempo posible antes de que el hambre nos matara.

Me gustaría que nadie olvidara jamás la absoluta crueldad de los campos de concentración. No eran solamente fábricas impersonales de muerte en las que las personas eran enviadas a las cámaras de gas y a los hornos crematorios como no sé qué productos macabros; eran lugares donde criminales innobles y sádicos podían desfogar sus más crueles y monstruosos fantasmas con víctimas inocentes. Si una epidemia aumentaba nuestros sufrimientos se alegraban, pero, a la vez, mantenían la ficción del hospital y de los cuidados médicos para agravar todavía más nuestros sufrimientos, recordándonos a qué podía aspirar normalmente un ser humano.

De vez en cuando, un *kapo* entraba en el barracón del hospital y se acostaba con alguna de las mujeres sin ningún tipo de pudor, delante de todo el mundo. Recuerdo que asistí a una de estas escenas y que no comprendí bien lo que el *kapo* estaba haciendo. Pero me di cuenta de que esas mujeres tenían una manta mejor en su camastro; además, seguro que recibían un emparedado o un trozo de salchicha a cambio de sus favores sexuales. Teníamos tal hambre todo el tiempo que un pequeño suplemento de comida parecía un tesoro colosal. En cualquier caso, aquellas mujeres tampoco tenían elección. Si no consentían, las matarían. Me acuerdo también de que una mujer del barracón hospitalario tuvo un bebé, pero los *kapos* se lo llevaron para matarlo.

Acostadas en nuestro camastro de madera, mi madre y yo hablábamos durante horas. Hablábamos del pasado, de los días felices en Francfort antes de la llegada al poder de los nazis y evocábamos a las personas maravillosas que habían desaparecido: mi querido padre, mi tío Benno. Nos preguntábamos si los rusos habrían llegado a tiempo al gueto de Kowno para salvar a los padres de mi madre y a su hermano Jakob. Además, mi madre se preocupaba muchísimo por mi hermano Manfred, al que no habíamos vuelto a ver desde que los nazis nos metieron en el tren hacia Stutthof. ¿Adónde le habían llevado? ¿Estaría vivo? ¿Le volveríamos a ver algún día?

Todos los días me esforzaba por imaginarme un futuro feliz. Inventaba un país de felicidad al que llamaba Tierra de Israel, en el que viviríamos con comodidad y seguridad. Imaginaba todo lo que comeríamos allí: frutas jugosas y un pan muy rico untado con mantequilla. Pero, más que nada, deseaba beber una taza de chocolate caliente.

En el hospital entablamos amistad con varias mujeres. No había casi nada para comer, pero por lo menos no teníamos que trabajar como esclavas ni excavar zanjas en la tierra helada. Vivíamos todo el día bajo una tensión terrible, porque no sabíamos nunca con qué corríamos el riesgo de llamar la atención y ser enviadas a la muerte. Nos llegaban rumores sobre la derrota de los alemanes, y esto nos infundía valor. Nos preguntábamos cuándo vendrían finalmente a salvarnos y por qué tardaban tanto.

El comandante del campo venía una o dos veces al día a mirarme a través de una mirilla en la puerta, pero nunca entró ni me dirigió la palabra. Se contentaba con mirarme. Aparentemente, quería ver si vivía todavía. Eso fue poco antes de la epidemia de tifus.

El tifus no se puede tratar realmente; o se recupera el enfermo o se muere. Las personas debilitadas por el hambre son especialmente vulnerables a esta enfermedad. Un campo de concentración es el entorno ideal para una epidemia de tifus. Cuando se declaró, los alemanes llevaron a todas las personas que habían contraído el tifus a un barracón aislado al que no iban nunca.

Con el tiempo, mi pierna comenzó a mejorar, pero todavía estaba demasiado débil para sostenerme. Durante aquella época, las cosas cambiaron en el campo de concentración. A partir de enero de 1945 dejaron de utilizar la cámara de gas. Los nazis ya no nos asesinarían más en su fábrica de la muerte. Naturalmente, estábamos todas tan débiles, hambrientas y enfermas que muchas mujeres morían sin la ayuda del gas mortal. La cámara de gas no la utilizarían más, pero el horno crematorio funcionaba sin descanso.

En el campo de concentración, todos los días morían muchas mujeres. Antes que nada, se convertían en *Mussulmen*. Sus brazos y piernas se quedaban muy delgados y su abdomen se hinchaba. Lo que todavía me atormenta es el recuerdo de sus ojos vidriosos. Los médicos que nos atendían eran esclavos judíos como nosotros. Hacían lo que podían, pero no tenían prácticamente ningún medicamento ni material médico; no tenían apósitos ni desinfectantes, y tampoco ropa de cama. Los alemanes vigilaban estrechamente al personal judío. Aparte de la escasez de material, aquel personal médico no tenía derecho a tratarnos correctamente. Si se esforzaban demasiado, tenían problemas con la dirección del campo de concentración. En realidad, no tenían nada para curar a los enfermos. Algunos tuvieron la suerte de sobrevivir, pero la inmensa mayoría se debilitaron cada vez más y murieron.

A principios de 1945, los rusos comenzaron a bombardear el campo esporádicamente. El comandante desapareció. Nunca sabré qué suerte me reservaba. He oído decir que había huido y no sé si ha sido capturado y juzgado después de la guerra. Pero así lo espero. También espero que haya sido ajusticiado por sus crímenes. Hubiera merecido la horca cien veces. Yo hubiera testificado contra él si hubiera podido. Un capricho de su naturaleza inmunda le llevó a salvarnos a mí y a mi madre, pero fue culpable de decenas de miles de muertes, y este único gesto de

piedad convierte sus otros crímenes en más monstruosos todavía.

Las primeras evacuaciones de Stutthof se realizaron a finales de enero. Durante los últimos meses de la guerra, el imperio de los campos de concentración nazis comenzó a ser desmantelado. Aparentemente, querían destruir las pruebas. En largas filas interminables se llevaron a todos los presos capaces de caminar, unas 25.000 personas; éstas fueron las abominables marchas de la muerte. En el camino hacia otros campos de concentración situados en Alemania, los nazis mataron a muchos presos que no podían seguir el ritmo de la marcha; otros morían de agotamiento, de hambre y de frío. De aquellos que sobrevivieron a las marchas, mataron a muchos otros después de haber llegado a su lugar de destino.

Unos 10.000 presos, entre los que estábamos mi madre y yo, fuimos abandonados en Stutthof. Eramos los que estábamos demasiado enfermos o débiles para ir a pie. Fue entonces cuando mi madre contrajo el tifus. La llevaron a otra sección del barracón hospitalario con unas treinta enfermas que también lo habían contraído. Era un lugar separado, pero no estaban realmente en cuarentena. A los alemanes parecía no importarles que fuésemos allí y que nos contagiaran el tifus ni que nosotras se lo contagiáramos después al resto de judíos.

El hospital tenía un pasillo largo con salas grandes a ambos lados. Había también enfermas en los pasillos. En aquel hospital había una media de unas cien mujeres, aunque nunca eran las mismas. Cuando evacuaron a mi madre a la sala del tifus, a mí me relegaron al pasillo, donde había seis camastros de madera, tres a cada lado, con dos enfermas en cada uno. Era la primera vez que tenía que compartir mi lugar de descanso con una desconocida desde que mi madre y yo abandonamos el gueto de Kowno.

La gente se moría de tifus a un ritmo increíble. Había un desorden considerable en el campo de concentración. El horno crematorio no podía hacer frente a la profusión de cadáveres, y tuvieron que hacer una pira enorme para quemar los excedentes. Un espeso humo y un obsesivo olor a carne quemada inundaban el aire día y noche. Durante ese tiempo, los rusos continuaron bombardeando el campo de concentración esporádicamente, pero no terminaban de llegar nunca.

Yo pasaba los días tumbada en el camastro en el viejo barracón hospitalario. Las inspecciones y las selecciones habían terminado, y los alemanes nos dejaban más o menos tranquilas. En el desorden que reinaba conseguí llegar cojeando hasta la sección en la que estaban las enfermas de tifus para ver cómo estaba mi madre. La pierna me dolía todavía muchísimo cuando la movía, pero echaba demasiado de menos a mi madre. Por lo general, hacía estas visitas al final del día, después de la distribución de las raciones de sopa, ya que nadie abandonaba su puesto antes de tomarla. Esperábamos en nuestros camastros la escudilla de sopa acuosa como si fuese un don del cielo. Si faltábamos, la ocasión no volvía a presentarse; era la única comida que recibíamos en todo el día.

Una mañana me desperté con un sobresalto, como si alguien me hubiera metido

un clavo en el muslo, y muy preocupada por mi madre. Una voz, y me digo algunas veces que debía de ser la voz de Dios, me gritó en el interior de mi cabeza: “Ve rápido a ver cómo está tu madre”.

La voz era tan imperiosa que tuve que obedecer corriendo el riesgo de perderme la sopa. Con el frío matinal era cuando más me dolía la pierna, pero no podía permitir demorarme por el dolor. Abandoné mi camastro y cojeé hasta la sección de las enfermas de tifus lo más rápido que pude. Tenía miedo de que mi madre estuviera muerta. Me precipité a su camastro y ella me vio. Le pregunté:

—¿Has dormido bien?

—Sí, gracias a Dios —me contestó muy débilmente.

¡Qué alivio! Mi madre no deliraba con la fiebre. Quizá sobreviviera.

Justo en ese momento, una bomba rusa cayó en el hospital. La detonación me tiró al suelo. Cuando conseguí levantarme, vi sangre en el camastro de mi madre. Nos palpamos para ver si estábamos heridas. No, estábamos intactas. Después, vimos que la metralla había matado a varias enfermas al final de la sala. Las mujeres gritaban de dolor y de terror. Del pasillo en el que había estado acostada hacía unos instantes salía mucho humo. Volví cojeando hasta mi camastro, pero había desaparecido. La bomba había caído justo allí, y todas mis compañeras estaban muertas. Todas las mujeres del pasillo habían sido mutiladas por la metralla.

No podíamos creerlo, pero mi madre se curó del tifus. No entiendo bien cómo lo consiguió. Cuando dejó de tener fiebre casi se murió de inanición. No había nada para comer en el campo, y todo el mundo sabe que después de esta enfermedad se tiene un hambre colosal, tanta que se puede llegar a enloquecer. Uno puede devorar cualquier cosa —tierra, hierba, porquerías, plantas—, todo lo que pueda meterse en la boca. Cualesquiera que fueran las necesidades de los enfermos de tifus, nadie les daba otra cosa para comer que no fuera aquella miserable sopa; ni siquiera les daban un poco de agua suplementaria. Además, tampoco había ya médicos.

Después de haberse llevado a la mayoría de los presos a finales de enero de 1945, los oficiales superiores alemanes abandonaron también el campo, y nosotras nos quedamos con muy pocos vigilantes. No teníamos ninguna posibilidad de rebelarnos o escaparnos. Estábamos todas demasiado enfermas y débiles para poder caminar más de unos pasos; si hubiésemos estado un poco mejor, nos hubieran llevado con los otros presos. Los *kapos* ya no se comportaban de forma tan inhumana como antes. Ahora había menos torturas y menos muertes injustificadas. Sabíamos que el Ejército Rojo llegaría. Presentíamos que se preparaba un gran acontecimiento, pero nadie hacía nada por salvarnos. Nos preguntábamos dónde había desaparecido todo el mundo. ¿Cómo pudieron permitir los seres humanos que se cometieran aquellos crímenes?

Ahora que los rusos se aproximaban, el campo de concentración parecía preparado para disolverse en el caos. Todos los días recibíamos un poco de comida,

pero nunca sabíamos en qué momento nos la darían. Por fin, a finales de abril comenzaron la evacuación final del campo de concentración de Stutthof. Aunque estábamos muy débiles, nos obligaron a caminar a lo largo de la costa, sin darnos nada para comer. Fueron seis horas de marcha, en medio del pánico y el desorden. Los vigilantes gritaban: “¡Rápido, rápido!” Al caminar, me dolía muchísimo la herida porque, a pesar de que mi pierna mala apenas podía sostener mi cuerpo enclenque, tenía que andar sola. Avanzaba mordiéndome los labios. Mamá se encontraba demasiado débil todavía por el tifus para poder ayudarme. De hecho, yo temía que aquel esfuerzo terminara con su vida de un momento a otro. La liberación llegaría con seguridad, pero quizá muriésemos antes.

Íbamos bordeando la costa báltica. Un viento marítimo glacial penetraba hasta los huesos. Por fin, divisamos las tres grandes barcas de ganado que nos habían preparado. Después de una larga espera en un desorden total, los vigilantes nos metieron en las barcas. Eran embarcaciones bastante grandes, con bodegas profundas y sin ningún tipo de borda alrededor de la estrecha cubierta. Una escalera de hierro conducía a las bodegas. Nos hicieron descender a un centenar de mujeres y nos obligaron a tumbarnos sobre paja sucia.

Las barcas salieron a la mar y nosotras no teníamos, por supuesto, ni la menor idea de la dirección que estaban tomando. Escuchábamos el estruendo de las máquinas y el ruido de las olas que chocaban contra los costados. Cuando llovía, la lluvia caía encima de nosotras y dejaba empapada la paja. Cuando el mar estaba encrespado, las barcas se balanceaban de forma tan violenta que estábamos seguras de que zozobraríamos. Muchas mujeres se mareaban y todas estábamos petrificadas. Tumbadas sobre la paja sucia y húmeda, mirábamos sin interrupción, día y noche, hacia la escotilla, rezando para que la guerra terminase antes de que muriéramos.

Murieron muchas mujeres. No nos daban nada de comer ni de beber. No teníamos nada más que el líquido sucio formado por la lluvia mezclada con agua de mar que se estancaba en el fondo de la bodega, debajo de la paja. Mordisqueábamos aquella paja como las bestias, para engañar a nuestro estómago. De vez en cuando, los hombres de la tripulación alemana asomaban la cabeza por la escotilla para insultarnos y desearnos burlonamente la muerte.

Aparte de los alemanes que mandaban a bordo, también estaban con nosotras, en la bodega, presos polacos y ucranianos, los criminales que habían realizado todo tipo de trabajos materiales en Stutthof. Entre nosotras, les llamábamos los hombres de las cavernas. Eran bárbaros y nos aterrorizaban. Su principal tarea consistía en arrojar los cadáveres al mar.

A menudo me he preguntado por qué los alemanes no nos tiraban a todos al mar, ya que, en cualquier caso, tenían intención de matarnos. Creo que era también porque pretendían hacernos sufrir de la forma más atroz posible hasta el último momento. A veces ni siquiera esperaban a que una mujer se muriera. Tiraban al agua a las de más edad y a las que estaban más enfermas para desembarazarse de ellas. Como yo tenía

miedo de que se fijaran en mi madre y la tiraran también al mar, me tumbaba encima de ella y escondía su cuerpo entre la paja. Además, eso nos daba calor.

La tripulación alemana tampoco tenía alimentos frescos, pero tenían pan en conserva. A veces, alguno de ellos, según su humor, nos daba un poco. Un día, un hombre de la tripulación se fijó en mí y me tiró una pequeña lata de pan de 150 gramos. Las otras mujeres se dieron cuenta y se arrojaron encima de mí para intentar apoderarse del pan, pero el marinero gritó: “Es para la muchacha”. Me agarré con todas mis fuerzas a la lata y conseguí que no me la quitaran, pero no tenía nada para abrirla. Revolví entre la paja hasta que encontré un clavo. Y tenía tanta hambre que me daba igual cortarme las manos con aquella lata de conserva con tal de sacar un poco de pan para mí y para mi madre.

Intenté esconderla mientras me peleaba por abrirla, pero las otras mujeres no me perdían de vista. Cuando por fin conseguí abrir la lata, se abalanzaron de nuevo sobre mí y faltó poco para que me mataran mientras me quitaban el pan. Conseguí quedarme con un trozo para mi madre y para mí antes de que me quitaran la lata de las manos. Teníamos todas tanta hambre que nos comportábamos como bestias. Hubiéramos sido capaces de matarnos las unas a las otras por algo de comida.

A medida que pasaba el tiempo, la situación se agravaba. No sabíamos adonde quería llevarnos la tripulación. A principios de mayo, casi toda la costa báltica estaba en manos de los aliados, algo que nosotras ignorábamos, evidentemente, en el fondo de aquella bodega. Escuchábamos los bombardeos ingleses, pero sin el acompañamiento estridente de los aviones de caza de la Luftwaffe. Ésa era la señal manifiesta de que el final de la guerra estaba muy cerca.

El viaje se eternizó durante diez días. El 4 de mayo, prácticamente el último día de la guerra, una bomba británica explotó muy cerca de nuestra embarcación y la dañó. Por suerte, no nos alcanzó directamente, pero se declaró un incendio a bordo. Se produjo una vía de agua y el barco comenzó a hundirse por la popa. El pánico se apoderó de todas nosotras, pero no teníamos fuerzas para movernos.

Yo fui la primera en reaccionar, de forma instintiva, como un caballo en un granero en llamas. Me levanté, cogí a mi madre y me abalancé hacia la escalera metálica. Llegué la primera, con mi madre justo detrás de mí. La escalera estaba muy caliente. Subí rápidamente a la pequeña cubierta y me volví para ayudar a mi madre a subir. Los otros presos, incluidos los criminales polacos y ucranianos, se habían puesto ya en movimiento en ese momento. Hormigueaban en torno a la escalera, presos de un terror histérico; sujetaban a mi madre por los pies, mientras yo tiraba de los brazos. Por suerte, ella llevaba chanclos de madera, las *Klumpes*, que se les quedaron entre las manos. Conseguí que subiera los escalones y las dos nos precipitamos hacia el lugar más elevado de la cubierta, casi en el borde.

Era la primera vez que veía el mar. Necesité un cierto tiempo para que mis ojos se acostumbraran a la luz y a la amplitud de horizonte. Era un día bonito. Veíamos otras embarcaciones con presos, algunas de ellas también dañadas por las bombas.

Podíamos ver asimismo navíos de guerra británicos que se aproximaban. Los barcos alemanes habían izado el pabellón blanco. Se rendían. Eran las banderas de la paz. Abracé a mi madre. La guerra había terminado y estábamos vivas.

Sin embargo, durante todo ese tiempo, las llamas se apoderaron de nuestra embarcación, que se estaba hundiendo. Cada vez eran más las presas supervivientes de Stutthof que salían de la bodega y subían por la escalera. La estrecha cubierta estaba abarrotada y todo el mundo se dirigía con rapidez hacia la proa. ¡Qué espectáculo debíamos formar aquella masa de mujeres demacradas, con la ropa hecha jirones, cuyos cuerpos no pesaban casi nada!

No sé por qué era el cocinero alemán el que dirigía las operaciones y daba las órdenes a todo el mundo. Parecía que no había más alemanes a bordo. No sé qué había pasado con ellos. El cocinero estaba en el borde de la cubierta, bastante cerca de mí, y se esforzaba en imponer un poco de orden. Se tapaba con una manta por la que se extendió rápidamente una mancha de color rojo oscuro. Me di cuenta de que estaba herido. A sus pies caían gotas de sangre en la cubierta.

Preso del pánico, miraba a su alrededor en busca de inspiración para salvar el barco. De repente gritó: “La nave está sobrecargada. Todos los judíos, al mar”. Pretendía aligerar la carga. Durante un momento, nadie se movió. Mirando a mi alrededor en la cubierta, veía muchos objetos pesados que se hubieran podido tirar por la borda: grandes cajas de municiones, máquinas e incluso una bicicleta. ¿Por qué había que tirar a los judíos?

Gritó otra vez, con una voz histérica: “¡Todos los judíos, al mar!”. Los presos polacos y ucranianos se pusieron en movimiento para ejecutar su orden. Comenzaron a empujarnos hacia el borde de la cubierta. Era imposible. Debía ser un error. La marina británica estaba a la vista, los alemanes habían izado la bandera blanca y, sin embargo, nos arrojaban a aquel mar helado. ¿Habíamos sobrevivido a tantas pruebas para terminar de aquella manera? Con seguridad, las treinta supervivientes que quedábamos, todas juntas, no pesábamos lo suficiente como para suponer la menor diferencia en aquella barca que se estaba hundiendo.

Todo transcurría muy lentamente. Un buque de guerra británico se estaba aproximando, pero eso no impedía a los presos polacos y ucranianos empujarnos hacia el borde de la cubierta. Y como no había borda, caeríamos al mar una detrás de otra si nadie les detenía. Las mujeres se resistían con todas sus fuerzas, pero estaban tan débiles que no podían hacer nada. Yo era la que estaba más cerca del agua, porque había sido la primera en salir de la bodega. Me encontraba en el extremo de la cubierta y me agarraba a las mujeres que estaban detrás de mí para no caerme al agua. A mis pies, veía el agua límpida y glacial. Si me caía, moriría. El viento me azotaba la cara; el buque británico avanzaba hacia nosotros, pero tan lentamente que parecía que nunca iba a llegar.

¿De dónde me vinieron las fuerzas y la inspiración? De repente, me acordé de que mi padre me había contado historias de mártires que habían muerto pronunciando las

palabras “*Schema Israel...*” (“Escucha Israel...”). Yo no moriría sin llamar por última vez a Dios. Había consentido que se produjeran terribles tragedias. Parecía estar ausente desde hacía años. Pero puede ser que Él me escuchara en el último momento. Levanté las manos con un gesto teatral y grité con todas mis fuerzas: “¡Escucha, oh Israel!”. Pero quería decir: “Escúchame, mi Dios”. Yo no era más que una pequeña muchacha reducida a piel y huesos, ¿de dónde saqué las fuerzas para gritar?

Necesitaba toda esa fuerza para evitar caerme al agua. Resistía la presión que venía de detrás de mí, pero no había ninguna esperanza. Sentía cómo me empujaban hacia el extremo de la cubierta y yo empujaba también con todas mis fuerzas en sentido inverso, a pesar de mi pierna herida. En muy poco tiempo caería a ese mar que me esperaba. Sentía ya en mi cara la fría espuma. Todavía tenía los brazos en alto y me apoyaba con todo mi peso en las mujeres que estaban detrás de mí. Al mismo tiempo, hacía durar lo más posible la última sílaba de la oración, recordando una historia que mi padre me había contado sobre Rabbi Akiba, torturado hasta la muerte por los romanos y que gritaba la *Shema* de esa manera, hasta que su alma abandonó el cuerpo.

—¿Qué es esto? —de repente, el cocinero alemán que daba las órdenes se quedó quieto— ¿Qué es lo que gritas?

—Rezo a mi Dios —le respondí con orgullo.

—A tu Dios le puedes olvidar. En un momento estarás en el fondo del agua helada y te comerán los peces.

—No, no me comerán —le desafíe en alemán, gritando—. Si Dios me ha salvado hasta ahora, no es para permitir que me muera en el último minuto. Sois vosotros, los alemanes, los que vais a morir en el agua helada y no nosotros, los judíos —señalé con el dedo hacia el mar—. Habéis perdido la guerra, ¿lo sabéis? Y ahora los ingleses vienen a buscaros.

Le señalé con el dedo el buque de guerra británico, que estaba ya tan cerca que podíamos ver a los marineros en la cubierta.

Algo convenció al cocinero de desistir en su intención. Gritó: “Los judíos se quedan en el barco”. Y ordenó a los presos polacos y ucranianos que cesaran de empujarnos. Y fue así cómo finalmente no nos tiraron al mar a ninguna de las treinta supervivientes. Mi oración y mi seguridad habían hecho cambiar de opinión al cocinero. Tal vez fuera también por su propio estado espiritual. Debía de sentir que se iba a morir debido a su herida. Por el motivo que fuera, decidió esperar la llegada de los británicos.

Nosotras nos retiramos del borde de la cubierta. Después, sumergí de nuevo mi mirada en las olas. Estaban muy limpias y eran muy bellas, pero traían la muerte consigo. Todavía no podía asimilar que no me iban a tirar al mar.

El cocinero estaba cerca de mí, en el extremo de la cubierta. “Muchacha”, me dijo. Yo le miré a los ojos. “Me has impresionado”. Se quitó la manta manchada de sangre y me la tendió. “Calientate”.

Hasta aquel momento, no había notado cuánto frío tenía. Mi madre y yo nos acurrucamos bajo la manta ensangrentada y el cocinero se desmayó, debilitado al haber perdido tanta sangre.

La liberación

Aquella tarde de principios de mayo de 1945, un grupo grotesco de personas tiritando se aglomeraba en la cubierta inclinada de la embarcación en llamas que se hundía: ocho hombres alemanes de la tripulación, la mayoría de ellos heridos, cuatro criminales polacos y ucranianos, y una treintena de supervivientes judías, de una delgadez extrema y en un estado de agotamiento extremos. El buque de guerra británico se aproximaba con desconfianza, con los cañones apuntándonos, esperando quizá una emboscada de los alemanes detrás de la bandera blanca de rendición.

Por fin, el barco inglés se colocó a nuestro lado, dominándonos con su altura. A través de un altavoz y en un alemán con fuerte acento inglés, nos ordenaron que levantáramos los brazos. Un marinero lanzó un cabo de abordaje y el intérprete ordenó a uno de los marineros alemanes de nuestro barco que lo atara. Fijaron una escala de cuerda entre los dos barcos por la que teníamos que subir hasta el buque inglés. Hacer eso era extremadamente difícil. La distancia entre las dos embarcaciones era considerable, pero saber que los alemanes habían perdido la guerra, al fin, nos daba la energía para llegar hasta allí. Por otra parte, si no lo conseguíamos, ¿quién iba a ayudarnos?

Todo transcurrió con calma. Los marineros ingleses trabajaban rápido y eficazmente. Nos ayudaron, pero sin una sonrisa. Quizá sea difícil sonreír a personas con el aspecto que teníamos nosotras entonces.

Ya en su cubierta, no separaron a los judíos de los alemanes. De repente, nos encontramos al lado de nuestros enemigos y antiguos torturadores mientras esperábamos una taza de té inglés bien caliente, con azúcar y leche. Aunque todas estábamos muy débiles y exhaustas, comenzamos a pelearnos entre nosotras para que nos sirvieran las primeras. La forma en que nos habían maltratado durante los últimos años nos había deshumanizado tanto que no podíamos comportarnos como seres civilizados.

Los marineros británicos llevaron al cocinero alemán a bordo, pero se murió muy rápido, ya que había perdido mucha sangre; le arrojaron al mar sin ninguna ceremonia. A pesar de su profecía, no fuimos nosotras, las judías, las que terminamos en el agua helada, sino él. Yo no le devolví su manta y la conservo todavía como símbolo de que mi oración fue escuchada.

Los marineros ingleses sentían piedad por nosotras y querían atiborrarnos de comida, pero el médico de a bordo se los impidió. Les prohibió darnos cualquier otra cosa que no fueran pequeñas porciones de sopa y de pan a pesar de nuestra terrible hambre y de su buena voluntad. Hacía tantísimo tiempo que no habíamos tenido una alimentación adecuada y en cantidades normales que podríamos haber muerto fácilmente si, de repente, hubiésemos comido demasiado.

Ya era de noche cuando desembarcamos en Kiel y nos llevaron a una sala de una escuela para dormir. Era imposible que a las más jóvenes nos controlaran. Teníamos una energía febril y nos precipitamos por la escalera para invadir la cocina y devorar todo lo que pudiéramos comer. Todavía recuerdo que descubrí levadura en un armario y que estuve tentada de metérmela en la boca a cucharadas. Afortunadamente, resistí la tentación.

A muchas de nosotras, entre ellas a mi madre, la repentina abundancia de alimentos le provocó graves problemas digestivos y diarreas. El hambre no nos había matado pero, paradójicamente, la comida en cantidades excesivas podía ser mortal. Cuando pienso hoy día en todo esto, me doy cuenta de que durante las primeras semanas de mayo los británicos no sabían muy bien qué hacer con nosotras ni cómo tratarnos. Nos enviaron a un hospital en el que el personal alemán nos trató muy mal. Aún nos odiaban e intentaban humillarnos como si fuéramos todavía presas culpables de un crimen. Pero nosotras ya no estábamos sujetas a su voluntad. Ahora podíamos gritarles cuando nos gritaban, y lo hacíamos. Era la primera señal de que comenzábamos a tomar conciencia de nuestra liberación.

Cuando los combates terminaron totalmente y los británicos dejaron de tener como preocupación primordial ganar la guerra, comenzaron a tener tiempo para ocuparse de nosotros; empezaron, poco a poco, a comprender mejor lo que habíamos pasado y nos trataron todavía mejor.

Yo soñaba con un chocolate caliente desde hacía años, desde que me habían internado en el gueto de Kowno. Ahora, después de la liberación, me ofrecían chocolate, pero no podía beberlo. Mi sistema digestivo era demasiado delicado, casi como el de un bebé. Todas nosotras estábamos obsesionadas con el pan. Nunca teníamos suficiente. Primero, nos atiborrábamos de pan, y luego nos llenábamos los bolsillos para tener siempre un poco de comer. Todavía hoy, cuando paso por periodos de estrés, mi primera preocupación es asegurarme de que haya suficiente pan.

Cuando subimos por aquella escala de cuerda de nuestra embarcación hacia el barco de guerra británico, pasamos de nuestro estatuto de esclavas, o menos todavía que esclavas, al de seres humanos dignos de cuidados y asistencia médica. De repente, teníamos derechos humanos fundamentales, de los que nos habían despojado los nazis de forma brusca en 1941. Habíamos estado a merced de cualquier ario tentado de hacernos daño, de explotarnos, de humillarnos o de matarnos. En ese instante adquirimos un rango humano. Pero nos hicieron falta meses, e incluso años, para asimilar por completo ese retorno a la comunidad de los seres humanos.

El periodo de mi vida que se extiende desde el comienzo del Holocausto hasta mi liberación, en 1945, parece totalmente diferente del curso normal de mi existencia. Yo era una niña pequeña aquel verano de 1941 en el que confinaron a los judíos de Kowno en el gueto; y tengo la impresión de haber permanecido con la misma edad

hasta 1945, cuando fuimos liberadas. Cuando pienso en todo el tiempo que estuve sufriendo en el gueto, en el campo de trabajo y en el campo de concentración, todavía me veo como la niña pequeña que atravesó aquel puente con su familia para entrar en el gueto, agarrada a sus preciosas pertenencias. Físicamente, apenas crecí durante aquellos cuatro años de miserias incontables. Justo después de la liberación comencé de repente a crecer de nuevo y volví al tiempo real.

Emocionalmente, también había estado oprimida, paralizada por el permanente miedo, por el dolor y por el deseo desesperado de sobrevivir. E incluso, aunque me había obligado a sonreír a los soldados alemanes durante la guerra para mendigar un trozo de pan, no había sonreído de forma espontánea, con un sentimiento de felicidad y despreocupación desde hacía años. Y era todavía una niña. La única emoción normal que conservé durante todo aquel periodo fue, sin duda, el amor por mi madre.

Muchas personas perdieron el contacto con su auténtica personalidad debido a la crueldad nazi. Ya no éramos seres humanos. Es natural que nos comportásemos de forma anormal después de sufrir todo lo que sufrimos. Hubiera sido anormal ser normal después del Holocausto. De hecho, es un milagro que los supervivientes hayamos podido retomar el curso de nuestra vida, casarnos, fundar una familia y vivir siendo ciudadanos productivos. Yo misma no debería ser nada más que una estatua de piedra, como cuando estuve delante de la boca abierta del horno crematorio. Me convertí en una estatua; perdí la conciencia; dejé de vivir. Creo que podría haberme quedado en aquel estado. Era casi la única reacción posible a todo lo que viví entonces.

Inmediatamente después de la liberación vivimos en un mundo sin leyes. No podíamos aclimatarnos a la vida normal y estábamos constantemente atormentadas por un deseo desesperado de pan. Nuestros cuerpos comenzaron a adquirir formas curiosas. Algunas partes del cuerpo comenzaron a hincharse y otras se quedaron enclenques. Había alemanes que nos señalaban con el dedo por la calle, porque nos reconocían como antiguos presos de campos de concentración, pero nosotros nos defendíamos y también les insultábamos.

Tuvimos que comenzar todo desde cero, porque no nos quedaba nada. En el primer examen médico que nos realizaron descubrieron que tanto mi madre como yo teníamos tuberculosis. Nos hospitalizaron durante un mes para tratarnos. Pero la vida de mi madre estaba en peligro también por otras razones. Desde las primeras comidas que le habían dado, había tenido diarreas y no se le quitaban. Se estaba deshidratando. No ganaba peso y parecía que no tenía fuerzas para restablecerse. Yo veía cómo mi madre iba desapareciendo ante mis ojos y no podía soportarlo. ¿Nos habíamos salvado mutuamente para aquello? Era imposible.

Salí del hospital y fui a un parque. Me acuerdo muy bien de aquel día de junio, suave y soleado. Llorando, estuve paseando entre las flores y los árboles. Era libre, pero mi libertad no significaba nada para mí si mi madre no vivía para compartirla conmigo. En las tristes conversaciones que susurrábamos en nuestro camastro de

Stutthof, habíamos compartido el sueño de pasear juntas por un bosque, libres de cualquier tipo de miedo y lo suficientemente sosegadas para apreciar el aire puro y el juego de luces y sombras en el follaje. Sería una de las primeras cosas que haríamos después de la guerra. Y ahora que estaba en aquel magnífico parque con un bosque, mi madre estaba demasiado enferma para abandonar su cama y disfrutar conmigo de la belleza de la naturaleza.

Por fin llegué a un sitio en el que estaba completamente sola e imploré a Dios: “Dame a mi madre de nuevo”. ¿Cómo me atreví a pedir favores especiales después de todo lo que habían sufrido tantos otros judíos? ¿Cómo podía pensar que Dios me escucharía? Lo ignoro, pero algo dentro de mí hizo que realizara esta súplica, desesperada por la idea de encontrarme sola en el mundo; y milagrosamente, aquel mismo día, mi madre comenzó a restablecerse. En poco tiempo empezó a poder digerir los alimentos con normalidad e inició el largo camino de su curación total.

Permanecimos un mes o dos en Kiel, el tiempo necesario para recibir los cuidados médicos urgentes que necesitábamos después de nuestra liberación. También nos dieron ropa normal, pero eso no nos interesaba en absoluto. Lo único importante para nosotras era que nos sentíamos libres y podíamos ir adonde quisiéramos.

Estábamos completamente solas. No había asistentes sociales o psicólogos. La actividad principal de todos era la búsqueda de familiares y amigos para intentar saber quién había sobrevivido. Nuestras conversaciones eran una versión desesperada de lo que hoy día se denomina “la geografía judía”: “¿De dónde es usted? ¿Dónde estuvo durante la guerra? ¿Conoce a esta persona? ¿Cuándo la vio por última vez? ¿Conoce a otras personas que estuvieran con él?” Y a menudo, teníamos que dar o escuchar una triste noticia: “Sí, le conocemos. Se murió aquí; le asesinaron allí; le metieron en tal lugar en la cámara de gas”. Las esperanzas desesperadas que había mantenido la gente durante la guerra se fueron desvaneciendo, una tras otra, después de la liberación.

Nosotras no teníamos planes concretos para el futuro. Sabíamos con certeza que abandonaríamos Alemania. Teníamos pensado emigrar a Estados Unidos, pero todavía no habíamos comenzado a hacer gestiones para ello. Aún no teníamos deseos. Durante aquel tiempo, lo más fácil era dejar que las cosas siguieran simplemente su curso natural.

Mi madre y yo todavía teníamos esperanzas de que su hermano Jakob y sus padres hubieran conseguido sobrevivir al incendio del gueto de Kowno, escondidos en el búnker hasta que los rusos liberaran la ciudad. Tampoco sabíamos qué había pasado con mi hermano Manfred. Una de las primeras cosas que hicieron las organizaciones de ayuda a los judíos fue elaborar listas con los nombres de los judíos supervivientes y publicarlas. La gente iba a consultarlas desesperada. Se producían situaciones trágicas. Por una parte, teníamos ganas de ver cómo los judíos estudiaban aquellas listas, para compartir con ellos sus esperanzas. Pero al mismo tiempo estábamos obligados a apartar los ojos por respeto a sus emociones y también porque

sabíamos que las posibilidades de que encontraran los nombres que buscaban eran ínfimas. Cuando le llegaba a uno su turno, quería estar solo. Teníamos la cara contraída, por una mezcla de esperanza y miedo. Cuando encontrábamos un nombre, nos alegrábamos muchísimo; pero si no lo encontrábamos, nos desmoronábamos. Eramos todos muy vulnerables.

Cada vez que aparecía una nueva lista, mi madre y yo buscábamos en ella los nombres de nuestros seres queridos. Milagrosamente, vimos en una lista el nombre de un tal Manfred Simon, que vivía en Francfort, nuestra ciudad natal. ¡Podía ser mi hermano! Decidimos ir a Francfort inmediatamente. No podíamos escribir para anunciar nuestra llegada. No teníamos la dirección exacta de Manfred y, además, Alemania estaba en aquella época en ruinas. El servicio postal era irregular. Nadie podía asegurar cuándo llegaría una carta.

La alegría de mi madre y la perspectiva de encontrar a su hijo estaban templadas por el recelo; ¿podía ser todo un error? Mamá no se dejó arrastrar por la esperanza. Podía tratarse de otro Manfred Simon o podía ser alguna otra persona que utilizara aquel nombre por razones desconocidas. Yo no tenía ninguna duda. Estaba convencida de que aquel Manfred era mi hermano y me moría de ganas de volver a verlo después de más de un año de angustiosa separación, en el que había sido imposible saber quiénes de todos nosotros habían sobrevivido.

El viaje de Kiel a Francfort reavivó nuestra tristeza; despertó en mi madre recuerdos de todo lo que había tenido hacía mucho tiempo en Francfort; y, a la vez, de todo lo que había perdido. ¡Si al menos mi padre hubiera estado todavía vivo para haber hecho este viaje con nosotras!

Por suerte, el Manfred Simon registrado en Francfort era mi hermano, y nos resultó bastante fácil encontrarlo, porque Dita, su mujer, trabajaba para la Agencia Judía. El reencuentro entre mi madre y su único hijo fue conmovedor. Mi madre no paraba de estrecharle contra su pecho, y yo tampoco podía dejar de abrazarles a los dos.

Después de los primeros momentos de felicidad, nos quedamos mirándonos los unos a los otros, absortos, como si fuésemos fantasmas. No creíamos que volveríamos a vernos vivos. A mí me inundaba un vivo recuerdo de Manfred cuando era niño. Y le volvía a ver entonces, a mi adorado hermano, grande, bien vestido y bien cuidado. Los malos tratos que le habían infligido los nazis le habían hecho cambiar tanto que estaba prácticamente irreconocible. Parecía mucho mayor y mucho más serio de lo que yo lo recordaba o de lo que me había imaginado.

Quise preguntarle a mi hermano cómo me encontraba a mí. Yo ya no era la pequeña niña delgaducha del gueto. Ya no era sólo un esqueleto. Me había convertido en una mujercita. Físicamente, por lo menos, había comenzado a restablecerme. Mi pelo había crecido mucho, y había engordado; sin embargo, mi cuerpo era informe, ya que engordaba sólo por algunas partes, mientras que otras continuaban siendo todavía puro hueso.

Cuando nos liberaron, hacía cuatro años que no me miraba en un espejo. A todas las jóvenes les gusta mirarse en un espejo, experimentar diferentes peinados, probar en secreto el maquillaje de su madre, sus joyas, sus zapatos. Yo nunca había tenido la posibilidad de hacer todo aquello. En el gueto, el único sitio en el que había podido ver mi imagen había sido en el reflejo de los cristales de las ventanas, ¿pero a quién le gusta eso?

Poco después de la liberación, me vi en un espejo situado encima de los lavabos de la escuela, en Kiel, y me quedé horrorizada. Un monstruo me observaba desde aquel espejo, un monstruo tan feo que no me terminaba de creer que fuese realmente yo misma. Nunca me había imaginado que yo pudiera parecerme físicamente al resto de las presas, demacradas y medio muertas; pero, por supuesto, estaba como todas las demás. Mi cara, desfigurada, me resultaba insoportable. Durante varios días evité mirarme de nuevo en el espejo hasta que, de repente, me encontré a mí misma sumergida en la contemplación obsesiva de aquel rostro desconocido, intentado asimilar cómo podía ser el mío.

Después de dos meses de una alimentación adecuada y descanso, comencé a encontrarme bastante guapa. ¿Veía Manfred en mí las marcas del sufrimiento más que las de una juventud prometedora? No me atreví a preguntarle.

A Manfred le habían deportado a Dachau con otros hombres del gueto de Kowno, y su historia es tan milagrosa como la mía y la de mi madre, una combinación de determinación, de fe y de una suerte increíble. Después de que el ejército norteamericano liberara Dachau, Manfred volvió a Francfort porque era su ciudad natal. Como en un milagro, Dita había sobrevivido también. Cada uno comenzó a buscar al otro y, poco después de la liberación, Dita fue a Francfort a su encuentro. Ocuparon y se instalaron en una casa que había pertenecido a un nazi, que o había muerto durante la guerra o se estaba escondiendo para evitar que le juzgaran como criminal de guerra. En Alemania, después de la guerra, muchos judíos hicieron esto. Era su revancha; y, además, tenían que vivir en algún sitio. Nadie se atrevía a protestar. Los alemanes sabían muy bien todo lo que nos habían hecho a nosotros, los judíos.

Debió de ser en esta primera visita a Francfort cuando supimos que, antes de que el Ejército Rojo liberara Kowno, los nazis habían incendiado el gueto con todas las personas que se encontraban todavía vivas dentro. Entre las víctimas estaban los padres de mi madre y su hermano Jakob, que se habían quedado allí después de que Benno fuera asesinado delante de su madre. Los soldados nazis habían ido de búnker en búnker, con granadas y lanzallamas, liquidando de forma sistemática a todos los judíos que se escondían todavía allí, indefensos, inocentes y desarmados. Nos enteramos también de que mi tía Tita y su marido habían sido asesinados en Riga. Ya no nos quedaba ningún ser querido que buscar en las listas.

La segunda preocupación de los refugiados, cuando habían encontrado a sus familiares supervivientes y habían sabido la suerte de los que no habían sobrevivido,

era abandonar Alemania. Manfred y Dita pretendían emigrar a América tan pronto como fuera posible, y querían que mi madre y yo les acompañáramos. Teníamos varios primos que habían emigrado allí antes de la guerra. Tan pronto como les fue posible, contactaron con nosotros a través del Joint Distribution Committee norteamericano y nos enviaron todos los papeles necesarios para que emigráramos a Estados Unidos. Creían que podríamos unirnos a ellos en los próximos meses. La perspectiva era atractiva. América, el país en el que los sueños se convertían en realidad y donde no había llegado la destrucción de la guerra; estaba impaciente por ir allí.

Después de reencontrarnos con Manfred, mamá y yo volvimos a Kiel. Y tras restablecernos casi por completo, los británicos nos enviaron a Feldafing, un agradable pueblo situado junto al lago Starnberg, al sur de Múnich. Allí nos alojaron en un piso modesto y, mientras esperábamos nuestros visados para ir a América, disfrutábamos de aquel bello entorno y continuábamos con tratamientos médicos en el hospital de Feldafing. Como me interesaba la Medicina, comencé a trabajar como ayudante en el laboratorio y a recibir una formación práctica como asistente médica.

Una prima de mi madre que sobrevivió al Holocausto se unió a nosotras en Feldafing. Al mes aproximadamente, mi madre decidió ir a ver de nuevo a Manfred, dejándome a mí con su prima. El viaje de Múnich a Francfort, que en la actualidad dura poco más de una mañana en tren o en coche, duraba trece horas en aquellos trenes repletos y desorganizados de 1945. Era un viaje agotador para una mujer que todavía no se había restablecido por completo después de los sufrimientos y enfermedades del campo de concentración; pero mamá estaba impaciente por volver a ver a su hijo. Yo estaba preocupada por ella, sobre todo porque los viajes, en aquella época, no eran muy seguros. Durante la semana que mi madre estuvo ausente, yo apenas pude dormir.

Otro superviviente de Kowno se había unido a Manfred y Dita; era un hombre joven al que llamaban Wulik, el equivalente de Bill en lituano. Dita había conocido a Wulik en Kowno. Cuando Wulik se presentó en la Agencia Judía de Francfort, Dita le reconoció y le invitó a compartir su apartamento con ellos.

Como mi hermano, Wulik también había estado internado en Dachau y, después de la liberación, se había quedado con el ejército norteamericano. Había hecho de intérprete principalmente, pero de vez en cuando también había ayudado en la cocina, donde recibió el apodo de “Bill Mantequilla-y-Mermelada”. Encargado de servir la mantequilla y la mermelada en el desayuno, este cocinero “experimentado” mezcló un día los dos ingredientes en una marmita grande. Los soldados se quedaron muy sorprendidos cuando vieron que Wulik servía en cucharones aquella mezcla pastosa; pero se la comieron con placer. Todos los soldados y oficiales querían a “Bill Mantequilla-y-Mermelada”, y el comandante del campo preparó todos los papeles necesarios para que pudiera emigrar a América cuando aquella unidad del ejército fuera repatriada. Wulik era el único superviviente de su familia. Sus padres y su

hermano habían sido asesinados en el gueto. Sin embargo, la perspectiva de ir a vivir a América no le atraía demasiado, ya que Wulik siempre había querido emigrar a Palestina, todavía bajo dominio británico en aquella época.

Antes de la guerra, Wulik había sido un sionista activo y nunca había renegado de sus ideales. En el campo de concentración había militado de forma activa en los movimientos clandestinos sionistas y antinazis. Cuando se reencontró a Dita en Francfort, se encargaba de pasar de forma clandestina a inmigrantes de Europa a Palestina, gracias a los contactos establecidos mientras trabajaba en el ejército americano en la frontera entre Checoslovaquia y Rusia.

Wulik se instaló en Francfort con Dita y Manfred, pero sus actividades le hicieron recorrer toda Europa. Trabajaba con antiguos soldados de la Brigada Judía y con otros emisarios venidos de Palestina para ayudar a los refugiados a organizarse y emigrar hacia lo que se convertiría en el Estado de Israel. Wulik comenzó a utilizar entonces su nombre hebreo, *Zeev*; hablaba mucho mejor hebreo que la mayoría de los emisarios de Palestina, ya que había estudiado en el Liceo hebreo de Kowno. Y cuando Ben Gurión vino a Europa a supervisar el trabajo que se estaba realizando con los refugiados, la forma en la que Zeev hablaba hebreo le impresionó tanto que no podía creerse que no hubiera estado nunca en Palestina.

Mi madre no había conocido a Wulik en Kowno, pero se entendieron muy bien desde el principio. Era un hombre joven, seductor, sensible, inteligente y de buena familia; era lo que nosotros, los judíos alemanes, denominamos un *Kinderstube*, que significa que había recibido una buena educación. Wulik admiraba a mi madre, una mujer inteligente, refinada, culta, que hablaba un alemán elegante y que siempre cuidaba mucho su aspecto, incluso tan poco tiempo después de la guerra. Desgraciadamente, mi madre había perdido la visión de un ojo debido a la falta de vitaminas y temía que se lo tuvieran que extirpar.

Mamá había llevado una foto mía para enseñársela a Manfred; cuando Zeev, que se había quedado impresionado con mi madre, vio aquella foto, decidió que yo sería la mujer con la que se casaría. Evidentemente, no contó ni a mi madre ni a nadie su proyecto secreto; además, yo todavía no le conocía. ¡Incluso ignoraba su existencia!

Mamá regresó a Feldafing, pero Manfred y Dita le habían pedido que me enviara a pasar unos días con ellos, así que me fui a Francfort en tren con mi prima mayor como acompañante. Todavía teníamos el proyecto de irnos todos juntos a América tan pronto como consiguiéramos los visados.

El viaje en tren de Munich a Francfort duró más de trece horas y fue una pesadilla. El vagón en el que viajábamos estaba lleno de gamberros alemanes borrachos. Yo me preguntaba permanentemente quiénes de entre todos ellos habrían pertenecido a las SS o quiénes habrían sido *kapos*. ¿Quiénes habrían asesinado a judíos y quiénes habrían robado sus pertenencias?

En Francfort, Manfred nos estaba esperando en la estación. Yo llevaba uno de mis dos únicos vestidos que me habían enviado mis primos de América. Era un vestido

corto, de adolescente; llevaba también unas medias blancas hasta la rodilla y zapatos de charol negros. Me había hecho un peinado con tupé que estaba de moda entonces. Pero tenía una infección grave en los ojos, que estaban muy hinchados, y mi figura estaba todavía sin formas definidas. En aquella época padecía también asma, por lo que tosía constantemente y respiraba con dificultad.

Cuando Manfred nos saludó calurosamente a mí y a mi prima, cogió la bolsa de ésta y nos dirigimos hacia la salida. Pero sin que Manfred lo supiera, Zeev también nos estaba esperando a mí y a mi prima en la estación a nuestra llegada a Múnich. Se mantuvo fuera de nuestro campo de visión hasta que llegamos a la casa. Cuando estábamos subiendo por las escaleras con las bolsas, apareció de repente, como por casualidad.

Me saludó con mucha amabilidad: “Ah, buenos días, usted debe ser Trudi, la hermana de Manfred. He visto su foto, y Manfred me ha hablado mucho de usted. ¡Encantado de conocerla!”. Zeev cogió inmediatamente mi bolsa y subió las escaleras con nosotros.

Mi primera impresión de Zeev fue muy favorable. Era muy delgado, con el pelo castaño oscuro y ojos inteligentes de color marrón. Aunque vestía de forma simple, mostraba solemnidad. Tenía seguridad en sí mismo sin ser presuntuoso, y pude ver inmediatamente que era una persona honrada y que se podía confiar en él. A pesar de todo lo que había sufrido, su comportamiento demostraba que era una persona culta y bien educada. Aparentemente, parecía que sabía lo que quería y que tenía una voluntad de acero. Todavía no habíamos terminado de subir la escalera y ya me había anunciado que iría a vivir a Palestina con él. Pensé que estaba loco.

Después de una semana muy agradable en Francfort volví a Feldafing y continué con mis estudios informales en el hospital. Los médicos y las enfermeras eran amables conmigo y estaban siempre dispuestos a enseñarme a trabajar en el laboratorio; pero me preguntaban sin cesar por qué nunca sonreía. “Eres joven e inteligente, pero tienes un aspecto demasiado triste”, me decían.

Yo respondía simplemente: “Tengo recuerdos demasiado horrorosos”.

¿Cómo explicarles que mis únicas sonrisas en los últimos cuatro años habían sido sonrisas falsas con el único objetivo de conseguir favores de los nazis?

Zeev venía a menudo a verme a Feldafing. Viajaba mucho debido a su trabajo, que era semiclandestino. Visitaba los campos de personas desplazadas para organizar grupos de jóvenes judíos y prepararles para emigrar a Palestina. Instructores procedentes de Palestina les enseñaban hebreo, cantos populares y el arte de la autodefensa, pero, sobre todo, se trataba de llevarlos hasta diferentes puertos del mar Mediterráneo. La Agencia Judía fletaba barcos para transportar a los refugiados hasta Palestina. Todo esto lo hacían contra la voluntad del Gobierno británico, que prefería ver a las víctimas de Hitler pudrirse en Europa antes que ayudarlas a reunirse con sus hermanos judíos, en Tierra de Israel, para comenzar una nueva vida.

Cada vez que Zeev venía a Feldafing pasábamos un rato juntos. Empecé a apreciar mucho su compañía. Y cuando estaba lejos, le echaba de menos y me preocupaba por él. Su trabajo conllevaba un elemento de peligro. No se podía saber nunca cuándo un grupo de gamberros decidiría atacar a un judío, a pesar de todo el daño que nos habían hecho ya los alemanes en el pasado.

Una tarde, alguien llamó a la puerta de nuestro pequeño apartamento de Feldafing y preguntó, en alemán, por mí. En aquel momento, mi madre y yo estábamos solas en casa. Mi primer pensamiento fue que debía ser un mensajero enviado por Zeev o quizá —me invadió el miedo por un momento— alguien con una mala noticia. Por suerte, no fue así. Lo que siguió a continuación fue una de las escenas más extrañas de toda mi vida, que me ha dejado un recuerdo indeleble.

Abrí la puerta y me encontré delante de un hombre grande y delgado, con el pelo oscuro, los ojos azules y una nariz “judía”. Me resultaba confusamente familiar, pero no podía acordarme de qué le conocía. Como se dio cuenta de que la expresión de mi rostro era de estupefacción, me dijo: “¿No te acuerdas de mí, Trudi?”.

Nada más escuchar su voz me acordé inmediatamente. Era Axel Benz, el soldado alemán que había trabado amistad conmigo y me había protegido cuando escoltaba a la brigada de trabajo en el gueto de Kowno, el que me había regalado su reloj de oro.

Nunca me imaginé que volvería a verle. Durante la guerra había conocido a muchísima gente y sabía que, a la mayoría de ellos, nunca volvería a verlos. Ocupaban un compartimento separado y lejano de mi memoria que visitaba muy pocas veces, porque hacerlo era demasiado doloroso. Y entonces aparecía Benz en esa zona de la memoria, sano y salvo. Me alegré mucho de volver a verle.

—¿Quieres venir a dar un paseo conmigo? —me preguntó—. Podríamos ir a beber un café los dos juntos.

Yo no podía aceptar su invitación. Me hubiera resultado desagradable que me vieran en público con un alemán.

—No —le dije—, pero puedes entrar. Siéntate.

Le señalé una silla junto a la mesa en la que comíamos, y Benz se sentó.

—¿Quieres beber o comer algo?

—Oh no, no puedo aceptar nada.

—Sí, sí que puedes. Ahora tenemos todo lo que necesitamos.

Puse a hervir un poco de agua para preparar un té y me senté junto a él en la mesa. “¿Cómo me has encontrado?”, le pregunté. Cuando alguien sobrevive a la guerra, siempre tiene miles de preguntas que hacer. Quizá le hubiera tenido que preguntar: “¿Por qué me has buscado?” o “¿Qué pasó contigo cuando tuviste que abandonar Kowno?”. Pero yo no tenía ganas de saber lo que había pasado con nadie que hubiera estado en el lado de mi enemigo mortal.

Benz me contó su historia sin que yo preguntara por ella. Su unidad fue enviada al frente ruso en 1943. Casi todos sus camaradas habían sido asesinados o capturados por los rusos.

Tanto mejor, me decía a mí misma. Se lo merecían. Si hubieran muerto más soldados alemanes, la guerra quizá hubiera terminado antes. Pero, ¿y si hubieran matado también a Axel Benz? Todos estos razonamientos eran demasiado complicados para mí. Benz no era un hombre malo. Había sido amable conmigo y nunca le vi comportarse cruelmente con nadie. No todos los soldados alemanes eran criminales sin sentimientos. Lo sabía, pero sus sufrimientos no eran nada comparados con los de los judíos. Mi cabeza y mi corazón se resistían a afligirse por los hombres por los que Benz guardaba duelo.

—Siempre buscaba tu nombre en las listas de refugiados —continuó Benz—. Me he acordado muchas veces de ti en la época de Kowno y he rezado mucho para que sobrevivieras. Finalmente, he visto tu nombre en las listas y he venido expresamente desde Colonia para verte. Quizá os hayan ayudado mis oraciones, ¡quién sabe!

Benz me hizo muchas preguntas sobre lo que me había pasado después de su salida de Kowno, y se conmovió cuando escuchó el relato de las innumerables atrocidades que los alemanes habían cometido contra nosotros. No pudo contener sus lágrimas y repetía llorando: “Me avergüenzo de mi país, me avergüenzo tanto”.

Me confió que estaba prometido con una joven italiana. La amaba, pero no estaba seguro de poderse casar con ella.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida.

—Porque quiero casarme contigo, Trudi.

Yo me quedé demasiado estupefacta para responderle. Era la última cosa en el mundo que hubiera podido imaginarme. Era tan absurdo que faltó poco para que soltara una carcajada. Pero me di cuenta de que Benz hablaba muy en serio y que estaba obligada a responder con seriedad. Titubeé un buen rato; no sabía por dónde comenzar. Al fin, le dije:

—No podría casarme nunca con un alemán después de lo que los alemanes han hecho a los judíos.

—Me convertiré al judaísmo y emigraré a Palestina —contestó.

No creía lo que estaba escuchando. Lo que me estaba proponiendo era algo imposible. No podría nunca convertirse en un judío. Todo el mundo se daría cuenta inmediatamente de que era un alemán, un antiguo soldado del ejército nazi. Me avergonzaría de que me vieran con él por la calle; por no hablar de casarme con él.

Benz era un hombre sensible y me había acompañado día tras día durante la triste marcha que teníamos que hacer desde el gueto hasta el hospital militar. Su amistad, que me había manifestado arriesgando su propia vida, me había dado fuerzas y valor para continuar luchando. Me había reforzado la esperanza de que algún día terminaría la guerra y me había regalado, en un gesto de extrema generosidad, su reloj de oro con la esperanza de que me ayudase a permanecer con vida, aunque casi me matan cuando lo cambié por comida.

Entonces me había dicho: “Espero que nos volvamos a ver”. Y yo lloré cuando le enviaron lejos de Kowno; ¿quién me protegería a partir de aquel momento?

Y Axel Benz apareció de nuevo. Me acuerdo de la gran gratitud que había sentido hacia él y me emocionó su propuesta impulsiva, pero me resultaba totalmente imposible aceptarla.

—Te lo ruego, esto es ridículo. No me conoces y yo tampoco te conozco a ti. No puedes pedirme que me case contigo de buenas a primeras. En cualquier caso, soy todavía demasiado joven. No tengo intención de casarme antes de haber terminado mi formación.

—Pero sí que te conozco. Me acuerdo muy bien de ti en el gueto de Kowno, de tu entusiasmo a pesar de lo mucho que sufrías. Eras una adolescente encantadora.

—Por favor, perdóname si soy brusca contigo, pero olvida todo eso. Has construido una imagen con tus recuerdos y te has enamorado de ella. Intentas compensar con un gesto personal lo que ha hecho tu país. Lo comprendo, pero...

Se levantó bruscamente y se puso a dar vueltas por la habitación muy agitado. Después me dijo:

—Veo que me he comportado como un imbécil. Te ruego que me perdones. Me voy inmediatamente. Adiós —y se dirigió a la puerta.

Yo le detuve.

—¿Regresas a Colonia?

—Sí, ¿por qué?

—Tengo una carta para un amigo mío de Francfort. Me harías un gran favor si pudieras echarla al correo de camino.

—Si es para tu novio, prefiero no llevarla.

Pero sí que la llevó.

Axel Benz era pintor. Por mi boda me envió un magnífico cuadro suyo que representaba un pueblo de Alemania. Hoy día todavía lo tengo colgado en mi casa de Jerusalén, aunque no mantengo ningún tipo de contacto con Benz.

Axel Benz no fue el único en mostrar interés por mí. Nuestros visados americanos tenían que llegar muy pronto, y Manfred y Dita estaban preparando ya nuestra travesía. Pero Zeev insistía en que nos fuéramos a Palestina. Ése era el país destinado a los judíos. Además, también quería casarse conmigo, aunque yo todavía no me sentía preparada para aceptar su propuesta. No tenía prisa por unirme de forma definitiva a nadie. Yo casi ni sabía lo que era el amor. No tenía ninguna experiencia sobre las relaciones personales, excepto el amor que había sentido por mi padre, que terminó en dolor y desolación, y el estrecho vínculo que me unía a mi madre, reforzado por unas circunstancias anormalmente duras. Durante la guerra, yo no había tenido la posibilidad de desarrollarme como una adolescente normal, con amigos y una vida personal. Incluso Manfred, mi hermano, se había convertido casi en un extraño para mí durante los años del gueto, ya que había seguido su propio camino. Yo me sentía muy joven. Los cinco años de guerra los había borrado de mi vida. No habían contribuido a mi proceso de madurez. ¿Quién podía pensar en

enamorarse en estas circunstancias? Era algo imposible. Zeev insistía, pero yo no quería ni oír hablar de matrimonio.

Entonces ocurrió algo que influyó mucho en el curso de nuestra vida futura. A comienzos de 1946, Manfred y Dita reservaron los billetes para viajar a América, pero mi madre y yo todavía no podíamos viajar. Nuestros visados aún no habían llegado. Manfred y Dita embarcaron solos, y nosotras nos fuimos a vivir a Francfort a su apartamento, con las escasas pertenencias que habíamos conseguido reunir después de nuestra liberación, una pequeña bolsa con ropa de segunda mano.

Cuando nos instalamos en Francfort dejamos de estar tan seguras de querer unirnos a Manfred y Dita en América. Zeev hablaba de Palestina con tanto entusiasmo que ya estábamos medio convencidas de irnos a vivir allí. No era una decisión fácil de tomar. Mamá y yo discutíamos sobre este tema durante horas y horas. Manfred y Dita nos metían prisa para que nos uniéramos a ellos y, evidentemente, mi madre y yo no queríamos vivir separadas de nuestros familiares supervivientes más próximos. Las dos nos entendíamos muy bien con Dita, y mamá deseaba estar cerca de sus nietos cuando éstos nacieran.

Aunque queríamos mucho a Zeev, su principal argumento contra nuestra emigración hacia América para unirnos a Manfred y Dita era más de naturaleza ideológica que personal. ¿Adónde debía ir a vivir un judío después de lo que nos habían hecho los no judíos durante la guerra?

Para nosotras, era evidente que debíamos abandonar Alemania y que, cuanto antes lo hiciéramos, sería mejor, aunque algunos supervivientes del Holocausto pensaran quedarse en este país. Yo me preguntaba: ¿cómo puede querer quedarse a vivir en este país un judío? No era normal. El lugar de un superviviente no era Alemania. No podía comprenderlo. ¿Qué podía esperar un judío en Alemania?

Zeev era un ardiente sionista, y sus argumentos eran convincentes. Yo, al contrario que él, nunca había estado en ningún movimiento juvenil sionista y, por tanto, no compartía su pasado ideológico. Sin embargo, mi madre y yo simpatizábamos con sus ideas. Mamá sí se había comprometido con el sionismo y había realizado actividades pro sionistas cuando vivía en Francfort. Había recolectado dinero para el Fondo Nacional Judío y, si mi madre no hubiera tenido el corazón tan delicado (a mi padre le preocupaba que pudiera afectarle el clima demasiado caluroso), se habrían ido a vivir a Palestina a mediados de los años treinta, después de ser expulsados de Alemania. Sin embargo, nuestras discusiones no eran teóricas; se trataba de decidir nuestro futuro. Pasábamos mucho tiempo sopesando los pros y los contras. Nuestros familiares más próximos se habían ido a vivir a América.

Pero, ¿era ése el país que nos convenía? ¿Estaríamos allí seguras? No había ninguna duda de que, en el plano material, la vida sería más fácil allí. Pero tampoco podía saber nadie cómo les iría a los refugiados judíos en América. Podía ser un país atractivo para los judíos, pero no había que olvidar que su patria era Palestina, cuyo futuro era bastante incierto. Todo esto sucedía antes de la decisión de Naciones

Unidas de dividir el territorio, en noviembre de 1947, y de la declaración de Independencia de Israel, en mayo de 1948. Entonces no alcanzábamos a ver que el Estado judío tendría que luchar duramente para asegurar su supervivencia.

Finalmente, fue Zeev quien tomó la decisión por nosotras. Nos persuadió de que los judíos debían vivir en su país y no ser extranjeros en ningún otro, a pesar de que Estados Unidos había sido muy generoso con los judíos. Así que decidimos rechazar los visados americanos. Cuando Manfred se enteró de nuestra decisión, nos tomó por locas, y supongo que se debió enfadar mucho al saber que habíamos rechazado los visados. Zeev todavía no me había convencido de que me casara con él, pero mi madre y yo estábamos muy unidas a él.

En Francfort llevábamos una vida bastante desorganizada y un poco enloquecida, sin estructura ni objetivos. La Agencia Judía distribuía cigarrillos y otros artículos de consumo; los que no consumíamos nosotras mismas, los cambiábamos por alimentos u otros productos.

Aunque los alemanes, en otro tiempo poderosos, habían sido vencidos, y Alemania estaba bajo administración militar de los aliados, los judíos no teníamos la sensación de ser vencedores.

Habíamos perdido demasiado. Muchos entre nosotros ardían en deseos de vengarse. Aunque yo odiaba mucho a los alemanes y los consideraba a todos como antiguos miembros de las SS, no podía vengarme de ellos de forma violenta. No era mi forma de actuar.

Yo tenía miedo de los alemanes; además, les odiaba profundamente, tanto por lo que nos habían hecho como por sus hipócritas manifestaciones de inocencia después de la guerra. De repente, nadie sabía nada de todo lo que habían hecho los nazis. Pero yo misma tuve ocasión de descubrir, de forma muy extraña, que algunos alemanes realmente ignoraban la verdad sobre los horribles crímenes que habían sido cometidos en su nombre.

En Francfort pasaba gran parte del tiempo siguiendo tratamientos médicos. La herida de mi pierna se estaba curando bien, pero cojeaba mucho todavía. Tampoco estaba completamente recuperada de la tuberculosis y tenía que ponerme inyecciones de calcio. Además, tenía un quiste en la espalda, y había que operarme. Debido a las dolorosas intervenciones quirúrgicas que sufrí en el campo de concentración de Stutthof, esta operación me aterrorizaba. Y allí, por lo menos, los médicos habían sido judíos. Pero esta vez estábamos en Alemania. Los médicos y las enfermeras serían alemanes, y esto no me inspiraba demasiada confianza.

La operación estaba considerada como una intervención de rutina bastante simple, no obstante tenían que anestesiarme. Durante la operación, mi madre se quedó esperando en el pasillo del hospital junto a Zeev. De repente, las enfermeras salieron corriendo de la sala de operaciones, gritando y llorando: “¡Qué horror! ¡Es espantoso! ¿Cómo es posible?”.

Mi madre y Zeev se asustaron mucho. Pensaron que me había muerto en la mesa

de operaciones. Zeev gritó: “¿Qué pasa con Trudi?”. El médico que me estaba operando le escuchó desde el interior de la sala de operaciones y le gritó: “No se preocupe. Todo va bien”. Poco después, las enfermeras se tranquilizaron y volvieron a su puesto de trabajo. En poco tiempo, extrajeron el quiste sin problemas.

Supimos después que, bajo la influencia de la anestesia, yo había comenzado a contar los horrores del campo de concentración y del gueto. A las enfermeras les afectó demasiado todo lo que yo estaba contando y tuvieron que salir de la sala de operaciones. El único que resistió mi relato fue el médico y lo hizo porque estaba en mitad de una intervención quirúrgica y no podía irse. Más tarde, cuando me estaba restableciendo, vino a pedirme perdón de rodillas por todo lo que me habían hecho los alemanes. Venía a verme dos veces todos los días y me traía flores, pero a mí me resultaba difícil aceptarlas.

Por aquella época yo no tenía ninguna intención de perdonar a los alemanes. Quería abandonar este país lo antes posible. No podía imaginarme entonces que llegaría un día en el que estaría dispuesta a regresar a Alemania y a reencontrarme con alemanes, aunque podía perdonar a algunas personas que sabía que eran inocentes, como Axel Benz o el médico que me operó del quiste e imploró mi perdón.

Mi madre se restableció admirablemente después de la liberación, sin sufrir depresión en ningún momento, a pesar de su profundo dolor. Toda su fortaleza de carácter se puso de relieve cuando tuvo que enfrentarse a la tarea de construir una nueva vida a una edad a la que, en circunstancias normales, hubiera podido esperar vivir confortablemente y consolidar sus experiencias, mientras sus hijos se hacían mayores.

A pesar de sus problemas de salud, mi madre afrontó su futuro con valor. Aparte de la tuberculosis, los campos de concentración y de trabajo le habían dejado con graves problemas físicos. Cuando perdió por completo la visión de un ojo como consecuencia de la falta de vitaminas, tuvieron que extirpárselo. Le pusieron un ojo de cristal, pero de una calidad mediocre que se notaba mucho, lo que turbaba bastante a mi madre, pues ella daba mucha importancia a su aspecto físico. Hasta el día de su muerte, siempre fue muy cuidadosa con su aspecto y se vistió con mucho gusto, sin caer nunca en la extravagancia ni en el exceso. Era una gran dama.

Como no poseíamos absolutamente nada, la preocupación prioritaria de mamá era que yo aprendiera correctamente un oficio. Como había mostrado interés por el laboratorio médico de Feldafing, decidimos que me matricularía en el Instituto Paul-Ehrlich, en Francfort, para convertirme en técnica de laboratorio.

Los estudios me parecían muy difíciles; la guerra me había impedido completar la enseñanza secundaria y, además, me resultaba muy desagradable el hecho de tener profesores alemanes y estar rodeada de alumnos alemanes después de mis vivencias en los campos de trabajo y concentración. Soy sociable por naturaleza, pero rechazaba hacer amigos en el instituto. Cada día, después de mis clases, volvía directamente a casa con mi madre.

Los meses pasaban, y Zeev me preguntaba sin cesar cuándo nos prometeríamos. Siempre se portó como un caballero, y no había ninguna duda de que yo apreciaba infinitamente su compañía. Además, estaba muy orgullosa del trabajo que hacía: organizar la inmigración judía en Palestina. Europa estaba en aquellos años llena de judíos sin domicilio, de personas que habían perdido a su familia y todas sus posesiones en la guerra y que no tenían ningún sitio al que volver. ¿Cómo se podía enviar a un judío a Polonia, a Ucrania, a Lituania o a cualquier otro país en Europa, cuando los cristianos habían ayudado a los alemanes a masacrar a los judíos con tanto entusiasmo? Cada centímetro cuadrado de Europa estaba impregnado de sangre judía. La tierra era un inmenso cementerio judío. Los vientos estaban cargados de nuestras cenizas.

El único sitio en el mundo que deseaba ardientemente acoger a todos estos refugiados judíos era el *Jischuw* en Palestina, pero los británicos habían cedido ante las presiones de los árabes y habían cerrado los accesos a Palestina. En estas trágicas circunstancias, Zeev y sus camaradas, muy comprometidos con el movimiento de inmigración clandestina, no sólo salvaban vidas y daban un futuro a toda esa gente, sino que estaban construyendo también los cimientos del Estado judío. Yo estaba entusiasmada al verme implicada en una empresa tan importante, aunque sólo fuera como amiga y colaboradora ocasional de Zeev.

Su persistencia en las peticiones de matrimonio me enfrentaba a un dilema. Discutía de todo esto con mi madre:

—¿Qué voy a decir a Zeev? ¿Qué debo hacer? Le quiero demasiado para hacerle daño, pero no tengo todavía claro si debo casarme ya. ¿Qué harías tú en mi lugar?

Mi madre me escuchaba con atención y se tomaba mucho tiempo antes de responderme.

—Si realmente quieres saber lo que pienso, te diré que eres todavía demasiado joven para pensar en casarte —y me decía esto mirándome, para ver mi reacción.

—Pienso lo mismo que tú. Mi infancia ha sido truncada. A veces tengo la impresión de tener todavía once o doce años. Los cinco años del Holocausto no han contado para mí. No me han aportado nada. Tengo que recuperar mi juventud.

—Tienes razón. Tienes que vivir, tienes que divertirte, tienes que madurar. Es demasiado pronto para que asumas la responsabilidad del matrimonio. Incluso en circunstancias normales, si tu padre estuviera todavía vivo y no hubiera habido una guerra, serías demasiado joven para casarte. Pero, ahora que has perdido a toda tu familia y que tu padre no vive ya para ayudarte, ¿cómo puedes pensar en casarte?

—Tienes razón. Se lo explicaré a Zeev. Y esperaremos todavía un par de años.

Pero cuando intenté razonar con Zeev, ese hombre tan razonable no quería escuchar razones. Tenía un único argumento:

—Te amo, Trudi. Sé que me casaré contigo. Entonces, ¿por qué esperar?

—Pero no tienes ninguna profesión. Tenemos que ahorrar dinero antes de casarnos.

Ése era un punto clave. Zeev pensaba estudiar ingeniería, pero no quería quedarse en Alemania más tiempo del que fuera necesario; su trabajo para el movimiento de inmigración clandestina le absorbía todo su tiempo y energía. Se sentía obligado a continuar haciendo este trabajo todo el tiempo que fuera necesario. Pero conocía bien a mi madre y la respetaba. ¿Qué madre judía de su clase social no soñaba con casar a su hija con un abogado, un médico o un hombre que tuviera una situación y un futuro asegurados? Zeev compartía estos valores de mi madre. Quería poder ofrecer a su mujer y a sus hijos una vida segura.

Por otra parte, mi madre quería mucho a Zeev y le admiraba. Siempre decía de él que tenía “buenas raíces” y estaba contenta de que yo estuviera con Zeev y no con un hombre poco seguro de sí mismo, cuyo carácter se hubiera perdido en los campos de concentración y de trabajo. Pero mi madre también deseaba que yo tuviera la posibilidad de adquirir una formación. Ella me decía muy claramente lo que pensaba cuando le pedía su opinión, pero no intervenía nunca cuando advertía que yo no iba a tenerla en cuenta. Era una mujer muy inteligente.

Yo estaba segura de una cosa: que sólo podría casarme con un superviviente del Holocausto. Cualquier otra persona que no hubiera pasado por esta experiencia no podría comprenderme nunca. Zeev y yo nos compenetrábamos perfectamente. A fuerza de escucharle hablar de matrimonio, comencé a ver esa posibilidad con mejores ojos. Y el 1 de junio de 1946 nos prometimos. Escribí a mi hermano y a mi cuñada para anunciárselo y, de forma impulsiva, escribí también una nota a Axel Benz, que me había enviado una notificación de su boda. Tanto Manfred y Dita como nuestros primos americanos nos enviaron telegramas de felicitación, y Axel Benz me envió un magnífico cuadro suyo con la dedicatoria “Para Trudi Simon”. A pesar de que a Zeev le encantó aquel regalo, consideraba que Axel debería haber escrito “Para Trudi Birger”.

Nos casamos el 30 de junio de 1946 en el patio del edificio en el que vivíamos en Francfort. No hubo muchas personas en la ceremonia; diez hombres para las plegarias y un par de amigos.

Nuestro apartamento no estaba situado en un barrio demasiado bueno, y todos nuestros vecinos no judíos siguieron la ceremonia desde sus ventanas. Escuché decir a unos: “Pero si es una niña la que se casa”. ¡Quién se hubiera imaginado que, después de Hitler y sus crímenes, todavía se celebraría una boda judía en Francfort!

Zeev y yo no teníamos ni una perra chica y casi no teníamos con qué vestirnos. ¡Hasta su único pijama tenía varios agujeros! Sin embargo, nos fuimos de viaje de novios. Mi madre nos dio una sorpresa cuando nos ofreció ir una semana a una pensión familiar en Taunus. Yo asociaba aquel lugar al horrible domingo de mi infancia en el que los soldados nazis nos amenazaron a mí y a toda mi familia con fusilarnos al regreso de una gira. Pero Zeev y yo pasamos una semana maravillosa en el campo. La dueña de la pensión había colocado una pequeña pancarta en la puerta de nuestra habitación que decía “Bienvenidos, señor y señora Birger”. Era la primera

vez que me sentía de verdad como “señora Birger”.

Todas las mañanas íbamos a recoger fresas al campo, y la dueña de la pensión nos daba nata para comerlas. En el huerto había también unas cerezas riquísimas, y Zeev y yo cogíamos todas las que podíamos comer; cuando volvíamos a la pensión, yo llevaba siempre en cada oreja dos cerezas colgadas como si fueran pendientes. Desde entonces, cada aniversario de nuestra boda compro cerezas para celebrarlo, pero nunca nos saben tan ricas como aquéllas. Había pasado ya un año desde nuestra liberación, pero habíamos estado tanto tiempo sin poder comer fruta fresca que nunca nos saciábamos.

La salud de Zeev había empeorado también gravemente en Dachau, y, durante el primer año de nuestro matrimonio, mi madre procuró que comiera a menudo fruta y verdura frescas. Continuábamos viviendo los tres juntos en el mismo apartamento, y Zeev y yo no teníamos ni la más mínima impresión de ser molestados. Zeev y mi madre se llevaban tan bien que mi madre casi llegó a remplazar a la madre que él había perdido en el gueto de Kowno. Zeev continuaba trabajando, y yo estudiando, pero se puede decir que, durante dos o tres años, llevamos una existencia prácticamente desprovista de estructura. No creábamos ningún tipo de vínculo con Francfort, ya que sabíamos que nos iríamos a vivir fuera de Alemania. Nuestra vida adquirió un perfil definido cuando nos fuimos a vivir a Israel.

Cuando nos casamos, ya no quedó ninguna duda de que nos iríamos a vivir a Israel. La única cuestión era cuándo podríamos partir. Los británicos habían reducido la inmigración legal a un goteo mínimo. Interceptaban barcos llenos de inmigrantes clandestinos e internaban a estas personas en campos en Chipre. Durante todo este tiempo, Zeev se mantuvo muy activo en el movimiento y era una persona tan indispensable en Europa que él mismo no podía obtener la autorización para emigrar. Pero, por fin, en noviembre de 1947, la obtuvimos.

En sentido estricto, nosotros éramos también inmigrantes clandestinos, pero la Agencia Judía experimentó con nosotros una nueva estrategia. En vez de intentar burlar el bloqueo británico para desembarcar de noche en una playa aislada, como habían hecho tantos otros barcos cargados de inmigrantes ilegales, a nosotros nos entregaron documentos personales de palestinos que habían muerto; teníamos que hacer como si volviéramos a Palestina de un viaje por Europa, aunque cualquier persona sólo con mirarnos se habría dado cuenta de que éramos supervivientes del Holocausto. Quizá pudiéramos engañar a los guardacostas británicos o, probablemente, hicieran la vista gorda.

Hicimos la travesía en un yate prestado por la familia Rothschild. Las circunstancias del viaje no fueron precisamente lujosas, y el barco iba muy lento, pero todos estábamos de excelente humor. ¡Qué diferencia entre este viaje y el que hicimos en el mar Báltico, con todo su horror, que casi nos lleva a la muerte!

Además de tuberculosis, tuve asma durante todo el tiempo que estuve en

Alemania, aunque de niña nunca había sufrido esta enfermedad. Curiosamente, mi asma desapareció en el momento en el que pisé el barco. Y además, por primera vez en años, reía libre de toda preocupación. Bailábamos en la cubierta del barco.

Yo me divertí mucho durante aquel viaje. El capitán griego, un seductor, se fijó en mí. Se quedó bastante decepcionado cuando supo que estaba casada, pero era un caballero y nos invitó a los tres, a Zeev, a mi madre y a mí, a cenar en su mesa. A mí me permitió también pasar un día en el puente de mando y me prestó unos prismáticos. Me mostró las islas griegas que podíamos ver; yo estaba entusiasmada como una niña pequeña.

El yate de Rothschild era bueno para navegar por alta mar, pero no era tan rápido como un transatlántico. Nuestro viaje duró casi dos semanas; y durante todo este tiempo, nunca flaqueó la atmósfera de entusiasmo que reinaba a bordo. Nos abrazábamos los unos a los otros, felices, y cantábamos canciones hebreas. Durante el viaje forjamos amistades que todavía mantenemos hoy, más de cincuenta años después.

La última tarde, cuando el capitán nos anunció que veríamos tierra de un momento a otro, todo el mundo permaneció en la cubierta. Nos quedamos allí durante horas, con los ojos fijos en el horizonte oscuro, con la esperanza de ver los primeros resplandores de la costa. De repente, en mitad de la noche, alguien distinguió las luces de Carmel, ¡luces de casas y de calles judías!

Por fin, después de haber sido expulsados de tres países y de haber perdido varias casas, una detrás de la otra, teníamos a la vista un país que era el nuestro. Yo temblaba de alegría, como si aquello fuese un sueño, y estaba demasiado excitada para dormir. No me acosté en toda la noche. Me quedé contemplando las luces de la costa mientras nos aproximábamos muy lentamente —o así me lo pareció—. No me daba miedo lo que me esperaba. Estaba llena de alegría y esperanza.

Atracamos el 20 de noviembre de 1947 en Haïfa. La nueva estrategia de la Agencia Judía había sido un éxito, y nuestro barco fue el primero en desembarcar sin ningún problema su cargamento de inmigrantes. Cuando pisamos tierra, todos la besamos; no lo teníamos planeado, pero hacerlo me pareció la cosa más natural del mundo después de posar por primera vez el pie en el suelo de nuestra patria. Después, estreché a Zeev y a mi madre contra mi corazón. ¡Era el comienzo de una nueva vida!

Una nueva vida en Israel

Mi madre, Rosel Simon, falleció en 1983, después de treinta y cinco años de una vida muy completa en Israel. Con su muerte, mi marido y yo perdimos nuestra compañía más querida. Ella estaba muy unida a nuestros hijos, que la adoraban. Mi madre conocía también muy bien a los dos hijos de Manfred y Dita, y vivió lo suficiente para conocer a una bisnieta, la hija mayor de mi hijo Doron. La muerte de mi madre fue un golpe muy duro para todos nosotros. Mamá, con su inteligencia, había contribuido mucho a nuestra felicidad.

El entierro de mamá fue uno de los momentos más dolorosos de mi vida después de la liberación. Un año después de su muerte, e incluso después, yo era todavía incapaz de reírme. Volvieron a mí todos los terribles recuerdos del Holocausto, todo el miedo y la angustia que había vivido con ella. Yo hablaba a menudo con mi madre de todas esas atrocidades. Y, de repente, no había nadie con quien pudiera compartir todos aquellos recuerdos. Mamá había sido mi mejor amiga en el gueto, cuando yo era una niña, ya que todas mis amigas de clase habían sido asesinadas; ella era la única que podía comprender todo el horror que habíamos pasado juntas, momentos como el asesinato de mi tío Benno en presencia de su propia madre. Mamá había experimentado por sí misma lo que significaba el profundo dolor de regresar al gueto después de realizar un trabajo humillante en el hospital militar y averiguar que mi querido padre, su esposo bien amado, había sido fusilado. Ella había sentido el miedo desmoralizador que llenaba nuestra vida cada día en el campo de trabajo y en el campo de concentración, el miedo de ser separadas por la muerte. Ahora que la muerte nos había separado, incluso aunque yo sabía que mi madre había vivido muchos años después de la guerra, yo sentía una desolación inconsolable.

Nuestra vida en el nuevo Estado de Israel no fue nada fácil ni confortable durante los primeros años, pero mi madre nunca se quejó. Ella no había consentido en ir a vivir a Israel por mí y por Zeev, sino que se había comprometido con la vida en Israel y amaba este país. Se convirtió en una sionista activa y en una patriota entusiasta; aprendió hebreo, aunque no lo hablaba muy bien, y los tres nos ayudamos mutuamente a comenzar una vida juntos. Mi madre compartía nuestras dificultades con buen ánimo.

Los primeros años después de nuestra llegada a Israel vivimos en Haifa. Zeev y yo compartíamos una habitación alquilada con mamá. Él y yo trabajábamos fuera de casa, y mamá hacía tartas para ganar un poco de dinero suplementario. Fuimos felices en aquella habitación. No poseíamos casi nada; lo único que habíamos traído de Europa era la ropa usada que nuestros primos nos habían enviado de América, el cuadro que Axel Benz nos había regalado por nuestra boda y la manta con manchas

de sangre que me había dado el cocinero en la barca. Pero no necesitábamos mucho más. Estábamos tan felices de estar vivos que no éramos demasiado exigentes.

Antes de la guerra, mi madre había llenado nuestra casa de cosas bonitas, pero ya no nos quedaba ninguna. Mamá no sintió nunca amargura por todas esas pérdidas; hasta el día de su muerte, continuó siendo la dama distinguida que había sido en Francfort, vestida con un gusto refinado, y solemne en sus modales. Leía siempre mucho y se interesaba por la cultura, las ideas y los acontecimientos contemporáneos. Comenzó a tocar el piano de nuevo cuando pudimos permitirnos comprarle uno. Mis hijos la adoraban, la admiraban y buscaban su compañía; estaban muy orgullosos de su abuela.

Debido a la intimidad y al cariño que se habían desarrollado entre nosotras en el gueto y en los campos de trabajo y de concentración, mi madre y yo éramos las mejores amigas que se pueda imaginar. Nos compenetrábamos perfectamente. Yo podía hablar con ella de todo y pedirle consejo. Ella mantuvo hasta el final un espíritu vivo y abierto ante todo. Pero, desgraciadamente, mi madre estuvo impedida durante los últimos años de su vida. Como consecuencia de una fractura de fémur que se había infectado, sólo podía moverse con alguien que le ayudara. Pero soportaba el dolor y la adversidad con su coraje habitual.

Mamá nunca se quejaba, y Zeev y yo tampoco. Todos trabajábamos mucho y nos contentábamos con muy poco. Lo importante para nosotros era estar los tres juntos en nuestra nueva patria. Pero para mí y para mi madre, las tensiones y los peligros de la guerra de la Independencia no eran nada fáciles de soportar. Ella se preocupaba siempre por nosotros, pero dominaba su angustia con valentía. Un día explotó una bomba en el centro de Haïfa, cerca del lugar donde trabajábamos Zeev y yo. El ruido de la explosión nos trasladó de forma brutal a la época en la que los rusos bombardearon Stutthof. A mamá le afectó muchísimo todo aquello; no podía soportar la idea de que yo pudiera ser víctima de otra bomba y, por tanto, acepté la idea de buscar un trabajo más cerca de nuestra casa, donde los actos de terrorismo no estuvieran tan presentes.

Zeev y yo servimos en el ejército israelí durante la guerra de Independencia. Yo trabajaba como técnica de laboratorio en un campamento militar y hacía análisis de sangre a los reclutas; Zeev era soldado. Durante el día todo iba bien, pero por las noches tenía pesadillas horribles. La noche es siempre el peor momento para un superviviente. Los recuerdos afluyen, y nada los detiene. Un día, durante la guerra de Independencia, me quedé a dormir en el campamento militar y me desperté a medianoche en mitad de una horrible pesadilla; soñaba que estaba de nuevo en el campo de trabajo de Torun. Los *kapos* me estaban sujetando para pegarme; mi pierna estaba infectada. Desperté a todo el mundo con mis gritos, pidiendo ayuda en alemán y en yídish. Necesitaron mucho tiempo para calmarme y hacerme comprender que estaba sana y salva en Israel.

Cuando vivíamos en Haïfa, a menudo me sorprendía a mí misma contemplando el

mar y pensando en mis dos viajes en barco: en nuestro viaje lleno de alegría hacia Israel, cuando, por fin, pude volver a sonreír y en el que el capitán griego fue muy amable con mi familia y conmigo, y en la pesadilla que vivimos en la bodega de la embarcación en el mar Báltico, donde temía cada día que nos tiraran a mi madre y a mí al mar helado, como ya habían hecho con las otras *Mussulmen* medio muertas. Contemplaba el mar Mediterráneo, azul y templado, pero yo no veía otra cosa que agua helada y olas en torno a nuestro barco hundiéndose, y casi quería volver a gritar de nuevo “*Shema Israel*”. Entonces pisaba con fuerza el suelo para recordarme a mí misma que estaba a salvo y en Israel.

Después de la guerra de Independencia, lo que más deseaba era tener hijos, pero todavía tenía tuberculosis. Además, se habían declarado nuevos focos de infección en mis pulmones. Me decían que no podría tener hijos, pero esto me rompía el corazón de tal manera que no aceptaba ese diagnóstico.

“¿Y por qué no?”, preguntaba a los médicos. “¿Quién estaría en peligro? ¿Yo o mis hijos?”. Cuando supe que sería yo y no mis hijos, decidí aceptar ese riesgo. Merecía la pena. Mi primer hijo, Doron, cuyo nombre significa “don”, nació en 1951. El ginecólogo que me ayudó en el parto había conocido a Zeev en Dachau, y debo sólo a sus desvelos el que pudiera dar a luz de forma natural y no por cesárea, lo que me permitió tener otros dos hijos después, Oded y Gil.

Zeev y yo nos esforzamos para que nuestros hijos no crecieran entre las sombras del Holocausto. Sabían que éramos supervivientes, pero nunca les abrumamos con horribles detalles. Eso no significa que yo me avergüence de ser una superviviente del Holocausto; al contrario, estoy muy orgullosa de haber sobrevivido a aquel infierno.

Mi principal objetivo era ser para nuestros hijos una madre normal, equilibrada y positiva. Quería que ellos nos admiraran, a mí y a Zeev, como individuos y no que se compadecieran de nosotros como víctimas. Tampoco quise nunca que mis hijos notaran que yo había interrumpido mi educación. Siempre leí mucho y me preocupé por adquirir una cultura general para poder hablar con ellos de sus deberes escolares y para ayudarles cuando lo necesitaran. Trabajé durante años como técnica de laboratorio en diferentes hospitales y, simultáneamente, me matriculé en varios cursos para obtener el equivalente a una licenciatura en microbiología.

No practiqué nunca más el estricto judaísmo ortodoxo de mi juventud. Quizá perdiera la fe cuándo mataron a mi padre. Dudaba de Dios porque había permitido que asesinaran a mi padre, un hombre piadoso y bueno, cuando intentaba salvar a niños inocentes. Yo buscaba a Dios, pero a menudo no estaba allí, aunque a veces tenía la impresión de que escuchaba mis oraciones, como en la barca en el mar Báltico o cuando mi madre se curó milagrosamente de la disentería después de la guerra.

Durante el Holocausto encontraba fuerzas en una fórmula que me repetía a menudo: “Un golpe a la derecha, un golpe a la izquierda, ojalá que no me dé”. Esto

me infundía valor. Cuando tenía suficientes fuerzas podía influir en las personas que me rodeaban para que ellas volvieran a encontrar también un poco de aliento. Teníamos que demostrar a los alemanes que éramos fuertes, que no nos desmoronaríamos. A menudo, pensábamos “es el final”; pero no lo era.

Las posibilidades de sobrevivir eran mínimas, y el sistema era tan cruel que cada persona que sobrevivió lo hizo gracias a un milagro. Pero el milagro no era externo; creo que, para que sucediera este milagro, la víctima tenía que tener una reserva increíble de fuerzas en su interior. Para permanecer vivos hasta nuestra liberación, teníamos que luchar contra la desesperanza. Yo siempre esperaba que nos salvaran y siempre sentía cólera contra el mundo porque callaba. ¿Cómo podía ser que durante aquel horror tan largo nadie viniera a liberarnos?

Todavía hoy día, una parte de mi yo me dice: “¡Suprime estos cinco años de tu vida! ¡No hables de ellos! ¡Vive en el presente y para el futuro!”. Esta parte de mi yo pretende expulsar estos recuerdos, escaparse de ellos. Pero no lo consigue del todo, porque otra parte de mi yo reivindica este pasado, afirma que no se debe huir de él, que, si lo hiciera, sería una ofensa a la memoria de todos aquellos que han sufrido y a la inmensa cantidad de víctimas que no consiguieron sobrevivir. Por ello, a menudo voy a hablar de este tema ante grupos escolares israelíes el día del recuerdo del Holocausto. Para mí es agotador y doloroso exponer mis terribles recuerdos ante un grupo. Mientras hablo, no veo delante de mí a adolescentes; veo el gueto y los campos de trabajo y de concentración; veo a las *Mussulmen*; veo cadáveres. Y regresan a mí todos los miedos de aquellos años. Sin embargo, aunque sea agotador, continúo haciéndolo. Creo que es un deber transmitir la historia del Holocausto a las generaciones más jóvenes mientras haya supervivientes para contarla.

Hace un par de años se organizó en Jerusalén una reunión de supervivientes del Holocausto. Me enteré de que iba a celebrarse y, en principio, pensé que no me interesaría; y decidí no asistir. Sin embargo, una fuerza me condujo hasta esa reunión. Una vez allí, fui incapaz de irme. Nada hubiera podido sacarme de allí. Terminé pasando tres días completos en aquellas conferencias, prácticamente sin ir a casa.

Pasé mucho tiempo mirando a los supervivientes. Les veía entrar erguidos y normales; pero, nada más entrar en aquella sala, comenzaban a caminar en una posición torcida y torturada. Sus espaldas se encorvaban, movían sus brazos con torpeza, comenzaban a cojear e inclinaban la cabeza en un ángulo extraño. Se convertían en lo que habían sido cuarenta años antes.

Habían colocado carteles para cada gueto y para cada campo de concentración con las listas de los supervivientes. Nos agrupábamos bajo estos carteles y buscábamos los nombres de las personas que habíamos conocido. Yo no reconocí a nadie del gueto de Kowno ni de Stutthof entre los que fueron a aquella reunión, pero encontré el nombre de varias chicas que habían ido a la misma clase que yo en Kowno, antes de la guerra. Vivían en Australia. Y me decía: “Gracias a Dios que están vivas”. Pero como no pude conseguir su dirección, no pude escribirles.

Muchos de los supervivientes del Holocausto tienen serios trastornos psicológicos; yo “sólo” tengo insomnio. No es que tenga pesadillas permanentes, simplemente no consigo dormir. Me desenvuelvo muy bien en la vida cotidiana, pero cuando sobreviene una crisis, y la vida de Israel es rica en crisis, me digo: “No puedo continuar más”. Durante la guerra de Yom Kipur, mi marido y mis dos hijos mayores fueron movilizados. Yo me presenté como voluntaria para trabajar en hospitales. Tricotaba gorros de lana para los soldados y visitaba a las familias de los heridos y de los que habían muerto; durante todo aquel tiempo, me sentí al borde del desmoronamiento. Mi hijo Oded, que estaba en una unidad de carros de combate, participó en una de las batallas más sangrientas de la guerra, y yo no podía soportar que estuviera expuesto a tanto peligro. Cuando supe que estaba sano y salvo, tuve la impresión de haber sobrevivido una segunda vez a los campos de concentración y trabajo.

Me siento incapaz de ir a un cementerio, excepto para ir a la tumba de mi madre todos los viernes. Cada vez que voy allí, veo las pilas de cadáveres esqueléticos de Stutthof, veo los cadáveres de mis amigos, de mis hermanos judíos que tuvieron una muerte horrible. Casi peor que la muerte fue el proceso de degradación que la acompañó. Los alemanes nos trataban como sabandijas antes de asesinarnos, y como basura cuando ya habíamos muerto. Sin embargo, éramos seres humanos, dignos de respeto.

Una forma de responder a toda esta degradación, una forma que eligieron muchas personas, hubiera sido convertir en un “oficio” mi estatuto de superviviente. Hubiera podido haber consagrado mi vida a la enseñanza del Holocausto y a proyectos conmemorativos. Como ya he mencionado, he explicado a menudo mis vivencias a grupos de escolares y también he escrito este libro, porque pretendo que se mantenga el recuerdo de las ignominias que los nazis infligieron a los judíos.

Este trabajo de conmemoración es, sin duda, esencial. Tengo mucho respeto por las personas que han construido la *Yad Va-Shem* en Jerusalén, la institución que conmemora el Holocausto, y por los monumentos conmemorativos en Israel y en el extranjero. Si todas estas personas no hubieran reunido documentos, creado museos y organizado programas educativos, el pueblo judío hubiera podido estar tentado de olvidar el Holocausto. Y si nosotros, los judíos, hubiéramos olvidado el Holocausto, los no judíos hubieran aprovechado esta oportunidad para eliminar de su memoria estos hechos; y entonces, la terrible herida que sufrimos los judíos nunca hubiera cicatrizado bien y se habría enconado en una vergonzosa oscuridad, se habría convertido en un secreto maldito, escondido en el corazón de la humanidad, que habría engendrado otros males. Pero, por mi parte, no hubiera podido convertirme en portavoz a tiempo completo de las víctimas del Holocausto. Me preocupan demasiado los asuntos sociales como para hacer eso.

Se podría decir que la única cosa que no es totalmente “normal” en mí es que consagro casi todo mi tiempo a proyectos de voluntariado. La lección personal que

saco de todos los sufrimientos que mi familia y yo hemos pasado es que tenemos que esforzarnos por ayudar a otras personas de forma altruista. Quizá trabaje hoy día como voluntaria para ayudar a la gente porque he sido testigo de una degradación absoluta de la dignidad humana.

Comencé con este trabajo de voluntariado a principios de los años cincuenta, pero entonces, siendo una joven esposa y madre, no tenía casi tiempo para emprender proyectos a gran escala. Estaba muy ocupada criando a mis dos hijos mayores, realizando tres trabajos a tiempo parcial —hasta que al final conseguí un empleo a tiempo completo— para así ganar un poco de dinero para mantener la casa, y recuperar el retraso que había sufrido en mis estudios cuando era una niña.

Fue después de instalarnos en Jerusalén, en 1957 —yo estaba entonces embarazada de mi tercer hijo—, cuando comencé a participar en un programa de la B'nai Brith, una organización para ayudar a inmigrantes de países orientales; se trataba de que cincuenta mujeres “adoptaran” cada una a una familia en un barrio de Jerusalén, en Romena, que sufría problemas sociales graves.

Yo me di cuenta enseguida de que podía hacer muchas cosas útiles. Las mujeres no habían aprendido todavía a utilizar de forma racional los productos de alimentación israelí tradicionales. Comencé por ayudarles a preparar sus comidas diarias y a establecer un presupuesto alimentario; en muchos casos, procuré que tuvieran carne o pollo para el *shabbat* o para la comida de los días festivos.

A muchas de estas familias les faltaban las cosas más básicas: camas, ropa de cama, aparatos de calefacción de queroseno y ropa. Yo comencé a ir de tienda en tienda y de fábrica en fábrica y conseguí convencer a muchos de que aportaran alguna contribución material para estas familias. También comencé a juntar ropa usada de mis amigos. Cuando estoy convencida de algún proyecto, consigo también con facilidad convencer a los demás.

Las familias del barrio de Romena eran extraordinariamente afectivas y receptivas, y rápidamente me sentí muy unida a ellas. En cierta medida, es curioso que una persona con mi pasado, de una familia europea y burguesa, que sobrevivió al gueto y a los campos de concentración y de trabajo, pueda comunicarse tan fácilmente con personas tan diferentes.

El secreto reside, quizá, en el hecho de que nunca tuve una actitud altiva con estas familias. No intenté nunca reducir de forma artificial la distancia existente, pretendiendo ser otra cosa de lo que soy; tampoco estuve nunca tentada de obligar a aquellas familias a ser otra cosa de lo que eran. Se vislumbraba la sinceridad de mi interés por sus problemas, a pesar de las diferencias que nos separaban.

Pronto comencé a dedicar todo mi tiempo libre a este proyecto. Sus problemas eran tan grandes que no podía ignorarlos. Corría hacia allí directamente nada más terminar mi trabajo e iba de casa en casa para ver qué necesidades tenían; después me dirigía a otras personas para que me ayudaran a satisfacer esas necesidades.

Mientras yo me implicaba cada vez más con estas familias adoptadas, las otras

mujeres que habían comenzado a trabajar conmigo en este proyecto lo iban abandonando poco a poco. Se daban cuenta de que la única forma de tener un poco de éxito era trabajando día y noche como yo, sin descanso. Y no sentían el mismo compromiso con este proyecto. “No somos asistentes sociales”, argumentaban.

Y no les faltaba razón. Un proyecto de esas características no podía tener éxito si no estaba muy bien organizado y se realizaba a gran escala. Los esfuerzos individuales podían ser gratificantes en el plano personal, pero no hacían nada más que tocar los problemas sólo de forma superficial. Después de haber trabajado dos o tres años para el B’nai Brith decidí organizar por mi cuenta el proyecto de Romena.

Como ya he dicho, para empezar, había que hacer frente a necesidades materiales fundamentales. No era una tarea fácil. Muchas de estas familias habían ocupado de forma ilegal casas en Lifta, un pueblo árabe abandonado en la falda de unos riscos cerca de Jerusalén, donde las calles no estaban asfaltadas y la mayoría de las casas no tenían baño. Allí vivía una de “mis” familias; en su casa sólo había agua corriente en un grifo de la cocina. Toda la familia, doce personas en total, tenía que lavarse allí. Su casa tampoco tenía baño. El cabeza de familia era un albañil cualificado, pero no tenía dinero para comprar cemento, piedras y los accesorios necesarios para la construcción de un cuarto de baño para su familia. Zeev y yo encontramos a una persona que suministró el material necesario, y ayudamos al hombre a construir ese baño que tan urgentemente necesitaba. Éste es sólo uno de los muchos casos que resolvimos. Estas personas tenían los conocimientos técnicos necesarios y las ganas suficientes para hacer este tipo de trabajos por sí mismos, pero les faltaban los recursos materiales necesarios para empezar. Cuando los conseguían, progresaban muy rápido.

Otro factor clave era la educación, campo en el que los padres casi no podían ayudar a sus hijos, ya que ellos mismos no habían asistido demasiado tiempo a la escuela. Además, en muchos casos no tenían dinero suficiente para comprar libros escolares, por no hablar de otros libros que necesita un niño para adquirir una buena base de conocimientos —enciclopedias, atlas, diccionarios y libros de lectura general.

Para resolver este problema recolecté dinero y lo deposité en una librería del centro para que todos los niños de mi lista, más de trescientos, pudiesen adquirir los libros escolares que necesitaban, de segunda mano, pero actualizados. También les hice a todos socios de la biblioteca municipal.

Pero tuve que asegurarme de que los niños leían los libros. Les pedía sacar un libro de la biblioteca y hacer un informe de lectura cada semana. También iba casa por casa para asegurarme de que los niños hacían sus deberes escolares. Y, tan a menudo como podía, iba a las escuelas para ver si “mis” niños trabajaban bien, e iba a las reuniones de padres con las madres de estos niños para ayudarles a establecer contacto con los profesores e informarse sobre el progreso de sus hijos. También hacía que los niños de más edad dieran clases particulares a los más pequeños. A mi juicio, las personas que habían recibido ayuda debían comenzar inmediatamente a

ayudar a otras.

A pesar de toda esta atención personal y de todos estos estímulos individuales, los niños de Romena continuaban presentando malos resultados en las pruebas de inteligencia; y los centros educativos de enseñanza secundaria no querían aceptarlos como alumnos. Tuve que negociar con directores de estos centros para convencerles de que se arriesgaran y permitieran que estos niños se matricularan; hube de prometerles que vigilaría muy de cerca a aquellos muchachos. Estoy orgullosa de poder decir que, en la mayoría de los casos, estos niños consiguieron buenos resultados académicos. Muchos hijos de las familias que había “adoptado” terminaron sus estudios de enseñanza secundaria o técnicos, y algunos obtuvieron diplomas universitarios.

En cualquier caso, yo sólo podía ayudar a aquellos niños con buena voluntad que estaban dispuestos y eran capaces de responsabilizarse de sí mismos. Romena era un barrio con serios problemas sociales: criminalidad, alcoholismo, drogas. Yo no podía ocuparme de quienes no tenían la fuerza interior suficiente para mantenerse al margen de todas esas miserias. Pero cuando veía que un niño estaba deseoso de hacer el esfuerzo, hacía todo lo que estaba en mis manos.

Casi no pasaba un día sin que me encontrara por las calles de Jerusalén a algún adulto joven que había conocido como hijo de una familia pobre. De vez en cuando, un agente de policía me decía cuando me veía aparcar mi coche: “¿No se acuerda de mí, Trudi? Vigilaré su coche”. Un día, uno de “mis” niños, que era camarero en la cafetería de un gran hotel, insistió en ofrecerme un café con tarta.

Recibí una medalla del presidente de Israel por mi notable contribución a la nación como voluntaria, pero el éxito de estos jóvenes era, con creces, el resultado más gratificante de mi trabajo.

A finales de los años setenta mi marido y yo tuvimos la oportunidad de ir a vivir un par de años a París. Al principio, tenía sentimientos muy mezclados, ya que mi madre y mis dos hijos mayores se habían quedado en Israel. Nuestro hijo mayor se había casado ya, y el segundo estaba estudiando en la universidad. También me preocupaba por mis familias de Romena. ¿Quién se ocuparía de ellas durante mi ausencia?

Durante los seis primeros meses estaba tan preocupada por mis hijos y mis familias adoptadas que casi no pude apreciar la vida en París. Todos los días recibía cartas de mis familias de Romena. Tenían constantemente problemas. Yo hacía por correo todo lo que podía hacer desde París; escribía cartas a los directores de escuelas y a otras personas que trabajaban en la Administración, pero sabía que aquello no era suficiente. Deseaba desesperadamente continuar ayudándoles, aunque fuera desde tan lejos.

Entonces tuve dos ideas. Sabía que muchos judíos franceses venían de África del Norte o de Oriente Próximo y conseguí convencer a cincuenta familias sefardíes francesas, personas que tampoco tenían mucho dinero, para que asumieran la

responsabilidad de ayudar a estas familias allí, en Jerusalén. Comenzaron a comunicarse por carta con ellos, a enviarles dinero y ropa, y también a visitarles cuando iban a Israel. Y estas relaciones duran todavía desde hace más de diez años.

Mi segunda idea se plasmó en un proyecto mucho más ambicioso. En mi trabajo con las familias pobres de Jerusalén no tardé en observar que la asistencia médica dental estaba completamente fuera de sus posibilidades económicas y que, además, todos tenían malos hábitos; daban demasiados dulces a sus hijos para compensar la dureza de su vida, y no enseñaban a sus retoños a limpiarse los dientes, mucho menos a hacerlo después de cada comida. Ni el Ministerio de Sanidad ni el sistema de seguridad social tenían medios suficientes para financiar la atención médica dental, de forma que los dientes de los niños simplemente se pudrían en sus bocas.

La única esperanza residía en crear una organización de dentistas voluntarios, pero ¿quiénes podían ser? ¿Y cómo organizar todo? Yo sabía que los dentistas israelíes, que pasaban por lo menos un mes cada año en el ejército, no tenían posibilidad de realizar este voluntariado, pero ¿por qué no buscar dentistas voluntarios en el extranjero?

Comencé a hablar de esta idea a las personas de mi entorno y, un mes o dos después, ya contaba con seis dentistas franceses para mi proyecto. Acordamos que fuesen a trabajar a Jerusalén durante el verano de 1979, pero, ¿a qué parte? Mi problema era encontrar un lugar para establecer la clínica dental y reunir el material necesario e instalarlo. Para resumir una larga historia muy intensa diré solamente que volví por un periodo breve a Israel a finales de 1978 para crear una sociedad sin fines lucrativos que administrara esta clínica dental. Alquilé una casa antigua y la acondicioné para su uso. A mi regreso a Francia convencí a un fabricante de artículos dentarios para que hiciera una donación de veinte toneladas de su mejor material. Después me dirigí a Zim, una empresa israelí de transporte internacional, para pedirles que transportaran todo este material de forma gratuita. El siguiente verano, la clínica estaba ya abierta.

Desde entonces he ampliado constantemente el equipo de dentistas voluntarios y en la actualidad 900 dentistas de nueve países diferentes se han pagado su propio viaje para venir a trabajar dos semanas a Israel como voluntarios, algunos de ellos todos los años, y otros incluso con mayor frecuencia. Los servicios sociales nos envían a la clínica a los pacientes y, por supuesto, tratamos de la misma manera a los niños judíos y a los árabes. Como condición para el tratamiento les exigimos que asistan a cursos de higiene dental para que puedan beneficiarse al máximo de nuestra asistencia médica. Miles de niños han pasado ya por nuestra clínica.

Entre la clínica dental y el proyecto de Romena, que todavía seguía en marcha, llevaba una existencia extremadamente activa. Un psicólogo quizá pensara que con esta manera de comportarme intentaba compensar y olvidar las horribles crueldades que me habían infligido cuando era niña. Pero a esto yo respondería que no puedo olvidar todo eso, ni siquiera un instante, por muy llenos que estén mis días con

colectas de fondos, relaciones públicas, detalles administrativos, presupuestos y reuniones.

Todos los días hay alguna cosa que me recuerda el Holocausto. Normalmente, consigo controlarme, es decir, controlo mi comportamiento, pero no puedo controlar las imágenes que inundan mi ánimo. Me atormentan imágenes del pasado. En sueños, veo a menudo el edificio del hospital militar. Esta imagen puede aparecer cuando voy a un servicio público. De repente, me veo a cuatro patas, limpiando aquellas letrinas repugnantes. De vez en cuando, miro el cuadro de Axel Benz, colgado en nuestro salón en Jerusalén, y me acuerdo del único buen corazón de entre todos nuestros enemigos. Todavía le guardo un profundo agradecimiento por haberme regalado su reloj, a pesar de que el hacerlo implicaba un riesgo muy grande para él.

Me ha pasado más de una vez que, mientras Zeev y yo estábamos aparcando nuestro coche antes de ir a un concierto, he levantado la mirada hacia las chimeneas del hotel Hilton, que está situado junto a la sala de conciertos, y no podía pensar en otra cosa que en el horno crematorio de Stutthof. Cuando me pasa esto, después no puedo escuchar la música; en mis oídos resuenan los gritos del terror y del dolor.

A veces, no puedo decir lo que desencadena este torrente de recuerdos. Por ejemplo, la imagen del puente que lleva hasta el gueto de Kowno no me abandona. Veo aquella masa de personas en aquel puente, arrastrando a duras penas sus escasas pertenencias. Cuando me viene esta imagen, sabiendo el destino que les espera, me gustaría gritarles: “¡Abandonad vuestras pertenencias! ¡No os servirán para nada! ¡Huid! ¡No permitáis que los alemanes os masacren!”. Pero no pueden escuchar mis advertencias, y tampoco hubiera servido de nada que alguien se hubiese puesto delante de nosotros en aquel puente para ponernos en guardia. En verano de 1941, bajo la ocupación nazi, no había ningún lugar en el que pudiera refugiarse un judío.

Una simple mirada a una patata me recuerda siempre esta época. Todavía siento el gusto de aquella sopa acuosa de mondaduras de patata con los trozos de tierra dentro que nos servían en los campos de concentración y de trabajo. ¡Qué alegría cuando encontraba un trozo de mondadura de patata nadando en la sopa! Recuerdo que me sentía con una suerte increíble, casi millonaria, cuando encontraba una patata en el campo, aunque estuviera pisada o incluso podrida, con tal de que tuviera un trozo bueno, y conseguía llevarla al gueto. Me convertí en una experta en patatas y no he olvidado nunca esta ciencia.

Reconozco que, cuando estoy especialmente tensa y preocupada, e incluso antes de ser consciente de ello, comienzo a comprar cantidades enormes de pan y a guardarlas. No termino de acostumbrarme a la idea de que podemos comer todo el pan que queramos. Y cada vez que mi marido u otra persona me pregunta qué camino tomar para volver a casa, me convierto en la pequeña niña aterrorizada a la que casi matan los nazis un domingo de 1934 porque había pedido a su padre ir por el camino más bonito al regreso de una gira en Taunus.

Estos recuerdos son tan fuertes y angustiosos que a veces me pregunto qué

sentido tiene hablar sobre ellos. ¿Puede alguien que no lo haya experimentado por sí mismo comprender todo esto? Escribir este libro me ha aliviado mucho, aunque a menudo ha sido también muy doloroso. Antes de comenzar a escribir tenía recuerdos muy precisos que acudían a mí de inmediato, pero cuando comencé a contar los detalles me di cuenta de que había olvidado muchos acontecimientos horrorosos. Tuve que volver a vivir esos momentos atroces para escribir mi relato.

Sea como sea, mucho tiempo después de que el lector haya cerrado este libro y lo haya vuelto a colocar en la estantería, yo tendré que seguir viviendo todavía con mi duelo y mi sufrimiento. Que le pasen todas estas vivencias a otra persona es horroroso, pero cuando le pasan a uno mismo, el dolor y el sufrimiento se instalan en el ánimo para siempre y uno se encuentra solo frente a todo esto.

Nadie que no haya sobrevivido al Holocausto podrá comprender realmente todo lo que nos pasó. Todos estos recuerdos no son como la ropa que uno se quita y coloca en el armario. Están anclados en lo más profundo de nosotros y no nos podemos liberar de ellos.

Epílogo

Esta historia la han contado dos voces; la de Trudi Birger y la mía, que hasta ahora no debía ser escuchada. Yo he hecho las veces de médium para Trudi. Las conversaciones que mantuvimos Trudi y yo fueron en hebreo, ya que consideré que era lo más cómodo y, además, más expresivo que en inglés. Antes de escribir nada, Trudi y yo nos reunimos una o dos veces semanales durante muchos meses, en los que Trudi me explicó sus vivencias. No utilizamos ninguna grabadora en nuestras conversaciones. Yo tomé muchas notas a mano y elaboré con ellas largas listas de preguntas.

Después de haber reunido una gran cantidad de material y de haberme familiarizado de la forma más completa posible con la historia de Trudi, comencé a escribir, al tiempo que continuaban nuestras reuniones.

Trudi leía los borradores de los capítulos y me hacía propuestas, corregía los errores y llenaba los vacíos. Después de esto, yo escribía una nueva versión, y ella la volvía a revisar. Repetimos este proceso hasta que los dos estuvimos satisfechos con el trabajo. Y, mientras tanto, continuábamos reuniéndonos con regularidad para proseguir nuestras conversaciones.

Algunas de nuestras charlas nos afectaron tanto que nos separábamos agotados y con lágrimas en los ojos. A veces, yo tenía sentimientos de culpa por provocar más dolor todavía a Trudi cuando le preguntaba por más detalles de lo sucedido. Otras veces sentía que nuestras conversaciones eran un gran consuelo para ella. Las repercusiones en mí de todo esto presentaban una naturaleza paradójica. Cuanto más cerca sentía las vivencias de Trudi, más se alejaban de mí, porque era consciente de la sustancial diferencia que hay entre escuchar esas vivencias de otra persona y haberlas experimentado uno mismo. Cuando se me pasa una comida, me pongo de mal humor. ¿Cómo sería vivir durante años con un sentimiento de hambre permanente? Cuando uno de mis hijos se retrasa un poco al llegar a casa por la noche me preocupo. ¿Cómo se sentiría uno si, durante años, tuviera que preocuparse permanentemente por sus seres queridos, porque supiera que su vida corre un terrible peligro todo el tiempo?

Además, al escribir, los problemas “profesionales” me distanciaban a menudo del asunto que estaba escribiendo. Redactaba una frase con una terrible afirmación, por ejemplo: “*Two thousand children were shot by machine-guns that day*” (“aquel día fueron asesinados con metralletas dos mil niños”); entonces, me paro y me digo: “Un momento, evita la forma pasiva”. Y vuelvo a escribir la misma frase, pero de otra manera: “*The nazis machine-gunned two thousand children that day*”. Entonces me molesta esta monstruosa forma verbal “*machine-gunned*”. ¿Estaría justificado utilizar un barbarismo para describir un acto de barbarie? Finalmente, después de haber dado muchas vueltas a esta frase, hasta que estuve contento con la primera versión, pensé

en el significado de las palabras “dos mil niños”. Me imaginé a mí mismo ante un gigantesco hormiguero de dos mil niños corriendo alrededor de un parque gigantesco. Me imaginé el alboroto que harían los dos mil traviesos niños. Pensé también en todo el amor que podían despertar esos dos mil niños, eje de las preocupaciones y esperanzas de sus padres. Pensé que dos mil niños eran mis cuatro adorados hijos multiplicados por quinientos. Entonces se me ocurrió que los nazis habían asesinado a más de un millón de niños judíos.

Cada vez tenía que reprimir más mis reacciones emocionales respecto al tema de este libro para poder escribirlo, aunque, al hacerlo, mi intención haya sido despertar en el lector impulsos emocionales.

Trudi cree que se debe hacer justicia a las víctimas del Holocausto. Por ello, se ha sentido obligada a escribir su historia. Ella tiene un sentimiento especial para la espontaneidad dramática de sus vivencias, y una imagen muy expresiva de la muchacha que resiste a los temidos nazis, fortalecida por el amor a su madre. En su vida, estos recuerdos son permanentemente actuales. Se han convertido en una parte de ella tan importante que no quiere olvidarlos. Yo me he esforzado por informar de todo esto desde una perspectiva un poco más distanciada.

Por suerte, yo soy un simple observador en todo lo relativo al Holocausto. Nací en la orilla segura del Nuevo Mundo, cuando la II Guerra Mundial estaba terminando; ninguno de mis familiares más próximos se había quedado en Europa ni había sido víctima de los nazis. El Holocausto no es el eje de mi pensamiento. No obstante, cuando comencé este proyecto con Trudi, había leído ya mucho sobre el tema, pero era sólo uno de los muchos asuntos que me interesaban.

Mientras ayudaba a Trudi a contar su historia, me esforcé por mantener su intensidad y su carácter personal, pero nuestro deseo era superar también el significado subjetivo que tenían sus recuerdos.

Rechazamos enriquecer este libro con informaciones de otras lecturas e investigaciones históricas. Nada hubiera sido más fácil, pero no era nuestra intención presentar hechos que para los historiadores del Holocausto tienen otro enfoque. Este libro se basa exclusivamente en los recuerdos de Trudi Birger, en los recuerdos de una mujer que durante la II Guerra Mundial era todavía una niña. Puede ser que algunos de los acontecimientos se presenten en el recuerdo de Trudi Birger de una manera distinta que en el de otros supervivientes del Holocausto o que estén documentados de forma diferente en archivos y museos. Yo he añadido alguna que otra vez una fecha, pero no he “mejorado” nunca su versión de los hechos para ajustarla a otros relatos ya publicados. En cualquier caso, he consultado trabajos históricos mientras escribía este libro para comprender mejor el contexto histórico de la historia de Trudi Birger; también le hice a ella a menudo preguntas.

En este libro no se trata de especificar cuántas personas fueron asesinadas en ésta o en aquella otra fecha. Durante la guerra, Trudi no tuvo ningún acceso a este tipo de datos y, cuando la guerra terminó, tampoco era el momento para profundizar en el

estudio histórico del Holocausto. Trudi ha conseguido reconstruir su vida, aunque los recuerdos le persigan todavía. He aquí la esencia de esta obra.

Es evidente que este libro, que ha surgido de nuestro trabajo en común, sería muy diferente si hubiera sido otra persona, y no yo, la que hubiera trabajado junto a Trudi Birger, o si ella misma lo hubiera escrito sola. Nuestro trabajo conjunto, condicionado por la temática, aunque resultó a veces difícil y doloroso, fue una labor muy satisfactoria. Gracias a este libro he aprendido a apreciar y admirar a Trudi y a tenerle un gran afecto. Ella depositó una gran confianza en mí; confió en que yo no deformaría ni alteraría su historia. Trudi me sometió a una gran presión para trabajar sin interrupción y para terminar el libro. Éste fue el principal punto de conflicto en nuestro trabajo, ya que Trudi Birger tiene una personalidad muy fuerte y es casi imposible negarle nada.

Conocí al hermano de Trudi, Manfred, y a su mujer, Dita, cuando vinieron a Israel a la boda de un hijo de Trudi. Mostraron un gran interés por el proyecto, pero nunca les pedí completar la historia de Trudi desde su punto de vista. El marido de Trudi, Zeev, se mostró comprensivo y dispuesto a ayudar, pero no quiso participar en este proyecto. De tal forma que ella es la única que ofrece testimonios del pasado en este libro.

En mi trabajo junto a Trudi, para mí era un gran misterio el modo en que consiguió mantener su fortaleza de carácter y su integridad. Cuando se leen historias sobre supervivientes del Holocausto, la principal carga que arrastran en su vida es el irracional e inevitable sentimiento de culpa porque ellos viven todavía mientras que cientos de miles fueron asesinados.

Creo que la clave para la fortaleza interior de Trudi es el convencimiento absoluto de su inocencia, y esto quizá se deba a que Trudi era todavía una niña durante el Holocausto. Una persona mayor quizá se acuerde de un acto “inmoral” que cometió obligado por las circunstancias; y escribo la palabra “inmoral” entre comillas a propósito pues todo juicio moral manifestado por una persona que no tuvo que pasar este tipo de experiencias, y que sólo tiene una visión aproximativa de lo que tuvieron que sufrir los judíos durante la persecución nazi, es una presunción, cuando no se trata de una profanación de la memoria de la víctima. Quizá alguien robara un trozo de pan y contribuyera con ello a que otra persona se muriera de hambre. Pero, ¿quién era responsable del “suministro”? Quizá alguna víctima hiciera algo “inmoral” con un *kapo* para conseguir permanecer con vida. Pero, ¿quién puso a los judíos en manos de esos sádicos degenerados?

Trudi vivió de adolescente todas estas terribles torturas y las superó gracias a su convencimiento de su propia inocencia; y así consiguió mantener la integridad de su carácter. En el transcurso de nuestras reuniones siempre hacía hincapié en la inocencia de los judíos. Repetía permanentemente que los judíos no habían hecho absolutamente nada para merecer ese tratamiento por parte de los nazis y sus colaboradores, que no se les podía atribuir ni la mínima responsabilidad por todo lo

que les habían hecho.

Para ponerse en el lugar de una víctima del Holocausto y poder comprender todo lo que tuvo que pasar Trudi Birger, hay que tener capacidad para ir más allá de todos estos años de dolores corporales, hambre, frío, agotamiento físico, miedo permanente, dolor por las sucesivas pérdidas de seres queridos, de hogares y de las pertenencias materiales; hay que ir más allá de la degradación y la humillación; más allá de la obligada proximidad de personas extrañas en barrios repletos, de una existencia reducida al mínimo. No hay que olvidar que las personas que sobrevivieron al Holocausto no sabían entonces si lo lograrían. Hay que comprender lo que pasa con estas personas que todavía viven hoy día con estos recuerdos, pues en definitiva son los recuerdos los que determinan nuestra vida.

¿Cómo afectaron a Trudi todos estos recuerdos? En la actualidad, cuando sus hijos ya están criados, Trudi dedica mucho tiempo y energía al bienestar de los otros. Estoy convencido de que el esfuerzo que invierte en estos proyectos voluntarios es una herencia de sus vivencias en el gueto y en los campos de concentración y de trabajo. Trudi tiene una profunda cicatriz en su pantorrilla derecha; también su alma está marcada por las huellas de los recuerdos: sufre insomnio y cuando oye una voz procedente de un altavoz se traslada inmediatamente al gueto de Kowno.

Hoy día, Trudi Birger es una famosa ciudadana de Jerusalén; es esposa, madre y abuela. Pero, por las noches, siempre se convierte de nuevo en la pequeña Trudi Simon que se agarra a su madre para no tener que morir y que también le ayuda a continuar viva.

JEFFREY M. GREEN

Apéndice fotográfico



[Los dos niños mejor vestidos: Trudi y su hermano Manfred en Francfort de Meno.]



[Trudi y su hermano, cerca de Memel.]



[Trudi a los diez años con sus padres y una prima.]



[Trudi después de la guerra con dieciséis años.]



[La boda de la tía Tita: los abuelos Burstein (sentados, a la derecha); el padre de Trudi, Philip Simon (de pie, primero por la izquierda); Trudi en los brazos de su tío Benno Burstein, asesinado ante los ojos de su madre; la madre de Trudi (de pie, la cuarta por la derecha) y su tío Jakob junto a la novia. La tía Tita y toda su familia fueron asesinados.]



[Trudi (la tercera por la derecha) en su clase en Kowno, Lituania]